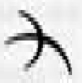
VICENTE RISCO

LA PUERTA DE PAJA

NOVELA



EDITORIAL PLANETA
BARCELONA



COLECCIÓN "AUTORES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS"

PRIMERA EDICIÓN

Mayo de 1953

S. A. HORTA DE IMPRESIONES Y EDICIONES - ALFONSO XII, 8 - BARCELONA

PRÓLOGO

Pues que septiembre huía apresuradamente hacia su fin, casi del todo agotado en sus oros pálidos, caliente apenas ya de rojos zumos recién salidos del racimo en los lagares, quien, muy osado, este prefacio escribe, con silencio de ojos cerrados en solitaria estancia, sumíase adrede en esa vagorosa anticipación de saudades que la inminencia del abandono de la tierra crea en el alma de los gallegos a la manera del zumbido de un insecto que volara a nuestro alrededor, ni agresivo, ni siquiera molesto, pero insistente, terco en acusar su presencia...

Iba a concluir por aquella vez — 1952 — mi divagante coloquio de dos meses con Vicente Risco, año tras año reiterado en la estival holganza, fecundo siempre en sabias enseñanzas de aquel gran maestro del que tantos jóvenes hemos aprendido — tan aprendidas, que se nos incrustaron en el alma — las cuatro o seis nociones esenciales de todo bien compuesto andamiaje mental. Iba a terminarse aquel delicioso dialogar, anualmente renovado sobre un picacho de las montañas de Orense, a caballo de manadas de castaños, frente a dilatados horizontes de vides, centenos y praderío, pródigo en oscuros bueyes que discurren lentos, sin contar

jamás, ni ellos ni nosotros, las horas que anuncia para nadie una campana empinada en la más vieja torre de una fortaleza.

Y he aquí que él, Vicente Risco, interrumpe de pronto aquella semisomnolencia avanzando por la sala con unos pliegos en la mano, de apretada caligrafía semejante a patas de moscas:

—Mira esto. Es una cosa un poco rara que se me ha ocurrido escribir esta tarde. Se trata de un obispo de otra edad, excomulgado. Pudiera ser el primer capítulo de una novela... Lee, y dime qué te parece.

* * *

Veinticuatro horas después, el curioso lector de aquel capítulo aceleraba la velocidad de su vehículo, entre rectas filas de chopos, contra un airecillo fresco de helada, en busca del buen cobijo de Burgos, para, tras holgada noche de reposo, continuar su viaje al día siguiente, por caminos navarros y aragoneses, hacia las aún veraniegas orillas del Mediterráneo. Otra vez el violento chapuzón en la vida cuadriculada...

Han transcurrido sólo tres semanas. El lector, cuya cabeza apenas emerge de los rimeros de legajos acumulados en su mesa, tiene ahora ante sí una carta manuscrita, como garrapateada por patas de mosca, y en los ojos un brillo de sorpresa y de gozo: la misiva anuncia que aquellos extraños renglones en que se comenzaba a narrar peripecias de la vida de un prelado legendario, habíanse convertido en una novela de título desconcertante, «La Puerta de Paja»,

que por correo venía cara a la azarosa pugna de un prestigioso concurso literario: el «Premio Nadal».

* * *

En el salón del Hotel Oriente, de Barcelona, donde se va a adjudicar el premio durante el transcurso de animada cena, saltan de grupo en grupo los comentarios y los augurios. Cuando en los altavoces suenan gangosamente unas voces de atención, se produce anheloso silencio y empieza el anuncio del resultado de la primera votación efectuada por los siete miembros—conocidos e ilustres hombres de letras—del Jurado calificador. Empieza así: «La Puerta de Paja», de Vicente Risco, siete votos. Y de igual modo comienza el anuncio de la segunda. Y el de la tercera...: «La Puerta de Paja»...

Mas llega un momento en que este título se esfuma. Ha sido eliminado. Unos cálculos matemáticos bastante complicados en derredor de esa especie de polinomio que es el sistema «Goncourt» de votaciones, nos aclararán, pocos días después, en el curso de una interesante entrevista radiofónica relativa a las incidencias del concurso, que no hay motivo de asombro en lo que al poco avisado pudiera parecer inexplicable. El sistema tiene su clave difícil, casi su magia... El locutor de la Radio insiste en preguntar: Pero ¿y «La Puerta de Paja»? ¿Y «La Puerta de Paja»...?

El éter, no el viento, se iba tragando las palabras. Pero ahí quedaba la novela—la Palabra—, grávida de su trascendental mensaje, tras el doble velo de la admiración de quienes la conocían y de la expectación de quienes la aguar-

daban. Y de las más diversas fuentes comenzaron a manar artículos periodísticos, comentarios e interpretaciones, pareceres sobre la tesis, elogios desusados en letra impresa —una novela «portentosa», «fabulosa», «enorme» —antes de que el libro viera la luz. Y la porfía editorial, generosa, elevada y noble. Y allá lejos, en la hondonada del Miño que sestea a la sombra de los pinos de Monte Alegre, la sonrisa entre comprensiva y socarrona de un escritor poderoso que cree en sí mismo y en su obra por mucho que su humildad quiera celarlo...

* * *

Quien un día tuvo la fortuna —por fuero de entrañable amistad— de ser invitado a leer las primicias del libro que se abre hoy en tus manos, nada más puede hacer y decir —y ya dijo bastante el atrevido— que trasladarte sencillamente, humanamente, el goloso convite:

—Aquí tienes la discutida «Puerta de Paja». Lee, lee...

Manuel Casado Nieto

Barcelona, abril de 1953.

I

Sentado a la lumbre, el obispo Baldonio, excomulgado por tres Papas seguidos, se limpiaba los dientes con una punta de cuerno de ciervo. Lo había capturado vivo en una cacería y lo había arrojado a los canónigos que tenía presos en el sótano, para que lo devorasen. Los cuernos le habían sido presentados después por un familiar, en una bandeja repujada. Baldonio dirigió una sibilina pregunta a su bufón.

No preguntaba el obispo nada que no supiera de antemano; sólo quería saber si los demás pensaban como él. Tampoco esto importaba nada, porque Rosinda lo tenía todo perdonado; el obispo le había dado una absolución omnímoda, valedera para lo pasado y para lo futuro, pues, en realidad, no podía hacer otra cosa.

Tenía un paje, más bello que los más bellos ángeles, sobrino suyo, hijo de su hermana, la hermosa condesa Ismunda, y tenía motivos para sospechar que la culpa era de Rosinda, mas no del doncel.

En las procesiones y en las ceremonias, este doncel recogía la larguísima cola, de riquísima seda morada, del obispo su tío, y la cola era tan larga que daba dos o tres vueltas al cuello del paje. Baldonio se acordaba de Rosinda muchas veces al día. Ella, cuando Baldonio iba en las procesiones, solía asomarse para verlo pasar, porque bien sabía que aquella cola la envolvía también a ella en sus reflejos fulgurantes, a sus propios ojos y a los del pueblo. El obispo, silencioso y solemne, sin alzar la mirada, sabía muy bien en qué ventana del palacio se encontraba en aquel momento la barragana, e incluso sentía en la nuca el ardor de sus ojos clavados en él, pero no podía enterarse de lo que en aquel momento pasaba con el doncel.

Iba pensando entonces Baldonio en que su cola iba arrollada al cuello del barbilindo, en que era de finísima seda, muy resistente; en que acaso fuese suficiente un pequeño tirón, dado al descuido, para estrangular al porta-cola; en que este tirón no lo daría él nunca; en que, a pesar de eso, era gustoso imaginarlo, e imaginar, dentro de su cabeza, el efecto que haría el cadáver del jovenzuelo arrastrando por la calle en la punta de la vestimenta episcopal, como si el verdugo le hubiera atado a la cola de un caballo salvaje; el sentimiento de horror, de dolor y de cólera en el pecho de Rosinda, y el espanto del pueblo apiñado para ver el desfile, el estremecimiento del clero,

la ejemplaridad tremenda del suceso y la rabia impotente de los señores, los caballeros y los hidalgos.

Menos mal que, concentrando el pensamiento como él sabía, estas cosas podían saborearse sin realizarlas. Todavía se saboreaban así mejor, porque podían considerarse fríamente, sin peligro de emoción, que es la que todo lo descompone, y además, mentalmente, se puede repetir el experimento, mientras que en la realidad es imposible.

Después de todo, aquello no era más que un recreo del espíritu, pues Baldonio estaba dispuesto con Rosinda a todas las tolerancias, ya que su carne, lo único valioso en ella, tenía un sabor que no tenía la de ninguna otra, según Baldonio había comprobado después de una larga experiencia.

Hasta era mejor que fuese apetecida y que hubiera más que conociesen su extraordinaria sazón, aunque sólo fuera para que su marido, gentilhombre sin pulir, de ejemplar barbarie, supiese lo que había perdido, y le doliese con alguna fuerza, aunque ésta no llegase a equilibrar su rudeza nativa.

Con la punta de cuerno de ciervo, el obispo excomulgado, quemado en efigie en Roma, escarbaba sus dientes empastados de carne de oso.

Aquel alimento le servía para conservar y acrecentar su energía y su ardor masculino. Él mismo era enorme y peludo, y al andar tenía algo de oso bailando, pero sólo era oso en el cuerpo, pues su

alma era como la de otros animales. Todo esto lo sabía él muy bien: se ponía la piel de uno o la de otro, según la conveniencia o el capricho, y el capricho era el rey de sus conveniencias.

Mirando para el fuego, notó que se aburría. Entonces llamó a un familiar y le ordenó que le trajese su teléfono.

El teléfono de aquellos tiempos no era como el de ahora. No servía para hablar con los vivos, sino con el otro mundo. Consistía en una trompeta y un espejo; la trompeta no servía más que para aislar la voz, de modo que no la oyese nadie que no fuese muerto o diablo. El espejo servía para recoger las respuestas. A Baldonio le habían enseñado que, en realidad, toda respuesta la da el eco.

Trajo el familiar el teléfono y Baldonio le mandó que se marchara y cerrase las puertas.

Cuando quedó solo, el obispo llamó al diablo para que viniese a distraerlo un poco, según tenían convenido para casos semejantes. Realmente, todo el saber y todas las ideas del obispo Baldonio se originaban en el aburrimiento. Si no se hubiese aburrido, el obispo Baldonio hubiera sido un personaje nulo; por eso quería aprovechar todos sus aburrimientos.

El diablo a quien llamaba no había sido creado por Dios, sino fabricado expresamente por el propio Baldonio. Le llamaba Satanás para halagarlo, pero no porque lo fuese. Le tenía a su entera disposición.

pues no servía para otra cosa. Lo había formado manipulando, según cierto método, todas sus malas intenciones. Y como éstas suelen ser siempre poderosas y certeras en sus medios, le salió un instrumento sumamente útil. El diablo se presentaba con aquella forma que su formador idease en el momento de llamarlo. Baldonio no sabía bien si aquel diablo seguía funcionando cuando no estaba en su presencia, pero sospechaba que sí.

Lo peor era que, creación humana, tenía por fuerza que irse gastando, hasta llegar un tiempo en que quedase inservible; era fungible aquel diablo.

Se presentó, por una momentánea distracción del obispo, en la figura de un anacoreta a quien Baldonio temía mucho. De todos los habitantes de su señorío y diócesis, era el único que le producía inquietud.

Quería Baldonio que le constase que aquel ermitaño era en realidad su diablo familiar, su diablo «exprés», pero resultaba que cumplía demasiado bien su cometido. Comenzó exhortándolo a la penitencia, lo cual descomponía al obispo excomulgado. Baldonio creía que aquellas exhortaciones le entraban por un oído y le salían por el otro, pero al pasar de oído a oído, le producían dolor de cabeza, se le paralizaba la digestión y le aumentaba la presión sanguínea hasta ponerse mucho más apoplético que de ordinario, y como por allí era por donde presentía venir la muerte, le entraba una agitación muy molesta.

Baldonio, el obispo excomulgado y depuesto por tres Papas, quemado en efigie por relapso, en Roma, no era en realidad un hereje; por lo menos, no era un heresiarca. En su diócesis la vida de la Iglesia se desenvolvía normalmente, en la obediencia de todas las normas dogmáticas, litúrgicas, canónicas y, hasta cierto punto, morales. Todo aquello le tenía sin cuidado; pero quería, únicamente por fastidiar a las altas jerarquías, cargarse de razón, y no permitía transgresiones en la ortodoxia ni en las costumbres públicas. De hecho era conscientemente simoníaco y cismático, y, por dentro, nadie sabía lo que era. Con esto se creía asegurado por un tiempo en su silla, y, durase lo que durase este tiempo, sabría aprovecharlo.

—Obispo Baldonio —dijo el diablo anacoreta—, el Padre Santo te expulsará de la sede; es cosa inminente.

—Soy el Conde y Señor temporal de Nerbia; mis vasallos no obedecerán al Padre Santo.

—El Padre Santo los absolverá del juramento de fidelidad.

—Para asegurar su fidelidad tengo mi hueste pagada por mí y que nunca ha sido vencida, ni me ha faltado.

—El Padre Santo llamará contra ti a los Condes, a los Duques, a los Príncipes, a las Órdenes militares y a las ciudades.

—No lo consentirá el Emperador.

—No será obedecido el Emperador.

—Vendrá contra los desobedientes.

—Por ti solo no traerá sus ejércitos.

—Me defenderé yo solo. Llamaré al duque de Strandia, enemigo del Papa, y al Gran Maestre de San Remo, que me debe dinero.

—No se acordarán de tus servicios.

—Me defenderé yo solo.

—Dios no permitirá que ganes la partida. Lo que te va a suceder es tu castigo.

—¿Por qué ha esperado tanto para castigarme?

—Obispo Baldonio, confiesa que no crees en Dios. ¿Cómo, pues, crees en los hombres?

—Si creo o no creo en Dios, no lo confesaré jamás; pero a los hombres los veo y sé la manera de tenerlos propicios. Incluso, si quisiera, tendría a mi favor al Papa.

—Pudiste tenerlo; hoy ya es más difícil; sin embargo, ¿por qué no lo intentas?

—No me canses. ¿Es que no sabes tú el por qué? No te he llamado para esto.

—Cumplo mi deber. ¿No has pensado en Ascanio, el santo?

—Pero tú sólo tienes derecho a su figura, no a su espíritu. ¿Quién eres, pues?

—Aquel a quien has llamado. El que tantas ve-

ces ha hablado dentro de ti. Un poco más de la mitad de ti mismo.

—¿Qué dices, Satanás?

—Tanto resuena mi voz dentro de tu persona, que llego a creer que soy otro.

—¿Quién? ¿Ascanio?

—Cualquiera menos Satanás. No me engañas con tus halagos. Satanás quisieras tú que fuese, pero no puedes conseguir tanta semejanza.

—Vienes hoy demasiado rebelde. ¿No sabes que puedo aniquilarte?

—No me importa eso nada. Incluso me vendrá bien, pero no puedes hacerlo. No puedes recoger la fuerza que has empleado en darme existencia. Mientras no se agote, existiré. Es cierto que va disminuyendo, pero temo durar más que tú... Nunca me has temido, y en esto puede que te equivoques. Hasta ahora no has temido más que a Ascanio, el santo.

—Mientes. Nunca le he temido. No tiene más que palabras.

—Consúltate a tí mismo, y verás que eso no es verdad. No quieres confesártelo, pero tiemblas sólo de pensar en él. Ahora mismo te descompone su figura, que tienes delante en mí. Algo tengo yo de él, en este momento, que me pone frente a ti, y esto por tu culpa... Y, sin embargo, yo te digo: ese a quien tanto temes y aborreces, es el único que puede salvarte, y precisamente con sus palabras.

—Con sus palabras has empezado tú a hablarme.

—Tú lo has querido... No has sabido contener tu pensamiento cuando me has llamado. Estoy viejo, y la figura que me inspiraste puede más que yo.

—Quieres, pues, que me rinda a tus consejos... Pero aquí el querer es a mí a quien corresponde...

Sonaron unos golpecitos en la puerta. Tenía que ser cosa grave. Cuando el obispo pedía el aparato, estaba prohibido acercarse, bajo penas severísimas. Baldonio ocultó el teléfono bajo los hábitos y abrió la puerta.

Un familiar, intensamente pálido, tembloroso, vacilante, balbuciente, apareció en la puerta sin atreverse a hablar.

—¿Qué pasa?— preguntó Baldonio.

Tartamudeó el otro:

—Ilustrísimo Padre, señor mío: la señora Rosinda... dicen que ha desaparecido de palacio... ella sola... a caballo... nadie sabe dónde ha ido... Todos están mesándose los cabellos... Todos están llorando...

Se bajó a recoger el teléfono, que se había caído de debajo de los hábitos del obispo. Al hacerlo, recibió una puñada en la nuca, que lo derribó sin conocimiento.

Baldonio echó a correr tropezando, a uno y otro lado, con las paredes. Llevaba una idea entre ceja y ceja, que le atravesaba el cerebro de parte a parte,

con un dolor fortísimo. Al final del corredor, saltó escaleras arriba, hacia el departamento de las mujeres. Sin poder articular palabra, empezó a dar patadas a las damas y sirvientas que se arrastraban hacia él de rodillas. Después se desplomó cuan largo era.

Los familiares, asustadísimos —claro: la apoplejía— lo recogieron y lo llevaron a la inmensa cama, llena de colgaduras y cubierta de ricas telas litúrgicas.

Baldonio no hablaba ni se movía; no hacía más que roncar como una bestia y revolver los ojos como un demente. Le hicieron tres copiosas sangrías, y Baldonio quedó tumbado bajo la colcha bordada de unicornios, pavos reales, dragones, bichas, centauros, fénix, águilas y faisanes.

El palacio quedó en un silencio de muerte.

II

Baldonio sintió que lo arrastraban por el suelo, atado por el pescuezo. Era al aire libre, y Baldonio sentía en los huesos los golpes de su cuerpo contra las piedras del camino. El cráneo golpeaba en las rocas con el occipucio y resonaba con un sonido profundo y lúgubre. La cuerda que llevaba al cuello era de cáñamo, áspera y de nudo corredizo. Le apretaba el pescuezo produciéndole un dolor agudo en la glotis, y le escoriaba la piel todo alrededor, produciéndole un escozor insufrible. No podía mover pie ni mano.

Quien lo llevaba tirando de la cuerda era su sobrino Finamor. Lo llevaba a Roma. Finamor iba en silencio, pero a Baldonio le decían:

—Es tu Ángel de la Guarda, es tu Ángel de la Guarda.

Pensó: «Tantas veces pensé que podía estrangularlo, y ahora, a lo mejor, me estrangula él a mí. En realidad lo pensaba, pero querer no lo quise nunca;

y sin embargo, ahora, él a mí me estrangulará... Claro que si no quería estrangularlo, era por respetos humanos, porque, en el fondo, no me convenía... Rosinda lo hubiera amado más, no me lo hubiera perdonado... Ya no me lo perdonó... Puede que haya adivinado mis pensamientos».

«Ahora, él me lleva a Roma... ¿Es realmente Finamor, o es Satanás, mi pequeño Satanás, o quizás Ascanio, el que tienen por santo?... Rosinda cree que hay santos, y les reza... ¿Cómo puede rezar, sabiendo que está en pecado mortal?... En pecado mortal, si me ama; en mayor pecado, si no me ama; en muchísimo más grande, si, además, ama a Finamor... Acaso sepa que hay pecado... Pero yo mismo ¿estoy seguro de que no hay pecado? Lo que pasa es que, si creo que lo hay, pierdo todo en este mundo... De todos modos, voy a perderlo, porque van a estrangularme. Y si no me estrangulan es igual, porque me llevan a Roma. A entregarme al Papa. El Papa me encerrará en una mazmorra, y será peor que si me estrangulasen. Es mejor que me estrangulen... Voy a ver si hago que me estrangulen; antes pensaba yo, cuando Finamor llevaba mi cola, de finísima seda, arrollada a su cuello, que con un pequeño tirón podía estrangularlo, como si fuera sin querer, como si fuera desgracia involuntaria, inevitable... Lo hubiera sabido fingir muy bien: nadie hubiera creído que yo tuviese la culpa... Pues ahora también puedo

hacer lo propio conmigo mismo... el lazo es corredizo, puedo dar un tirón... Pero no puedo, no puedo, no puedo, no puedo...»

El camino era largo, largo, largo; pasaron días y noches y no se distinguían los días ni las noches, pero eran muchos días y muchas noches, no se sabía si semanas, meses o años, acaso siglos. Era como una noche interminable, como si el tiempo atravesase el cuerpo de Baldonio, desde la cabeza, que era lo que iba delante, hasta los pies, que eran lo último. Tiempo, tiempo, tiempo; camino, camino, camino; cansancio y dolor, todos los cansancios, todos los dolores.

Pasaron calzadas y veredas, puentes y ríos, llanuras resecas llenas de polvo, que se metía en los ojos y en las narices y en la boca; sudores, tiritones, colinas y montañas, bosques espesos en que se tropezaba con los troncos, en que Baldonio creía que se le rompían los huesos; lluvias torrenciales que empapaban sus ropas desgarradas, pantanos pegajosos en que se enterraba, montañas altísimas en que lo arrastraban por la nieve, lagos helados sobre los que se deslizaba como volando, mares, fosos, precipicios, agujeros y galerías subterráneas.

Pasaban ciudades, castillos, aldeas, puertos, cabañas, campamentos, ruinas, edificios en construcción, monasterios, iglesias, campanarios, murallas, mercados, plazas, callejones, sin parar, adelante, adelante...

—Es tu Ángel de la Guarda, es tu Ángel de la Guarda...

Baldonio pensó: «Es mi Ángel de la Guarda, me lleva a Roma, me lleva a pedir perdón al Papa, quiere que pida perdón al Papa... No es el Ángel de mi Guarda; es Finamor, mi sobrino, que quiere a Rosinda para sí... ¿Y si fuera las dos cosas? ¿Si Finamor fuera el Ángel de mi Guarda?... Entonces mi pequeño Satanás vendría en mi ayuda... Pero no: va viejo, y Ascanio el penitente lo convencerá... Si Finamor es mi Ángel de la Guarda, Ascanio ¿qué será?... Quien quiere que yo pida perdón al Papa, es Ascanio. Ascanio lo quiere por humillarme, para verme de rodillas, suplicando. Finamor es por Rosinda...

»Si yo pidiere perdón al Papa, acaso pudiera conservar la sede. Conservando la sede, yo podría llegar a cardenal. Si yo pudiere llegar a cardenal, quizá alcanzara también a conseguir... ¡Oh!... Y al ver, cuando todos lo viesen, que sabiamente estaban regidos la Iglesia y el Imperio, entonces se descubriría todo, nada variaría en la doctrina de la Iglesia, nada variaría en el régimen del Imperio... Bueno: el Papa excomulgaría al ermitaño Ascanio, el Emperador reduciría a prisión a su sobrino Finamor... Todos los prelados que hay en Roma serían desposeídos y arrojados ignominiosamente... Pero nada variaría... Se haría patente al mundo una gran verdad: la Iglesia es femenina, el Imperio es masculino;

para que perduren eternamente, en la cúspide de la Iglesia ha de haber una mujer; en la cúspide del Imperio un verdadero hombre, y el verdadero hombre lo es por su masculinidad... El Emperador y la Papisa... Así, pediría perdón al Papa, para la grande obra de arreglar el mundo... Pero, en realidad, ¿qué me importa el mundo? El mundo soy yo. Cuando yo cierre los ojos, todo se habrá acabado... Si todo se acaba para mí, ¿qué me importa todo? Si ahora Finamor me estrangula, el mundo se ha acabado.»

—Es tu Ángel de la Guarda, es tu Ángel de la Guarda, te lleva a Roma a pedir perdón al Papa.

Baldonio pensó: «No quiero, no quiero pedir perdón, no quiero pedir perdón al Papa, no quiero, no lo pediré... Pero si lo pidiese... Si pidiéndolo conservase la sede... la sede, con Rosinda... la sede con el poder, con mi poder, sin Emperador, sin Papisa, mi sede, mi condado, mi poder, como está... Si supiera que me perdonaban y que me dejaban en la sede, perdonado todo, perdonado todo, olvidado todo, como si nada hubiera pasado, como cuando empecé... Volver a empezar, siempre volver a empezar, sin acabar nunca, nunca. Eso sí. No acabar nunca, no morir, ser siempre, siempre, el obispo-conde de Nerbia, como lo he sido hasta aquí, hasta que me arrebataron de mi lecho para traerme, a rastras y con una cuerda al cuello, a los pies del Pontífice...»

Al fin, aparecieron, allá a lo lejos, las Siete Colinas, los campanarios y las murallas de Roma.

Apareció muchísima gente: peregrinos, penitentes, monjes, caballeros, obispos, clérigos, que iban todos a Roma cantando cánticos en latín, llevando bordones, cruces, libros, imágenes, banderas, estandartes, cirios, ofrendas, todos alegres y contentos, llenos de esperanza y de entusiasmo.

Por en medio de la multitud, siguieron arrastrando, atado por el pescuezo, al obispo Baldonio. Se apartaban las gentes para dejarlo pasar, sin reparar en él, porque iban enajenados.

Así llegaron, después de algún tiempo, a las murallas de Roma.

Allí dejaron incorporarse a Baldonio, bañado en sangre y sudor, frente a una puerta... Pero aquella puerta estaba obstruída con paja.

Baldonio, frente a la puerta llena de paja, sintió una angustia tremenda. Quería hablar y no podía, quería moverse y no podía. Aquella puerta tapada con paja lo impedía todo.

Toda su impotencia absoluta se le manifestó ante la paja que obstruía la puerta de Roma.

Bañado en sudor, abrió los ojos en su lecho, cubierto de símbolos orientales.

III

Lo sostenían, por un lado, un *físico*, y por otro un eclesiástico; lo sacaron de la cama y le hicieron orinar en una redoma; después lo sentaron en un alto recipiente, con resultado satisfactorio. Al fin lo metieron de nuevo en la cama y lo arroparon cuidadosamente. Sobre el recipiente se precipitaron dos físicos, que sometieron su contenido a un minucioso examen. Junto a una ventana, otro físico, levantando la redoma a la altura de sus ojos, examinaba los orines al trasluz.

Baldonio giró los ojos, mirando a todos de un modo desconfiado y suspicaz.

En la cámara estaban el Deán, que él mismo había nombrado; cuatro físicos encapuchados y solemnes, dos cirujanos y, a los pies del suntuoso lecho, su sobrino Finamor.

Reinaba un silencio absoluto. Los cirujanos hacían los preparativos para una nueva sangría: bacías, lancetas, toallas, cordones de seda, emplastos... Uno de los físicos revolvía una pócima en un vaso...

Baldonio miraba a unos y a otros bastante alarmado.

Pudieran suceder cosas indeseables. Los poderosos están siempre expuestos a la mala voluntad de sus súbditos, de sus rivales, de sus superiores. Un hombre poderoso es una voluntad que se impone a otras voluntades, que se opone a otras voluntades, que resiste a otras voluntades. Las voluntades son como espadas, como saetas: están siempre cruzándose en el éter del espíritu, y de sus choques saltan chispas que hieren los cuerpos y las almas. Ningún hombre se somete de buen grado, ninguno soporta que otro le gane en nada, ninguno tolera que nadie le resista. El hombre está siempre en guerra con el hombre; milicia es la vida del hombre sobre la tierra.

Temibles son las armas visibles de la guerra, que hieren y tajan la carne y hacen salir la sangre para que se derrame sobre el suelo, y con ella se vaya la vida del que la vierte. Pero algo se puede contra ellas, ya que hay armas defensivas para proteger el cuerpo: al hierro se opone el hierro, y hay murallas y torres, y fosos, y atrincheramientos. Pero contra las armas invisibles de la astucia es muy difícil defenderse. Hay que vivir constantemente ojo alerta, no dormir nunca, o proteger el sueño con toda suerte de defensas y ardides; sobre todo, no tener un momento de debilidad, no tener un descuido, no enfermar, no enternecerse, no confiarse, no dejar que se nos conozca el temor.

Baldonio había estado, no sabía cuánto tiempo, sin sentido, sin conciencia, cerrados ojos y oídos, apagadas las luces del espíritu... No podía saber lo que entretanto se había tramado.

El deán era, sin duda, hechura suya. Como tal, caería con él, si Baldonio cayese... Pero podía ocurrírsele salvar su situación, dado aquel caso, sirviendo a sus enemigos, ayudándolos a resolver la situación con la muerte del obispo excomulgado y depuesto. Puede que esto no le valiese; los traidores no solían obtener premio ni perdón, pero el deán podía creer lo contrario.

Allí estaba su sobrino, con su cara de ángel, con su mirada respetuosa y compasiva, incluso cariñosa; pero pueden engañarnos las apariencias... Cierto que el hallarse presente parecía contradecir la sospecha de una complicidad con Rosinda... Sin embargo, pudiera suceder que la misma Rosinda se hallase ahora en palacio; pudiera suceder que ella misma se hubiera confabulado con los que deseasen su muerte.

Era posible que los que en Roma intrigaban contra Baldonio, hubieran conseguido de aquellos físicos algo en detrimento de su salud y de su vida, hasta sin saberlo Rosinda, ni el deán, ni nadie en palacio, ni nadie de Nerbia.

Acaso el propio Papa hubiera dado órdenes secretas...

Baldonio comenzó a buscar en su cabeza ejemplos

ilustres, primero en sus tiempos, después en las crónicas, después en la antigüedad...

Pero de pronto se le ocurrió que, si sus sospechas fuesen ciertas, lo que ahora creía que iban a hacer con él, lo hubieran hecho mientras estuvo sin conocimiento, con lo cual nadie podría tener un mal pensamiento sobre el hecho, pues todos creerían que había muerto de aquel ataque o desmayo... Aquello hubiera sido lo sensato, lo normal; por lo tanto, realmente, no ocurría nada, no había lugar a temer.

Otra idea le vino que derribó aquel razonamiento: «No lo hicieron, porque creyeron que me moría del ataque, y así evitaban comprometerse; no tenían que hacer más que fingir que me lloraban, hacerme solemnes funerales, enterrarme con pompa, a reserva de después, más tarde, cumplir los designios del Papa, sacándome de la tumba y arrojando mi cadáver al cementerio de los ajusticiados, o quemarlo y aventar las cenizas... Pero al ver que no moría, se disponen ahora a realizar lo que la naturaleza, por esta vez, no ha conseguido...»

Al mismo tiempo, estos pensamientos le parecían absurdos, o por lo menos aventurados, acaso efectos de la misma enfermedad, delirios de la calentura... Sin duda, recordaba vagamente haber delirado antes... Recordaba una puerta llena de paja, que le daba una angustia y una rabia terrible... ¿Fué angustia? ¿Fué rabia? ¿Rabia y angustia?

En esto, uno de los físicos levantó respetuosamente un pico de la ropa que le cubría, y requirió su brazo izquierdo, mientras se acercaban el cirujano, con una toalla y la lanceta en la mano, y el deán con la bacía... Baldonio volvió a pensar que el deán quería beber su sangre, o enviarla a Roma, y levantó el otro brazo para negarse rotundamente. El físico le habló respetuoso, pero decidido:

—Es preciso, benignísimo Padre; es indispensable.

El obispo le miró con odio terrible, y consiguió proferir:

—¡No! ¡Jamás! ¡Fuera! Idos de aquí todos.

El físico, sin hacerle caso, le tomó la mano para sacarle el brazo fuera, pero Baldonio logró desprenderse y dijo indignado, con ronca voz:

—¡No me he muerto, traidor! ¡No me muero! ¡No os necesito! ¡He ordenado que os marchéis inmediatamente! ¡Todos!

Quedaron todos asustados, suspensos, mirándose unos a otros. El obispo repitió:

—¡Inmediatamente!

El deán quiso suplicar:

—¡Señor, benignísimo Padre!...

Baldonio insistió;

—¡Inmediatamente!

Todos bajaron la cabeza y se fueron marchando

El último, Finamor. El obispo sacó una mano para llamarlo, y Finamor se acercó:

—Que venga Falconete.

Finamor salió en silencio.

A poco, apareció en la puerta Falconete y se inclinó doblando el cuerpo. Falconete era el capitán de la hueste del obispo y venía armado de todas armas, hasta los dientes. Era altísimo; un soldadote rudo y feroz, pero fiel. Baldonio le dijo:

—No tengo confianza más que en tí. Quiero que estés aquí tú solo. Estoy menos enfermo de lo que piensan. Desde aquí transmitirás mis órdenes...

Se detuvo con fatiga, con respiración difícil, penosa, de sordo resoplido... Contempló a Falconete con mirada inquisitiva; Falconete era inmenso y hercúleo; feísimo, de ojos pequeños y oblicuos, nariz casi diminuta, picuda hacia adelante, bigote que caía a los lados de la boca hasta más abajo de la barba rasurada y guedejas en tirabuzón mal hecho, delante de las orejas.

En cuanto pudo, el obispo siguió:

—Que nadie salga de palacio con ningún pretexto... Que se vigile a los que estaban aquí... sobre todo a mi sobrino Finamor y al deán Evencio... Coge esa pócima... Que se la hagan beber a un prisionero... Si muere, prended en seguida a los que estaban conmigo... Anda.

La voz del Obispo era apagada e intermitente.

Falconete agarró el vaso, salió y volvió en seguida.

La antecámara estaba llena de personajes silenciosos. Falconete se los enumeró al Obispo, uno por uno. El que algunos de ellos estuviesen, era tranquilizador. El que estuviesen otros, era desagradable.

En un rincón, los físicos cuchicheaban, pero conforme se fueron animando, un familiar tuvo que mandarlos salir. Los condujeron a una cámara lejana y cerraron la puerta. Allí siguieron discutiendo en voz alta y llegaron a alterarse. A poco estaban furiosos.

Eran cuatro y dos cirujanos, pero éstos permanecían callados. Los cuatro físicos eran, por orden de categorías: el doctor Patafuss, el licenciado Pimpolino ,el maestro Alejandro y el bachiller Blasindo El doctor Patafuss era aristotélico-hipocrático-galénico y todo lo demás; opinaba con la ortodoxia de la Facultad. El licenciado Pimpolino era partidario de la medicina natural. El maestro Alejandro era escéptico. El bachiller Blasindo era espagírico.

Según el doctor Patafuss, el movimiento violento de las pasiones, desbordadas por un grave disgusto que las contrariaba, había alterado el calor animal y la ebullición de la bilis amarilla, había resecado la noble sangre de Su Señoría Reverendísima, y aquella sangre espesa y envenenada por la descompoosición de los flúidos, y corrompida por la agitación de los espíritus vitales, se había subido a la cabeza de su Ilustrísima Persona, causándole un súbito golpe de

sangre que privó del sentido al Prelado y amenazaba todavía producirle un gravísimo accidente, una apoplejía mortal. Por lo tanto, era absolutamente preciso administrarle un récipe que le aligerase la sangre, y sacarle del cuerpo la sangre corrompida, y hacerle pasar varios días sin tomar otro alimento que agua caliente.

El maestro Alejandro negaba en absoluto todas las premisas y todas las conclusiones de los irrebatibles silogismos del doctor Patafuss, trabadas en un orden perfecto, componiendo una magnífica tesis para presentar al Gremio y Claustro de la Universidad. El maestro Alejandro la alababa en este sentido, y reconocía su mérito, si se aplicaba a la obtención de grados académicos, o de una cátedra en la Facultad; pero no le concedía valor alguno si se trataba de curar a un doliente, fuese éste obispo o sacristán. Todo aquello no era más que erudición, que no tenía nada que ver con la realidad de la cosas visibles y palpables, con las dificultades que nos presenta la vida diaria, una de las cuales, y por cierto de las más misteriosas, de las más ignotas, es eso que llamamos enfermedad, y que nadie sabe lo que es, ni cómo se previene, ni cómo se cura. El maestro Alejandro no admitía nada de la ciencia médica, la cual no era más que un juego absurdo de la fantasía, con que los físicos ciegos pretenden aliviar a los dolientes ciegos,

sin hacer más que aliviar sus bolsillos del peso de las monedas.

Indignado el doctor Patafuss, le preguntó, puesto que tal creía, qué era lo que venía a hacer en Palacio.

—Es evidente—respondió el maestroAlejandro—que si la enfermedad de nuestro Ilustrísimo y Reverendísimo Padre es mortal, morirá con dieta y sangrías; si no es mortal, es evidente que sanará sin ellas. A esto nada podéis responder. Ahora bien, yo he venido aquí porque me habéis llamado, no por ocurrencia mía. No vengo a dar la salud, lo sé perfectamente, al Reverendísimo Señor Obispo; no obstante, vengo a hacerle un bien, que es el de proporcionarle, viva o fallezca, el consuelo de verse asistido y cuidado. Otra cosa, ni vosotros ni yo le podemos hacer.

El maestro Alejandro pasaba por ser un dialéctico terrible. El licenciado Pimpolino terció entonces severamente:

—No es falso ni equivocado lo que decís, ilustre maestro; mas, puesto que profesáis el escepticismo, tampoco podéis estar tan seguro de ello que no tengáis que admitir la posibilidad de que los demás acierten en algo. Es verdad, y lo admitimos de grado, que en el arte de curar, caminamos en tinieblas; sin embargo, hay enfermos que recuperan la salud: nuestra ignorancia misma debe indicarnos que, si es posible

que muchas veces la recuperen a pesar del médico, en otros casos puede éste haber acertado, aunque sea a tientas con el remedio.

—Eso, señor licenciado —replicó el maestro Alejandro—, contradice vuestra tesis de que salud y enfermedad son obra exclusiva de la Naturaleza.

—La contradiría —retrucó Pimpolino— si el hombre fuera como los animales, que en todo siguen y se acomodan a la ley natural, y así saben curarse cada uno a sí mismo, sin ayuda ni dirección ajena. Pero el hombre es el único ser viviente que se aparta de la Naturaleza, para seguir su fantasía y su capricho. Entonces, cuando por efecto de este abandono de la ley natural, cae enfermo, le viene bien el auxilio de aquellos que se han aplicado a la observación de la Naturaleza y al estudio de sus secretos... Y en el presente caso, os diré que encuentro, por ello, razonable la dieta que aconseja el doctor Patafuss, aunque yo la haría más rigurosa suprimiendo incluso el agua caliente; observad que los animales, cuando se encuentran enfermos, se abstienen de todo alimento. Y os diré también que encuentro más razonable todavía la determinación de nuestro Reverendísimo Prelado y Señor al ordenarnos salir de su cámara, para quedarse solo; observad que los animales enfermos se aíslan, rehuyendo todo comercio con sus congéneres, refugiándose en oscuros escondrijos, por lo cual yo aconsejaría se cerrasen las ventanas de la

cámara donde descansa nuestro ilustrísimo doliente.

—No me parece muy respetuosa —dijo el doctor Patafuss— vuestra manera de expresaros, que pretende poner en comparación a nuestro Reverendísimo Prelado y Señor con los irracionales, suponiendo que ha de curarse por los mismos medios, como si fuera idéntica su naturaleza.

—Animales somos todos —replicó el licenciado— en cuanto al cuerpo y a las leyes de la vida. La Naturaleza, en cuanto totalidad de los seres existentes y madre de la vida, es una misma para todos y en todos nosotros obra, llevándonos a la vida y a la muerte, sin que nada podamos contra ella nosotros, y sí sólo Dios, que es su autor, y que en ella nos ha puesto, sometiéndonos a sus leyes; mucho podemos, en cambio, si a sus leyes obedecemos, como hacen los seres vivientes que carecen de libertad.

El maestro Alejandro no estuvo conforme:

—Nada sabemos de la naturaleza del hombre; nada sabemos de la naturaleza de los animales, si es idéntica a la nuestra o diferente. Cuanto a la naturaleza como conjunto o totalidad de los seres y madre de la vida, es una idea que nosotros nos formamos y que no sabemos si es verdadera o falsa. Todas ésas no son más que palabras, sonidos en el viento, garabatos en el pergamino. Con ellas nos entendemos unos con otros, pero no entendemos las cosas a que las aplicamos, ni siquiera si estas cosas existen real-

mente, o si la naturaleza entera no es más que pura figuración. Seamos, pues, sensatos; seamos, pues, humildes, y no nos metamos a intervenir en lo que no entendemos. Creemos que vamos a salvar la vida y la salud de una persona que tanto preciamos, y si acaso, lo que hacemos es destruirla. ¡No veis que para cada uno hay un día en que nada valen la Naturaleza ni la Facultad?

Intervino entonces el bachiller Blasindo; tenía una actitud humilde y hablaba con entonación dulce y musical; su expresión estaba llena de temblor poético y de un ardor de entusiasmo contenido. Contrastaba con el rudo y violento sentido común, desengañado y pesimista, del maestro Alejandro, con la lógica aparentemente vulgar del licenciado Pimpolino y con la didáctica dogmática e infalible del doctor Patafuss.

—Decía o daba a entender el señor licenciado —dijo— que hay dos aspectos en la Naturaleza, a saber: el patente y el secreto. Tiene entera razón el sabio maestro cuando dice que nada sabemos de la naturaleza del hombre ni de la naturaleza de los animales; pero es cuando en su estudio nos limitamos a lo patente. La Naturaleza en su totalidad ha de ser comprendida, no en lo que llamamos su realidad externa, sino en su idea. Si elevándonos por encima de lo sensible, conseguimos posesionarnos de la idea, hallaremos la evidencia de la armonía universal que

rige, se refleja y se realiza en todas las cosas y en cada una de ellas, y a la luz de esta idea sublime, si después descendemos de lo universal a lo particular, la hallaremos realizada en infinidad de formas diferentes; entonces nos habremos apoderado del verdadero secreto de la Naturaleza, que se encuentra en la Tabla de Esmeralda, y comprenderemos que lo de arriba es como lo de abajo y lo de abajo como lo de arriba. De acuerdo con esta ley universalísima, el hombre especialmente es el microcosmos, el resumen del Macrocosmos, del Universo, de la Naturaleza.

El doctor Patafuss y el licenciado Pimpolino, aunque éste con menos entusiasmo, asintieron repetidas veces con expresivas cabezadas, mientras el maestro Alejandro levantaba las cejas hasta la raíz de los cabellos.

—Si, pues, el hombre es el resumen del universo —continuó el bachiller Blasindo, animándose—, si todo lo que se encuentra en el universo, en todas las cosas del universo, se encuentra en el hombre, en él encontraremos el principio de la Naturaleza.

Patafuss y Pimpolino continuaron cabeceando. Alejandro los miró alarmado.

—Puesto que esto es así, es en el fondo de nosotros mismos, de nuestra propia esencia, donde encontraremos la idea de la Naturaleza, por medio solamente de la cual podemos comprenderla. Miremos

primero dentro de nosotros mismos, antes de dirigir la mirada hacia las cosas externas. He aquí lo que Sócrates enseñaba a sus discípulos: «Conócete a ti mismo».

El maestro Alejandro dió una gran palmada, lleno de alegría:

—¡Te he cogido en tu propia trampa! —gritó—. Primero dices que, según la idea de la Naturaleza, el hombre es un resumen de ella; después dices que esta idea se aprende en el hombre, por ser éste el resumen de la Naturaleza. He aquí un círculo en el que te has encerrado y del cual no podrás salir: sé que el hombre es el resumen del universo, porque el hombre es el resumen del universo.

Pimpolino y Patafuss, que antes cabeceaban por Blasindo, ahora cabeceaban por Alejandro. Ya nadie sabía quién tenía razón. Comenzaron a gritar todos a un tiempo...

En esto se abrió la puerta, y todos enmudecieron temblando: había entrado Falconete.

—El Señor Conde-Obispo de Nerbia no puede hablar; ronca y vuelve los ojos... El Señor Conde-Obispo de Nerbia se muere; ¿qué remedios tenéis para evitarlo?

Hablaron todos a un tiempo, todos llenos de terror:

—Purga; sangría; cocimiento de ortigas; ventosas; vino generoso, muy fuerte, con pimienta; man-

teca y miel; paños de agua fría a la cabeza; dieta rigurosa y absoluta; fricciones; vomitivos...

Entró un viejecito diminuto, el bufón jubilado del Obispo; tiró de la manga a Falconete y le dijo:

—¡Señor Capitán! ¡Señor Capitán! Es preciso que el Reverendísimo Padre se ponga a bien con Dios. Traedle un confesor... traedle un confesor... Si queréis, iré yo a buscar al santo Ascanio... ¡Que se confiese! ¡Que se confiese en seguida!

Entraron varias sirvientas llorosas, viejas y jóvenes, y empezaron a dar remedios que parecían fórmulas de cocina: friegas de cebolla y vinagre; manteca de cerdo derretida, sin sal; chuletas de ternera aplicadas crudas a la frente; huevos sin «galar» puestos en los sobacos; perejil en los oídos; aceite crudo por la boca abajo...

El doctor Patafuss escribía una larga fórmula en latín. El bachiller Blasindo proponía, como remedio heroico, la ingestión de piedras preciosas pulverizadas...

Nadie se entendía...

Prevaleció el remedio aconsejado por una sirvienta muy vieja. Trajeron un ganso y lo llevaron vivo a la cámara del Obispo. Aplicaron el ano del ganso al ano de Su Señoría, y se vió cómo el ganso se iba poniendo congestionado y negro, y moría, mientras Baldonio se iba despejando visiblemente, su respiración

se iba volviendo normal, sus ojos se cerraron, sus miembros se pusieron laxos y en actitud de plácido descanso, y a poco cayó en un sueño tranquilo y profundo.

Se reconoció que su vida se había salvado.

IV

Baldonio, entretanto, había visto y sentido cosas extrañas.

Comenzó por ver, delante de sus ojos, círculos verdes, amarillos, rojos y azules. A poco se encontraba ante una puerta taponada con paja. Tan pronto le parecía reconocer aquella puerta, como no la reconocía. Había estado y no había estado delante de ella. Había sido llevado hasta ella dando tumbos por el suelo, llevando golpes, produciéndose heridas, que ahora mismo le dolían muchísimo y no le dejaban descansar. Llevaba una cuerda al cuello, que sin duda ya había llevado, durante mucho tiempo, en otra ocasión. El otro cabo de la cuerda lo tenía cogido su sobrino Finamor. Finamor era, sin duda, el Ángel de la Guarda de Baldonio: esto era evidente, con una claridad absoluta, pero en aquel momento no lo era. No era posible que un ángel tuviera aquellos descomunales cuernos de ciervo... Se los había regalado Rosinda, en una bandeja repujada

entero? ¿Piensan que existo o que no existo? ¿Depende de mí su existencia, o la mía de ellos?... ¿Qué es existir?... Existo, bueno, ¿y qué? ¿Qué es existir?... Existir es ser yo... no, porque pudiera ser otro; si soy otro, no soy yo, pero existo lo mismo... Ser Baldonio... estamos en lo mismo... El nombre es accidente, el yo mismo es accidente; antes de ser Baldonio, antes de ser yo, existo... ¿Qué es, pues, existir? Existir es esto que siento dentro de mí, es decir, no: lo que hay dentro de mí, el haber Baldonio es existir..., es decir, no se puede comprender lo que es existir, porque si lo pienso, se me escapa la existencia...

»Existir es estar aquí, delante de la Puerta de Paja.

»¡Cuánto me costó llegar a ella! ¡Qué golpes, qué heridas, qué dolores, qué ardores en la piel, qué escozor en el cuello, qué quebranto en los huesos, qué vergüenza, qué impotencia, qué humillación, qué rabia, para llegar delante de una Puerta de Paja!

»Y sin saber quién me trae, pues Finamor no soy yo, Finamor no es ángel ni demonio, pero ahora es ángel o demonio, o ángel y demonio a la vez. ¿Existe en realidad? ¿Qué es? ¿Quién es?... ¿Es alguien fuera de mí el que me arrastra, o es algo dentro de mí, o soy yo mismo?

»Roma: esta puerta está... estaba otra vez... ¿cuándo?... en las murallas de Roma... Esto pasó ya

una vez, y aún tengo las heridas y los cardenales que me atormentan... Ahí está, digo estaba, Roma... Pero no puede ser, ahora no hay ciudad, no puede haberla, ahí detrás; es absurdo, es imposible que haya una ciudad detrás de una Puerta de Paja. ¿Qué hay, pues, detrás de esta puerta, de esta puerta maldita, de esta puerta rabiosa? ¿Continúa el mundo detrás de ella, o en ella se acaba el mundo? Escrito está: «No se ponen puertas al campo»... ¿Qué hay detrás? La Nada... Y la nada, ¿qué es?... Si esta puerta se abre, si se cae la paja que la obstruye, si yo mismo, yo mismo, pongo fuego a la paja, la Nada me tragará, y yo no seré nada, no seré, como si no hubiese sido nunca nada, como si no hubiese existido, me desvaneceré en la no existencia de donde he salido un día, no sé cómo, no sé por qué, no sé para qué, y desaparecerá para siempre el sueño de la existencia, pues de la Nada vengo y soy para la Nada.»

Baldonio se sublevaba impotente contra esto, se veía desaparecer detrás de la puerta que no llevaba a ninguna parte, sentía cómo si lo fuesen a arrojar al abismo, a echarlo fuera del mundo; quería agarrarse a algo, bendecía la cuerda que le apretaba el cuello, pues aquella cuerda lo sostenía aún en la vida, bendecía los dolores y escozores que le daban aún la ilusión de la existencia; mientras sufriese vivía, mientras sufriese era algo, era Baldonio, era el Obispo-Conde de Nerbia...

Pero ahora empezaba a oscurecerse todo, ya no veía la Puerta de Paja, ya no veía a Finamor, ni los cuernos de Finamor, ni sentía la cuerda al cuello; se iba hundiendo, hundiendo, en una negra, inacabable profundidad... Aterrorizado, apretado el corazón, gritó desesperado, y acudió Falconete.

V

Cuando le hicieron al Obispo la operación del ganso, Falconete había observado una cosa extraña: Su Señoría Reverendísima tenía las piernas y las posaderas llenas de cardenales amoratados, de excoriaciones, de heridas y desgarraduras en la piel, con algunas cortaduras profundas, tanto que llegó a sospechar que el Deán, Finamor, los físicos y los cirujanos habían maltratado a su señor, y se encendió en cólera contra ellos. Echó fuera, con malos modos, a los servidores de Palacio, que se acercaban, compungidos de corazón, a la antecámara, para inquirir noticias del estado del ilustre enfermo, y lanzaba miradas de desconfianza y de odio a los personajes que estaban allí de visita.

Acudían todos los canónigos, párrocos, sacerdotes, superiores de comunidades religiosas, hermanos mayores de congregaciones y cofradías, de toda la diócesis y de fuera de ella, caballeros principales, funcionarios de la curia episcopal y de la justicia y gobierno secular de Nerbia y ciudades y villas del

obispado, señores feudatarios del Obispo-Conde, síndicos de gremios, ricos mercaderes, gentes de pro llegadas de lejos.

En las salas donde recibían las damas de palacio, se sentaban horas y horas las señoras de la nobleza y del comercio opulento, las abadesas, las preladas de las Órdenes, las hermanas de las cofradías, y allí hablaban sin parar, rezaban ininterrumpidamente por la salud del amantísimo Padre, y proponían toda suerte de remedios.

A la portería acudían millares de menestrales, tenderos, labradores, buhoneros, beatas, mujeres del pueblo, que prorrumpían en lamentaciones y alabanzas a las virtudes nunca vistas del padre de los pobres, vara de la justicia, espejo de santidad, etc.

En todas las iglesias se decían misas y más misas para implorar la salud del Prelado. Las rogativas recorrían la ciudad en todas direcciones, cantando la Letanía de los Santos. Se suspendieron toda clase de fiestas y diversiones. Las gentes hablaban en voz baja y siempre de lo mismo, andaban tristes y cabizbajos, transidas de dolor sincero.

Falconete, cuando vió a su señor un poco más tranquilo, le suplicó le permitiese examinar su cuerpo, alegando que, como hombre de guerra, algo se le alcanzaba de enfermedades, ya que en campaña había tenido que atender muchas veces a sus hermanos de armas.

Consintió Baldonio, y Falconete lo observó con cuidado. Nada tenía en el pecho, ni en el vientre, mas la espalda y los hombros estaban como en carne viva, peor aún que las piernas y las nalgas, y en el pescuezo tenía como señales de una cuerda que lo hubiese apretado fuertemente y producido terribles desolladuras... No le cupo duda de que su señor había sido cruelmente maltratado, aunque no se explicaba cuándo ni cómo hubiese podido acontecer aquello, hallándose siempre gente en la antecámara, que por fuerza habría tenido que notarlo... Nada dijo, por entonces; pero, en los ratos en que podía alejarse un momento de junto al lecho del enfermo, practicó hábiles interrogatorios a los familiares que estaban de servicio en la antecámara, sin obtener resultado de ninguna clase.

Al día siguiente, observó Falconete que Baldonio había mejorado un poco. Dormía con sueño natural, recobró el uso normal de la palabra, los ataques no se repitieron, y empezó a quejarse de un tremendo cansancio y de vivos dolores en la espalda, el cuello y los miembros.

La poderosa naturaleza de Baldonio, dando la razón al licendiado Pimpolino, reaccionaba con pujanza. Se quiso echar de la cama, pero, al incorporarse, las heridas, rozaduras y cardenales le dolían atrozmente.

Falconete decidió acudir a su medicina de cam-

4

paña. Le dió unas friegas con vinagre, en el cual había apagado cal viva. Baldonio gritó, mordió las sábanas, creyó que lo estaban quemando vivo en Roma. La parte posterior del cuerpo le quedó blanqueada como una pared. Poco después le lavó el blanqueado con un cocimiento de plantas olorosas y nauseabundas. Baldonio quedó un poco más descansado. Por fin, Falconete preparó una untura de aceite frito mezclado con vino, a lo que añadió un poco de su propio excremento; opinaba que aquello mataba toda cosa maligna, fuese natural, preternatural o sobrenatural, e impedía toda corrupción y todo enconamiento de las lesiones, pues el vino era fortificante, y en cuanto al aceite y al excremento, no había nada tan suave, ni tan dulce y amoroso para un cuerpo lastimado; con aquello había curado mil veces a los caballos. Untó, pues, prolijamente todo el cuerpo de su señor, y lo vendó todo, con el mayor cuidado. En seguida, le hizo beber leche caliente con miel, y lo cubrió con muchas pieles, para que sudase cuanto más pudiera. Debía sudar para que, al mismo tiempo que el sudor venía para fuera, la untura fuera para dentro, traspasando la piel y limpiando y fortificando la sangre.

Baldonio sudó tanto, que el sudor traspasaba las ropas y las empapaba de una manera nunca vista. Al cabo de unas horas se las mudaron, y Baldonio, después de tomar un gran vaso de vino generoso con

harina, manteca y miel, durmió de un tirón hasta el día siguiente.

Mientras lo velaba, Falconete estuvo discurriendo todo el tiempo sobre la explicación del estado del cuerpo del Obispo.

El brebaje que hicieron beber al prisionero no le hizo ningún efecto; por lo tanto, los físicos no habían querido envenenar a su señor. No parecía posible que lo hubieran maltratado, sin que se notase de algún modo. Tampoco en la caída pudo causarse aquellas lastimaduras. Igualmente, no eran éstas efecto de la enfermedad... Lo que *sí* podían ser era cosa de brujería.

El propio Falconete, cuando andaba por el bosque, había tenido, en sueños, relaciones amorosas con una bruja, y la bruja, que era, naturalmente, vieja y fea, era tan libidinosa, que le daba besos en todas las partes de su cuerpo; esto sucedía en sueños, nada más, pero a la mañana Falconete tenía las señales en su cuerpo, señales de mordiscos dondequiera que la vieja había dado un beso... Es que, a lo mejor, los sueños son tan verdad como lo que nos pasa cuando estamos despiertos. Despierto, nunca hubiera Falconete amado a aquella bruja, ni de hecho ni de derecho, ni se hubiera dejado besar por ella; pero en sueños estaba de tal manera en su poder, que no podía hacer más que lo que a ella le diera la gana...

¡Quién sabe si su señor había tenido un sueño se-

mejante! No se sueña lo que se quiere, sino lo que viene a nuestro magín, no sabemos de dónde... ¿Qué ser había besado al Conde-Obispo en tantos sitios de la parte posterior de su cuerpo? El caso es que los sueños resultan verdad...

También pudiera ser que no fuera cosa de sueño, ni de brujería, ni del otro mundo... Es cierto que se decía que el Obispo-Conde tenía un diablo a su servicio, y acaso ese diablo fuera el culpable de los golpes, heridas y cardenales.

Pero también pudo ser un ente de este mundo, o varios... La señora Rosinda ha desaparecido de Palacio... La marcha o la fuga de la señora Rosinda causó al señor Obispo-Conde tal disgusto, que tuvo un ataque de ira terrible; el ataque de ira hizo que se le subiera la sangre a la cabeza, y eso dió origen a su enfermedad... Esto es claro. Ahora bien: ¿por qué se fué o por qué se fugó la señora Rosinda? Es muy posible que antes el señor Obispo y la señora Rosinda hayan reñido... Acaso se hayan pegado, puede que se hayan agarrado, hayan caído por el suelo, por unas escaleras, por algún lugar así, o ella lo hiciera caer a traición, empujándolo... El señor Obispo es muy fuerte, y ella es una mujer, pero las mujeres son endiabladas... Lo que a Falconete le ocurría con la bruja, en sueños, le ocurría al Obispo-Conde Baldonio con la señora Rosinda, en estado de vigilia: que no podía hacer más que lo que a ella le die-

ra la gana... Después, que hay gente que le gusta que las mujeres le peguen y los maltraten, y hasta puede ser que esto tenga algo de bueno... Cada uno, en este mundo, tiene su manera de vivir, su manera de obrar, su manera de gozar, y como no sabemos quién tiene razón, lo mejor es dejar a cada uno con su capricho... Lo peor es cuando no nos ponemos de acuerdo; y aun cuando nos ponemos, el acuerdo no dura siempre: mucho tiempo lo estuvieron el Obispo-Conde y la señora Rosinda, y ahora, de repente... Esto nos enseña que lo mejor es que cada uno marche por su lado, sin ponerse de acuerdo, pues cuando dos lo están algún tiempo y después lo rompen, es peor; hasta puede poner en peligro la vida de uno de los dos, como en este caso, o de los dos a un tiempo. Pero ¿cómo es posible que los hombres anden por este mundo, cada uno por su camino, y no se encuenren? Uno va por aquí, otro va por allá: se encuentran, uno quiere pasar, otro quiere pasar, y ya está armado el combate; o hay dos que quieren la misma cosa, como el caballero Galafre, que era el marido de la señora Rosinda, y claro, la quería para sí, pero también la quería para sí el señor Baldonio; gracias que Galafre fué razonable, y cedió; si no hubiese sido así, quién sabe lo que hubiera pasado; seguramente, a estas horas, no viviría Galafre...

VI

En todo el Palacio reinaba el silencio de la noche, que es como el silencio de la paz y como el silencio de la muerte.

Así opinaba el clérigo Hermanrico, que era poeta, y estaba en vela en la antecámara, en compañía de Salacio, el viejo bufón inservible, que interrumpía aquel silencio con largos, profundos suspiros apagados. Siempre había sido triste, melancólico, temeroso y pesimista, y por lo mismo, ingenioso y ocurrente. Sus gracias siempre mordían, y por eso eran tan celebradas. Estaba, pues, convencido de que, entre los hombres, estaban reñidas la alegría y la gracia, y entre las mujeres, mucho más. La gracia es como la lira, y la lira sólo sirve para llorar; lo que hace reír y levanta los ánimos es el puñal. Esta vaga experiencia, propia de todos los moralistas que hacen consideraciones sobre la vida, la tenía Salacio desde siempre, porque es cosa que se le ocurre a cualquiera. Pero ahora, que iba viejo y se había vuelto devoto,

se sentía capaz de escribir largos tratados sobre ella.

Salacio había clamado inútilmente porque el señor Obispo se confesase. Encontraba absurdo, desprovisto de todo sentido, escandaloso e inaudito, el hecho de que un Príncipe de la Iglesia, que se encontraba en peligro de muerte, no se preocupase, ni él, ni nadie a su alrededor, de que se pusiese a bien con Dios... Malo es, desde luego, vivir en pecado mortal. Pero la flaqueza humana es tan grande, que a ver quién es el que levanta el dedo... El alma no tiene más que tres enemigos; el cuerpo tiene muchos más, entre ellos, dos fundamentales: la falta de salud y la falta de dinero; uno y otro son vencibles. Pero los del alma no son lo mismo. El demonio es el más fácil de vencer, es algo tonto, y muchos lo han engañado con el timo del pacto: le venden el alma y después le faltan a la palabra; no es preciso ser muy listo para estafar a Satanás... Los santos lo llevan a donde quieren, sujeto con una cadena, como un perro; parece el perro de los santos... El mundo sí que es difícil... El mundo es un demonio con mil, con dos mil, con millones de cabezas; marcha apretado como un inmenso rebaño de ovejas, y arrastra a todos por el mismo camino, quieran no quieran; desgraciado del que no baila lo que toquen... Sin embargo, se puede uno apartar del mundo... En cambio, contra la carne, ¿qué defensa hay? Yo soy mi carne, mi carne es ansiosa, y la de la mujer, sabrosa... Y sólo

la muerte nos aparta de la carne; se puede conjurar al demonio, abandonar el mundo, pero con la carne sólo se puede hacer lo que hizo el sabio Orígenes, y aún no sabemos si así nos preservaríamos, además de que eso está prohibido: hemos de vivir con la carne. San Antonio el anacoreta lleva un cerdo consigo; unos dicen que ese cerdo es un cerdo, otros que es un demonio, pero lo que es, es la carne, simbolizada en el rico jamón, en el rico lacón, en el rico lomo, en todo lo demás; la carne, que no tiene desperdicio, la carne con colmillos para morder, con hocico para hozar en el alma y mancharla, pues es animal sucio, y cuanto más sucio, más sabroso, y para condenarla. Es el más poderoso de los tres enemigos del alma: su símbolo, el cerdo; los otros dos, el carnero y el macho cabrío.

Vivir en pecado mortal es mucha desgracia, pero es tan común, que casi puede disculparse... Pero morir en pecado mortal, eso sí que no tiene disculpa... «Pobre señor mío, cuyo pan estoy comiendo, que conmigo fué bueno siempre, que no me pegó cuando le descubrí los cuernos...» Salacio se propuso hablar a Hermanrico...

Hermanrico no había recibido las órdenes sagradas, aunque había hecho los estudios; era todavía un escolar, enteco y reseco, que llevaba por su función en Palacio la vestimenta eclesiástica. Era un poeta elegíaco, que había escrito ya un volumen de

elegías latinas y se proponía escribir otros veinte o treinta. De él había de correr por el mundo, en lo futuro, traducido a todos los idiomas, un canto a la noche que empezaba así:

La noche es la madre del día,
La sombra es la eterna verdad;
Cuando hace unas horas el sol se ponía,
Con honda amargura al sol despedía
La tierra al entrar de la noche en la paz.
Noche de la vida, que nuestra alma llora,
Noche de la tumba, que no tiene aurora.
Sombra de la noche, que un misterio llena;
La sombra serena
Disuelve las almas en su inanidad...

Salacio y otros muchos sabían quién era la noche a quien estaban dedicados aquellos versos, que, por cierto, en latín sonaban muy bien.

Entre las damas que había en Palacio, estaba la hermosa Alda, cuyos ojos, rodeados de círculos negros; cuyo cuerpo, de piel cetrina, era como de una serpiente que tuviese la sangre muy cálida, y cuyos cabellos, lisos y aceitosos, brillaban como charol. Nadie sabe de donde vino aquella joya, pero todos le llaman la Noche. Destinada, como las demás, actualmente, a hacer corte a la señora Rosinda, es la contrapartida de la señora Rosinda, hace juego con ella,

hasta por su palidez, como la sombra con la luz, par de opuestos indispensables para un señor magnífico en sus gustos. El péndulo de la pasión osciló algún tiempo entre Alda y Rosinda, hasta parar en ésta, prendido en un magnetismo carnal cuya naturaleza sólo el interesado podía conocer, si es que la conocía. Pero Hermanrico el escolar, que tenía los cabellos color de lino y los ojos color de agua marina, cayó en la ambiatracción de aquel doble opuesto, femenino y oscuro. Si él no era bello como el día, ella lo era como la noche; pero el poeta tenía que mantenerse a tanta distancia, que Alda no supiese nada, y llenar con poemas aquel apartamiento infranqueable. El amor se descargaba en ritmos y medidas, destinados acaso a la celebridad, pájaro que vuela también muy a lo lejos.

Servidor solícito, Hermanrico asistía muy de cerca a su Señor, el Obispo-Conde de Nerbia, y en la ocasión fatal de su dolencia repentina, logró recoger y ocultar el teléfono endiablado de Baldonio, pero no conocía su uso, aunque algo pudiese sospechar remotamente, por ser el encargado de ministrárselo. Lo había examinado por todos lados, sin atreverse a ensayarlo... Ahora estaba meditando en ello. Se le había ocurrido que el bachiller Blasindo, poseedor, según se decía, de conocimientos secretos, podría explicarle su funcionamiento. Lo conocía de la Universidad, y todos lo tenían por hombre formal,

inofensivo y bondadoso; por lo tanto, acaso pudiera acudir a él con confianza. Se propuso hacerlo.

Rogó a Salacio que esperase él solo un momento, y se dirigió a la cámara en que habían encerrado a los físicos. Era una cámara aislada y sin uso, en la que no había entrado nunca. Llegó a ella, pero la llave no estaba en la cerradura.

Miró por el ojo de la llave y vió a los cuatro graduados durmiendo en el suelo, a la luz de una lámpara que se extinguía, chisporroteando y lanzando alternativamente sus últimas brillantes lumbraradas, esas lumbraradas que asemejan una lámpara que va a apagarse, a la vida humana cuando se extingue. A aquella luz intermitente que se defendía de la muerte, pudo ver la cámara: había duros bancos de madera, y de las paredes colgaban cuatro tapices.

El primero representaba un aula. En medio y en lo alto, un catedrático encaramado en su cátedra, con un libro inmenso en el atril y cobijado por un dosel, espetaba el dedo con ademán de la mejor cultivada pedantería. A los lados, los escolares, en fila tras sus pupitres, con libros abiertos, escuchaban sumisos.

«El doctor Patafuss», se dijo a sí mismo Hermanrico.

El segundo representaba un espeso bosque, en el centro del cual, entre un corzo y un perro, un hom-

bre con ropón académico, con muceta y capirote, se inclinaba para recoger una planta.

«El licenciado Pimpolino», pensó Hermanrico.

El tercero representaba una taberna. Alrededor de una mesa de madera, sentados en taburetes, escolares risueños y divertidos, con jarros colmados que agarraban por el asa, escuchaban a uno más viejo que, en pie, con cara de bufón, apoyaba su discurso levantando un vaso espumeante.

«¡El Maestro Alejandro!»

El cuarto representaba un laboratorio. Frente al hornillo, sobre el que estaba la clásica retorta, un sabio desharrapado, las antiparras cabalgando sobre la nariz y un fuelle en las manos, destilaba la Piedra Filosofal. Detrás, en un facistol, había un libro abierto lleno de figuras geométricas.

Hermanrico pensó:

«Este es mi hombre.»

Pero, con la puerta cerrada con llave, y sin llave, no podía entrar ni llamar sin hacer ruido. Se volvió decepcionado, como, sin duda, quedaría tantas veces el alquimista representado en el tapiz. Con esta idea se consoló Hermanrico. Volvió a la antecámara pensando que en la desgracia conviene no estar solo, que el hombre se consuela siempre, cuando sabe que otro sufre también, y que éste es el mayor beneficio que el hombre recibe de vivir en sociedad.

Al entrar, Salacio le dijo:

—¿No pensáis que es necesario, que es urgente que nuestro amantísimo Padre y Señor se ponga en gracia de Dios, mediante una sincera confesión? ¿Lo vais a dejar morir en pecado mortal?

—¿Y qué derecho tenemos —respondió el poeta— a entrometernos en sus cosas? ¿No es Conde y Señor nuestro? Pues debemos prestarle fidelidad haciendo su voluntad, ayuda sirviéndolo con nuestros cuerpos y nuestro ingenio, consejo cuando lo solicite, pero no cuando no lo pida; él es el señor, y así como dispone de nosotros, mejor podrá disponer de sí... ¿Quiénes somos nosotros para disponer de su cuerpo ni de su alma?... Mas aún: ¿no es nuestro Obispo? ¿Vamos a darle lecciones en materia de religión? ¿No sabe él mucho mejor que nosotros lo que ha de hacer? Nosotros no podemos ni debemos hacer otra cosa que obedecer y callar. Una cosa tan sólo: rogar por él, y ya está todo el clero y el pueblo de Nerbia rogando por él en las iglesias, en las calles, en las casas, con lágrimas y lamentos. Unámonos humildemente a los que ruegan y no nos metamos en más.

Salacio quedó desconcertado.

VII

Muy temprano despertó en su lecho el Obispo Baldonio y llamó a Falconete. Y Falconete se acercó al lecho:

—¿Cómo se encuentra Vuestra Señoría Reverendísima?—preguntó.

—Muy bien. Han desaparecido los dolores, puedo respirar, puedo hablar, puedo moverme, sólo me falta recuperar las fuerzas... Te estoy muy agradecido; te debo la salud y deseo recompensarte.

—Yo, en cambio, no podré pagar jamás lo que debo a vuestra Señoría Reverendísima, cuya vida y cuya salud son indispensables para mí.

Falconete era un hombre de bajísima extracción y de padres desconocidos. Su profesión, al llegar a la edad conveniente, fué la de capitán de ladrones. Se había especializado en el asalto de monasterios, y era un verdadero maestro en el arte de los «calentadores», que sirve para averiguar en dónde guardan su dinero los avaros, y consiste en barnizarles de

aceite los pies, por medio de un pincel, y, acercárselos al fuego, procedimiento que se dice ser infalible. Los crímenes de Falconete eran tan horripilantes, que la gente se tapaba los oídos cuando se los contaban. Al fin, vendido por sus subordinados, cayó en poder de la justicia. Sometido tres veces a tormento, aguantó con tranquilidad que pasmó a los jueces; se le buscó, sin resultado, señal de pacto diabólico o de fórmula mágica... La primera vez se le aplicaron los borceguíes, dos moldes de madera que encerraban las piernas, ajustados a ellas, introduciendo después cuñas entre ellos y la carne. Nada... La segunda vez le aplicaron la prueba del agua: le pusieron en la boca un embudo de cuero, y le fueron echando por él potes de agua, hasta que su vientre se hinchó como una montaña. Nada... La tercera vez le aplicaron la catasta: colgado del techo, dejaron gravitar su cuerpo sobre el borde redondo de una barra vertical de hierro en la que se apoyaba su ano; la barra estaba cortada transversalmente en lo alto, rematando en un círculo un poco mayor que el agujero que descansaba en ella, y aquel borde semiagudo, y que no llegaba a ser cortante, lo atormentaba fieramente; para agravar su sufrimiento le fueron poniendo debajo, alrededor de la barra, braseros encendidos a elevadísima temperatura; y para que pudiese ver las contracciones de dolor que se producían en su rostro, le pusieron delante un espejo.

El Obispo Baldonio asistió a esta última prueba. Quedó admirado, no sólo del aguante extraordinario de Falconete, sino también de su cuerpo deforme y desmesurado, y de la fealdad y ferocidad de su rostro. Decidió, pues, tomarlo a su servicio.

Condenado a muerte en la horca, Falconete fué conducido a presencia del Obispo.

Mano a mano, a uno y a otro lado de la mesa, ajustaron un verdadero tratado bilateral, después de discutir largamente las condiciones: no otorgó el Obispo a Falconete el indulto de su pena, pero lo puso en libertad y le nombró capitán de una guardia afecta exclusivamente a la persona del Prelado, independiente de la hueste episcopal y condal, pagada por él y reclutada libremente por Falconete. Este quedaba así ligado estrechamente a la voluntad de Baldonio, pues el Obispo, en cuanto el probado ladrón diera el menor paso fuera de su agrado, podía retirarle su amparo, con lo cual quedaba ipso facto bajo la acción de la Justicia. El Capitán tendría en Palacio mesa y mantel, alojamiento y ración, vestido y armamento, caballo y paje de cuadra, cobraría gajes y soldada, y estaría perfectamente bajo el amparo condal y prelaticio. Quedaba obligado a la vigilancia pública y secreta del Palacio, a la protección y defensa de la persona e intereses del Obispo y a ejecutar, sin dilación, cuantas órdenes recibiese, sin discusión ni réplica. Aceptadas las condiciones por

Falconete, Baldonio lo condujo a su oratorio particular, y le hizo prestar, de rodillas y con las manos extendidas, un juramento terrible, lleno de maldiciones que deseaba cayeran sobre él en caso de incumplimiento, de ejemplos y comparaciones con Judas, con Coré, Datán y Abirón, y de entrega en manos de Satanás, si en cualquier momento faltase a la fidelidad y fe jurada, que lo fué por todas las cosas sagradas que se le ocurrieron a la refinada imaginación del Obispo.

El juramento prestado, el Obispo ordenó que le quitasen los grillos y cadenas que lo trababan, y en su cámara y en presencia de los familiares lo armó caballero... Desde entonces se habían mantenido ambos firmes en sus juramentos y promesas.

—¿Cuánto tiempo he estado enfermo? — preguntó Baldonio.

—Cuarenta y ocho horas solamente, señor —respondió Falconete.

—No es posible... Yo te enseñaré a contar el tiempo: cuarenta y ocho horas son dos días; cuatro y ocho, doce, que son doce meses; doce meses hacen un año; pero uno y dos, tres, o sea tres años; ahora suma desde uno hasta doce, que hacen setenta y ocho, toda una vida, una larga vida, en cuarenta y ocho horas... El tiempo de todos es uno; lo cuentan las campanas de la Catedral, lo cuenta el reloj de sol en la fachada de esta casa, se cuenta con la caída

de la arena, con la caída del agua en la clepsidra, con el canto del gallo, con el dormir y despertar, con la salida y la puesta del sol... Pero el tiempo de cada uno, el tiempo de nuestra vida, que está dentro de cada uno, ¿quién puede medirlo?

Falconete no supo qué contestar.

De allí a poco, el Obispo pidió algún alimento y le trajeron leche con miel.

—¿Ves, Falconete? Buena señal. La Tierra de Promisión manaba leche y miel.

Después de tomarlo, dijo:

—Trae mi manto de piel.

Se lo trajo, y Baldonio se echó de la cama y se envolvió en él. Falconete le trajo un bastón. El Obispo se apoyó en él y en el brazo de Falconete, para ir a sentarse en un sillón, con dos almohadones bajo los pies. Entonces ordenó:

—Que venga Hermanrico, el poeta.

Compareció el familiar, pálido y desencajado. El Obispo le dijo:

—Escríbeme inmediatamente un sermón para dar gracias a mis feligreses y súbditos por sus oraciones, por las cuales Dios me ha devuelto la salud. Dirás que les hablo anegado en lágrimas de gratitud, que los llevo a todos metidos en el corazón, que los bendigo, que pido a Dios para ellos toda suerte de bienes... Exaltarás la virtud de la caridad, del respeto y amor a los superiores, no por ellos mismos, sino

porque representan a Dios, etc. Un sermón que les llegue muy adentro, que los conmueva, que los haga llorar copiosamente... Este sermón no podré decirlo yo, pues aún estoy débil. Lo leerá en mi nombre, en el púlpito, el señor Deán. Anda.

Se retiró el poeta y el Obispo preguntó:

—¿Qué ha sido del prisionero a quien hiciste beber el brebaje que habían preparado para mí?

—Está perfectamente bien de salud, señor.

—Bien... Pero los físicos son unos ignorantes. Del doctor al bachiller, no saben nada de nada; quien me ha curado, has sido tú... Los cuatro serán paseados esta misma tarde por toda la ciudad, montados en burros, mirando hacia la parte posterior de los animales y agarrados a los rabos; en la cabeza llevarán capiruchos, lo más altos que se pueda, y ristras de ajos al pescuezo. El pregonero irá delante, publicando el castigo de su ignorancia y audacia. Y no se les pagará nada por su trabajo. Anda.

Cuando Falconete salía a cumplir la orden, lo llamó Baldonio:

—Que comparezca inmediatamente en mi presencia el rector de la Universidad. Y mientras tanto, que venga el maestresala.

Llegó el maestresala, y le encargó una comida abundante de asado, salsas picantes y vino fuerte, con un pastel de postre. El maestresala no replicó. Cuando Falconete estuvo de regreso, con el magní-

fico señor Rector, el Obispo estaba devorando con ansia y bebiendo con fruición.

—Señor Rector —dijo—, el señor Falconete, que os acompaña, es un fiel servidor mío, que con la mayor solicitud y cuidado me ha prestado asistencia en mi enfermedad, y a él exclusivamente y a su pericia extraordinaria en el arte de curar, debo mi rápido restablecimiento. Ha sabido vencer con sus remedios, exclusivamente naturales, no sólo mis males físicos, sino otros que, siendo físicos, provenían misteriosamente de causas hiperfísicas... Es, pues, mi voluntad recompensarle como merece. Es preciso que mañana mismo el Gremio y Claustro de la Universidad de Nerbia le confiera el título de doctor honoris causa, y que mañana mismo se le dé la investidura, con toda solemnidad, con paseo en triunfo por toda la ciudad, vítores en los sitios acostumbrados, y que la Universidad le otorgue una pensión vitalicia. No quiero oír ninguna observación.

—No está en mi ánimo, Reverendísimo Señor y Padre —respondió el Rector—, otra cosa que acoger vuestras gratísimas órdenes con la mayor alegría, y apresurarme a su cumplimiento, con la satisfacción de cumplir mi deber y proporcionar algún contentamiento a vuestra Señoría Reverendísima.

Y se retiró.

Cuando acabó de comer y beber, el Obispo quedó algún tiempo traspuesto. Al despertar, se dispuso a

dar nuevas órdenes: pidió que fuera a vestirlo, y salió a las galerías altas para ver pasar el cortejo de los cuatro físicos condenados a la vergüenza pública.

Al ponerse en pie, después de vestido, se encontró bastante fuerte, y al apoyarse en el bastón, se apoyaba por dentro en sí mismo, con gran confianza: era en él mismo en quien podía confiar íntegramente; dominaba su cuerpo y todo su mundo, todo le obedecía: sus músculos, sus vísceras y sus hombres. Ya vería si Rosinda era capaz de resistirse.

Cuando pasó el cortejo de los burros con el doctor, el licenciado, el maestro y el bachiller, rodeados de una caterva de chiquillos y mozalbetes, Baldonio se divirtió mucho. Lanzó desde la balconada puñados de monedas, para que los chiquillos se atropellasen entre las patas de los burros... La gente que pasaba por la calle, al verlo sano en la balconada, lo saludaba con alegría, se reunía en grupos y lo aclamaba; Baldonio bendecía sonriendo y saludando con la cabeza... Oyó las campanas de la Catedral, que repicaban llamando al solemne Te Deum, para dar gracias por su curación, que muchos decían ya ser milagro.

Al bajar, triunfante, encontró la antecámara atestada de gente que se arrodillaba para besarle el anillo, entre un rumor de saludos, bendiciones y parabienes... Todo marchaba sobre ruedas suaves y silenciosas, por camino de terciopelo, entre brisas per-

fumadas de rosas y de incienso, si no fuera por la espina profundamente hincada en su corazón, aquel dolor, ligeramente amortiguado durante la enfermedad y los homenajes, que volvía ya a sentirse recobrar su fiereza.

—Tengamos calma —se propuso—, no debo ser temerario, debo retirarme a descansar, debo recuperarme, hasta recobrar todos los alientos que necesito... Lo peor era lo que podía suceder mientras tanto: cuarenta y ocho horas y otras cuantas más hasta el día siguiente...

Despidió paternalmente a los visitantes, y a los que siguieron llegando se les dijo que el Señor Obispo, débil aún, se había retirado a descansar... En efecto, Baldonio despachó una cena temprana y no tan abundosa como el yantar, y se metió en la cama.

VIII

A la mañana, lo consumía la impaciencia. Las ideas volaban alrededor de su cabeza en bandadas que se atropellaban, unas blancas, otras negras, otras rojas. Su sangre amenazaba volver a levantar hervor. Se esforzaba por reprimirse.

Se levantó para ver pasar la solemne procesión del nuevo doctor Falconete. En su mula, cubierta de brillante gualdrapa, el Capitán, muy ufano y orgulloso, resultaba grotesco bajo el disfraz académico. El acompañamiento era larguísimo y brillante, ruidoso de pífanos y aclamaciones.

Al terminar, Baldonio subió al departamento de las damas.

Eran cuatro: Alda, Marilda, Mafalda y Tafilda. Tafilda, Mafalda y Marilda no sabían nada, no vieron nada, no oyeron nada... Lloraban, puestas de rodillas, caminando así a rastras, detrás de Baldonio, que paseaba rabioso:

—Se marchó, desapareció, se fué... nada más, nada más.

Hablaban las tres a un tiempo, sollozando, con los vestidos y el suelo mojado de lágrimas, tirándose de los pelos:

—No tenemos la culpa, no tenemos la culpa, no tenemos la culpa, ¡ay, ay, ay!, ¡ay, ay, ay!

Alda, interrogada aparte, un poco más serena, aunque fingiéndose abatida y desconsolada, respondió:

—Llamó a Segismundo el palafranero, mandó que le ensillasen la yegua negra, salió cubierta toda con un manto, sin decir nada. No sé más.

Baldonio pateaba como un caballo. Buscó a la vieja Bertoldina, que debía de tener más de cien años, la cogió por una mano, haciendo crujir los resecos huesos, estrangulando las hinchadas venas, comprimiendo los duros tendones, la arrastró a la habitación de Rosinda.

La habitación de Rosinda, con el huso y la rueda para hilar, el bastidor para bordar, el laúd para tocar, los escaques para jugar, el gran lecho para dormir, las arcas, los cofres, los tapices, los candeleros, los espejos, las imágenes, las alfombras, los cojines, las colgaduras... todo lleno de recuerdos que pinchaban a Baldonio y lo encendían en una ira creciente y en un rencor que sabía a acíbar, a genciana y a al-

mendras venenosas, a hiel, a una mezcla cruel de todos los amargores de la vida y de la muerte.

Echó todos los cerrojos, y de pie, sin soltar a la vieja, le dijo, mirándola fijamente:

—Tú eres la que lo sabe todo. Si no me lo dices, si procuras engañarme, no lo conseguirás; si pretendes callarte, te entregaré a la Justicia, haré que te apliquen el tormento las veces que se me ocurra, te haré quemar viva, por bruja, y con justicia, porque lo eres. Piensa bien lo que haces, porque yo sabré si dices verdad o si me engañas ...Si me dices la verdad, acaso obtengas una recompensa que te hará feliz. Escoge.

La vieja no parecía asustada:

—Pues suélteme vuestra Excelencia Reverendísima, y hablaré.

La soltó. La vieja, acurrucada en el suelo, comenzó:

—Aquella tarde estuvo en esta cámara el santo Ascanio.

El Obispo respingó, asustado y furioso:

—¡Ascanio! ¿Quién lo introdujo en mi casa?

—Vuestra Excelencia Reverendísima —respondió la vieja—. Vino llamado por vuestro teléfono... Vuestra Excelencia Reverendísima no está todavía bien impuesto en las cosas de la brujería; descuida la teoría del reflejo y las leyes del choque de retroceso. Yo he aprendido mucho con Plutón Barrabás, que

viene a enseñar a la señora Alda. Gracias a la oreja de Dionisio, asisto todos los días a las lecciones.

—¿Quién es Plutón Barrabás?

—Es un sabio venido de los confines del mundo. Ha estudiado en Toledo, con Rabí Jehudá Halevi Metolitolí Metolitolá, y en Fez con Mohammed Alcatifá Ben Arabí Ben Arabá.

—Pero, ¿quién es el que introduce esa gentuza en mi Palacio?

—Al santo Ascanio, vuestra Excelencia Reverendísima. Cuando entró en esta cámara, salía de la vuestra... ¿No recuerda vuestra Excelencia Reverendísima haber hablado con él aquella tarde?... En cuanto a Plutón Barrabás, no necesita que lo introduzca nadie; aparece sin saber cómo... Esto es lo que la gente llama arte de magia. La magia es la vida misma, no la ciencia ni ninguna ciencia. No hay magia, porque todo es magia: los hechos más sencillos y vulgares de todos los días son magia. Lo que pasa es que, como la gente no sabe que toda cosa es, al mismo tiempo, otra cosa; como la gente no sabe que toda cosa no es más que la sombra de lo que es, cuando en la vida se hace patente algo de esto dice que es brujería. Con estas ideas, Plutón Barrabás puede, si quiere, torcer los caminos del acontecer, ponerlo todo patas arriba, transformar el mundo por completo, reconquistar el Paraíso terrenal...

Baldonio pateó exasperado:

—Contesta a lo que te pregunto, y déjame de estupideces, ¿o quieres que te retuerza el pescuezo?

—La señora Rosinda —dijo la vieja—, hizo confesión general, a los pies del santo Ascanio... Le dijo lo que hacía con vuestra Excelencia Reverendísima y con la señora Alda...

—¿Con la señora Alda?

—Claro, repartía con ella, ya que ella lo había perdido. Fraternidad femenina, con la cual, además de divertirse, aseguraba la señora Rosinda su tranquilidad.

—Son inmundas —rugió Baldonio— y con su inmundicia nos esclavizan... aunque las odiemos.

—Odio o amor, en este caso es lo mismo, es un triunfo de la carne. Siendo esclavo de la carne, no se puede entender lo que dice Ascanio, ni lo que dice Plutón Barrabás... La señora Rosinda, se conoce que estaba en un momento de extrema lucidez... Lo contó todo, lo dijo todo, se arrancó del pecho, palabra por palabra, pensamiento por pensamiento, recuerdo por recuerdo, las siete espadas de la lujuria, de la soberbia, de la codicia, del rencor, de la gula, de la molicie, del egoísmo, única manera de vencer a la carne y al alma... No ocultó nada. Yo escuchaba todas sus palabras, todos sus suspiros, todos sus lamentos... Al santo Ascanio no podía oirlo, porque hablaba tan quedamente, y estaba de espaldas a la oreja de Dionisio...

—¿Cómo no corriste a prevenirme, maldita?

—No hubo tiempo... No sé por dónde se fué Ascanio. La señora Rosinda huyó en seguida del modo que sabéis. Se dió noticia inmediatamente a vuestra Excelencia Reverendísima, y ya se ve lo que pasó...

Baldonio mandó encerrar a la vieja y a la señora Alda en las letrinas del Palacio. Meditó un momento en las pavorosas doctrinas de Plutón Barrabás. ¡Pamemas! Sus músculos estaban tensos y firmes, su cabeza fría, su voluntad excitada hasta el paroxismo, el piso era duro y resistente, el aire que entraba por la ventana era fresco y casi palpable, el mundo era rígido y resistente, la materia estaba allí, real, verdadera, auténtica; la fuerza bruta es incontrastable, puede dominarlo todo: la enfermedad, la enemistad, la traición, la magia y la mística.

Bajó, mandó llamar a dos de sus sicarios, los más decididos, los más crueles, los menos escrupulosos. Se revistió de una cota, se ciñó una inmensa espada, ensilló él mismo un hermoso caballo negro, montó, y acompañado de los dos sicarios, salió de Palacio. Anochecía por las calles, y tras ellos se cerraron las puertas de la ciudad.

IX

Caminaron en la noche hacia el eremitorio de Ascanio.

Baldonio se decía:

»La traeré atravesada en el arzón de mi caballo: sus cabellos arrastrarán por el suelo, se prenderán en las matas, quedarán en mechones en los espinos. Sus ojos, abiertos por el terror, no verán más que la negrura de la noche y los terrores de la noche. Sus ropas se empaparán en el rocío del otoño, y su cuerpo temblará de miedo y de frío. Sus dientes chocarán como chocan los dientes de las calaveras. Su corazón latirá con presentimientos de muerte. Por su cabeza pasarán todas las ideas lúgubres, todas las suposiciones negras, todas las incertidumbres y fantasías del miedo. Sentirá agudísimos dolores en las sienes, y en el pecho una angustia espantosa. Sus pies y sus manos, colgando, quedarán insensibles. Sus rodillas, dobladas, tardarán en poder enderezarse. En todo su cuerpo, en toda su carne...

¡su carne, su carne, su carne!... entrará un entumecimiento invencible, y su garganta no podrá lanzar un grito, ni sus labios pronunciar una palabra, ni podrá suspirar, ni sollozar, ni verter lágrimas... Así la traeré, atravesada en el arzón, doblada por la cintura...»

Caminaron en la noche fría y húmeda , camino de la montaña. El rencor frío y feroz de Baldonio le subía del corazón a la garganta. Caminaron en silencio. Largo camino. Se internaron en el espeso bosque, con gritos de aves nocturnas y rumor de animales fieros en las matas.

Pasado el bosque, había una pequeña capilla, donde Ascanio decía misa a los pastores de la montaña. Más arriba estaba la cueva que le servía de vivienda. En medio de la oscuridad, la conocieron por una lucecita. Subieron hasta ella, y Baldonio descendió del caballo.

A la luz de un candil, Ascanio, envuelto en un hábito remendado, leía una gran Biblia. Se levantó para recibir a Baldonio:

—Dios os guarde, señor Obispo. Esperaba que vinierais, y lo deseaba de veras. Dignaos sentaros un momento.

—Si me esperabas, sabes a lo que vengo; por lo tanto, poca palabrería. ¿Dónde está Rosinda?

—Obispo Baldonio: el Padre Santo te expulsará de la sede, es cosa inminente.

Baldonio quedó asombrado: el ermitaño hablaba exactamente igual que el diablo cuando se presentó bajo su apariencia...

—Absolverá a tus vasallos —continuó el ermitaño— del juramento de fidelidad; llamará contra ti a los condes, a los duques, a los príncipes, a las órdenes militares y a las ciudades; si el Emperador pretende oponerse, no *será* obedecido, y él no vendrá por ti a reclamar obediencia; ni el Duque de Strandia, ni el Gran Maestre de San Flemo se acordarán de tus servicios; Dios no te permitirá ganar la partida; lo que te va a suceder es tu castigo...

Baldonio comenzaba a aterrarse: ¿era Ascanio quien hablaba cuando le hablaba *así* el diablo, o era el diablo ahora, cuando hablaba Ascanio?

—Obispo Baldonio, confiesa que no crees en Dios; sin embargo, confías en los hombres... Aún puedes intentar, aunque es difícil, obtener el perdón del Padre Santo... Vuelve en ti, Obispo Baldonio, vuélvete a Dios, no canses su paciencia, reconoce que sin El nada es nada, no eres nada, que Dios está dilatando el momento de tu castigo, para que te arrepientas, que tiene contigo misericordia especialísima. Puedes verlo palpablemente. Reconócelo, arrepiéntete, confiesa tus pecados, pide perdón al Padre Santo...

Baldonio se sintió vacilar, lleno de un terror inexplicable: sin duda, la noche, el lugar, el escenario, el ermitaño con su largo cuerpo, reducido casi a un

esquema, las barbas, la voz serena y bondadosa, la luz del candil, el libro, el crucifijo, la calavera... Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para recobrarse:

—No he venido aquí a eso, hombre de Dios; he venido a que me digas dónde se encuentra mi amante Rosinda, adónde la has llevado. Te lo exijo.

—Eso es lo que no te puedo decir —respondió Ascanio.

—No te pregunto —dijo Baldonio, furioso— con permiso de quién has penetrado en mi palacio, con qué derecho has descubierto secretos que me pertenecen, confesando a Rosinda; por qué me has arrebatado una mujer que me pertenece. Te pregunto solamente dónde está, adónde la has llevado. Soy tu obispo, y te ordeno me contestes la verdad, en nombre de la santa obediencia; soy tu señor temporal, y te lo ordeno en nombre de la fidelidad que me debes.

—No puedo decírtelo, porque es secreto de confesión.

—Yo te absuelvo de la obligación del secreto.

—No tienes autoridad para eso.

Baldonio se levantó y pateó con rabia:

—Bueno; pues entonces te digo: si amas la vida, dímelo. Te concedo unos momentos. Si te obstinas en callar, morirás aquí mismo, ahora mismo.

—Bien sabes que no me es posible.

—¿Prefieres la muerte?

—Prefiero la muerte.

Y cayendo de rodillas, se puso en oración. Baldonio hizo una señal a los sicarios, que se acercaron.

—¡Matadlo! —ordenó el Obispo con violencia.

Los dos sicarios se arrodillaron a los pies de su señor:

—No podemos, señor, no podemos... Aunque quisiéramos, po podríamos...; ¡perdónanos, señor; ¡es un santo! ¡es un santo!

Baldonio los echó a patadas, desnudó la espada y se abalanzó lleno de rabia contra Ascanio... Pero sintió como si se le debilitase el brazo, como si algo le impidiese avanzar: «Estoy aún débil, pensó, pero hay que vencer»... Hizo un máximo esfuerzo, pero le invadió un gran terror que le erizó todos los cabellos, y un frío mortal... No podía él tampoco, no podía; había como una fuerza que lo paralizaba, una fuerza que no era material, que no era de este mundo, que no estaba fuera, sino dentro de él mismo... Aquella fuerza la había sentido ya, no recordaba dónde... ¡ah, sí!, frente a la Puerta de Paja...

Descendió de la cueva. Los dos sicarios habían desaparecido... Buscó el caballo, montó a tientas, sin envainar la espada; los sicarios, por temor al castigo, podían aguardarlo, ocultos en el camino, y asesinarlo... Decidió ir por otro lado... Pero regresar sin Rosinda, no podía ser; primero, no lo soportaría su corazón, no lo soportarían las apetencias de su carne, no lo soportaban su soberbia, su voluntad, su propó-

sito; lo había jurado, todos sabían ahora, en Palacio, a qué había ido... No regresaría sin ella... Sentía una amargura como jamás en su vida: su pasión traicionada, burlada su ira, manifiesta su impotencia ante Ascanio, inerme y desnudo; amargura y vergüenza, decepción y derrota... Su decaído ánimo volvió a levantarse: allí cerca había un monasterio de monjas; seguramente, allí habría ido a refugiarse Rosinda... Hubiera debido traer a Falconete, avezado a forzar monasterios...

Lleno de sospechas y temores, tomó el camino: los sicarios podían estar también por allí... Le parecía ver por todas partes ojos vigilantes, oir silbidos de señas, temía encontrar el camino obstruído a propósito con troncos o piedras; le parecía que lo seguían, que caminaban delante de él; apretaba la espada, se volvía a un lado y a otro, sin distinguir nada en la oscuridad, una oscuridad espesa, densa, absoluta, y, sin embargo, llena de ojos invisibles que le vigilaban, de sombras fugitivas que se escondían para esperarlo...

Caminó hasta la medianoche, probablemente la medianoche. Entonces llegó al monasterio, que era como una fortaleza, cerrada a cal y canto, sin una sola luz tras las rejas. Paró delante de la gran puerta, reforzada de hierro, y llamó como llaman los caminantes nocturnos, con el pomo de la espada. Nadie respondió. El silencio era espantoso, aterrorizador.

Volvió a llamar, descendió del caballo, recogió una gran piedra y aporreó la puerta, hasta hacerla temblar... Nadie respondió. El inmenso silencio de la noche, que rodeaba a Baldonio, estaba también dentro del monasterio... La abadesa era parienta suya; además, era el Obispo, el Conde, a quien debían acatamiento, pero no respondían... Hubiera debido traer a Falconete... Esperó, volvió a aporrear la puerta. Nada, no era posible conseguir nada...

Se sentó, desalentado, en el suelo: «Esperaré aquí hasta la mañana», se dijo. Pero le cogió un frío mortal: estaba helado, tiritando, le pareció que volvía a ponerse enfermo... «Mañana volveré, es más sensato, con Falconete y algunos de sus hombres. Es tonto quedar haciendo guardia aquí. Esto no es renunciar a mi propósito. Volveré aunque se junten el cielo y la tierra, aunque caigan las estrellas, aunque se deshaga el mundo. La llevaré, doblada por la cintura en el arzón de mi caballo, arrastrando los cabellos, colgando sus manos y sus pies. La llevaré en la noche, para que sus ojos vean todo el terror de la noche, para que su cuerpo tiemble con el frío de la noche... Mañana tendré quien me ayude, y las paredes del monasterio y los cerrojos de sus puertas no podrán nada contra mi voluntad.»

Montó a caballo, emprendió el camino de vuelta, se extravió en la oscuridad de la noche como boca de lobo, rodeó la montaña donde vivía el santo Ascanio

por el lado opuesto; después, sin saber por dónde, se encontró en una llanura por la que anduvo sin descanso, hasta que el cielo empezó a palidecer a su espalda.

Antes de desaparecer los terrores de la noche, se concretan en fantasmas y en ilusiones ópticas, pero allí no había lugar a unos ni a otras. Era como el vacío absoluto, como viajar a través de la nada impalpable, que se abría delante, se cerraba detrás, sin sensibilidad y sin impulso, llevado de una fatalidad sin nombre, sin certeza ni duda, en una soledad única.

Cuando comenzó a derramarse un poco de claridad gris, estaba solo, enteramente solo, en medio de la llanura sin fin, en que no se levantaba polvo, ni sonaban las herraduras, ni se sentía el paso del caballo, ni el peso del cuerpo, ni la temperatura, ni el aire, aislado, desamparado, en la más completa ignorancia de todo, en medio de lo desconocido, en un mundo árido, muerto, en otro planeta, lejos de todo, en un amanecer extrañísimo, seguramente hostil, sin razón ni motivo, sin idea de lo que pudiera suceder, si es que volvía a suceder algo. Realidad y sueño se habían desvanecido.

Al salir el sol, comenzó Baldonio a recobrar un tanto la conciencia, a pensar cosas concretas: iba por la llanura, seguramente hacia la Puerta de Paja... El sol comenzó a calentarle la espalda: debía ver su

propia sombra y la del caballo, delante de sus ojos, pero no la veía... Se le ocurrió si habría muerto en la noche anterior, si no vería la sombra porque él mismo no era más que su sombra.

Poco a poco fué despertando al mundo y desesperándose de aquella llanura, que no se acababa nunca. Fué recobrando el tacto y el movimiento; la sombra comenzó a dibujarse, produciéndole un inmenso alivio, las herraduras del caballo dejaban ya huellas en el polvo; a lo lejos, muy lejos, comenzó a distinguir una colina.

No sabía bien dónde estaba la realidad y dónde el sueño, ni qué diferencia había entre una y otro, pero iba tomando posesión de sí mismo, recordando los sucesos, los sueños y los propósitos... Ya todo parecía real, aunque inquietante... Se fué acercando, poco a poco, con cansancio, a la colina. Cada vez la veía más clara, rasa y sin vegetación, como el resto de la llanura. Estaba ya alto el sol. A la izquierda de la colina, se vislumbraba como la entrada de un barranco. Se dirigió allá.

X

En efecto, empezaba un camino cortado, cuesta arriba, en la arruga del suelo. Entró en él.

Al llegar a lo alto, allá lejos estaba la ciudad de Nerbia, con sus torres y sus murallas. El corazón de Baldonio se levantó alegre, su ánimo se enderezó alegremente. Era dueño de sí, de la ciudad, de la tierra, de sus hombres: Baldonio, obispo y conde, valeroso, indomable, capaz de todo, por cuya enfermedad habían llorado la ciudad y la diócesis, por cuya salud habían rogado grandes y pequeños, por quien daban la vida los amigos y con quien no se atrevían los enemigos, Baldonio, el poderoso, el invencible, ya estaba otra vez a las puertas de su fiel ciudad, cabeza de una extensa tierra que le obedecía.

El camino bajaba desde allí, y Baldonio, enteramente recobrado, lo bajó alegremente... Ya no eran nada los pensamientos que le vinieron a la cabeza cuando cabalgaba por la llanura desconocida, parte de sus tierras también, aunque no la hubiera visitado

ni recorrido antes. Todo era llano, natural, familiar y sin terrores ni peligros: se habían desvanecido las vanas fantasías: ésta era la realidad.

Más abajo había otra colina, a la derecha, y ante ella un amplio terreno llano. Allí vió Baldonio, no sin cierta extrañeza, gente armada con lanzas y otra que estaban instalando tiendas de campaña...

Su camino pasaba lejos, a la izquierda de la segunda colina, y Baldonio lo siguió sin vacilar. A su izquierda, por detrás de un bosquecillo, vió subir unos humos sospechosos. Apretó espuelas hasta llegar a una pequeña puerta, en la muralla de la ciudad.

Al reconocerlo, el jefe de la guardia se adelantó y saludó militarmente:

—Excelencia Reverendísima, Nerbia está sitiada. Ante la puerta principal acampa el Legado de Su Santidad, que ha solicitado la entrada. El Cabildo y el Consejo de la ciudad están reunidos en el claustro de la Catedral, deliberando si han de abrirle o no las puertas, inquietos y desolados por la ausencia de Vuestra Señoría Excelentísima.

Baldonio no respondió... Meditaba en las palabras del pequeño demonio a quien llamaba Satanás y en las del ermitaño Ascanio, la noche anterior: «El Padre Santo te expulsará de la sede; es cosa inminente.»

Se dirigió inmediatamente a la Catedral, evitó como pudo todo encuentro, se metió dentro y subió

a la primera torre. Escalera arriba, iba pensando en los anuncios de Ascanio: «Llamará contra ti a los condes, a los duques y a los príncipes, a las Órdenes militares y a las ciudades.»

Desde lo alto de la torre, miró alrededor: había en torno a Nerbia siete campamentos. Vió en ellos la enseña pontificia; la enseña imperial: «El Emperador no vendrá por ti a reclamar obediencia»; la enseña del Conde de Aldrat, del Conde de Conagón, del Margrave de Inlandia, del Duque de Strandia: «Ni el Duque de Strandia ni el Gran Maestre de San Flemo se acordarán de tus servicios»... Todo, todo salió cierto, palabra por palabra... Estaba sitiado, cogido en la trampa, y no podía escapar. Se cumplirían todas las sentencias de Roma... Si aún pudiera llegar al Padre Santo, puede que encontrase misericordia, pero en el legado, no... Sería uno de sus enemigos en la Curia... Se cumpliría todo en Nerbia, para eterna ejemplaridad y escarmiento de prelados irregulares y díscolos, y lo peor era que, desde su punto de vista, tenían razón; lo peor era que lo que hiciesen, lo harían con entera justicia, según la justicia de ellos, según sus leyes, y que todo el mundo lo reconocería así... Esto era lo que menos importaba... «Si me queman, la opinión de los hombres nada les importa a mis cenizas», pero al mismo tiempo... Esta era una gran flaqueza, pensar en lo que los demás pensasen de él... ¿Por qué hemos de ser así?

¿Qué valen todos los hombres para mí, y más cuando haya perdido el poder sobre ellos? Yo sólo, sólo yo soy algo para mí mismo... sólo yo soy todo, el único... ¿Sé yo si ellos existen o los sueño»?

Le repugnaba resignarse a lo inevitable... No, no se resignaría a lo inevitable: tentaría la aventura de un modo nuevo, adelantándose a sus deseos... Era dificilísimo, era una jugada a ciegas, pero perdido ya estaba; si por una fortuna inesperada lograba ganar, sería un golpe inaudito, digno de los más altos genios de la humanidad, rival del milagro... Se decidió a tentar lo imposible.

Bajó al claustro y, en medio del tumulto que causó su entrada, comenzó a dar órdenes terminantes:

—Que salga el Cabildo con cruz alzada, el Consejo en corporación, con alabardas y mazas, con las varas de los consejeros, con trompetas y timbales, heraldos y farautes, llevando las llaves de la ciudad... Que se engalanen las casas y se alfombren las calles de tapices y de flores, que formen las huestes, que repiquen todas las campanas, que se abran todas las puertas...

Empezó a organizarse todo apresuradamente, en medio de una gran confusión... Todos estaban atónitos, pero alborozados de no estar obligados a defenderse; el Legado Pontificio entraría en paz, la ciudad no sufriría cerco ni asalto: Baldonio era el padre de sus súbditos.

XI

Dos horas después, entraba en la gran plaza del Paraíso un cortejo imponente: la guardia personal del Conde-Obispo de Nerbia, mandada por Falconete, todos en traje de gala; el Consejo de la ciudad, precedido de su pendón, heraldos, farautes, trompeteros, timbaleros, pregoneros, maceros y alguaciles, los señores del Consejo con ricos ropones, collares de oro y varas en las manos; el Cabildo con su cruz alzada y mantos de seda de largas colas moradas; el Conde de Aldrat, el Conde de Conagón, el Margrave de Inlandia, el Duque de Strandia, el Gran Maestre de San Flemo, en magníficos caballos, con magníficos vestidos, precedidos cada uno de su pendón, cada uno rodeado de su corte y acompañamiento de pajes y de escuderos; el pendón pontificio, con su guardia de caballeros; la cruz patrialcal, entre los familiares del Legado pontificio; por fin, bajo un riquísimo palio, cuyas varas llevaban, a la derecha, cuatro caballeros de la nobleza de Nerbia, y a la izquierda cuatro

ciudadanos del estado popular, sobre una mula blanca enfundada en gualdrapa de brocado de oro, y llevada de la brida por el deán Evencio y el capitán de la hueste del Obispo, el noble caballero Galad el Narigudo, iba el cardenal Arnulfo de Palmirania, legado especial de Su Santidad, con gran capelo escarlata de abundosas borlas y largo manto de púrpura.

Repicaban todas las campanas de la ciudad; sobre el cortejo llovían flores; al entrar en la plaza sonaron tambores y fanfarrias, y todo a lo largo del trayecto la multitud, que llenaba calles, ventanas y tejados, prorrumpía en aclamaciones estruendosas. No se recordaba un espectáculo semejante en la vieja ciudad, y las gentes bendecían al obispo Baldonio por habérselo proporcionado.

Fueron subiendo solemnemente la gradería y entrando en la Catedral a los acordes del órgano. El legado fué a postrarse ante el altar mayor; se cantó un solemne Te Deum. Después fué conducido al trono, colocado bajo un espléndido dosel. Resplandecía el presbiterio de púrpuras, armaduras y brocados. Una multitud atónita llenaba hasta la última saturación, entre sudores, apreturas e impaciencias, las inmensas naves.

Un sacerdote desconocido subió al púlpito a leer la Bula pontificia que fulminaba sobre Baldonio, Obispo-Conde de Nerbia, la pena de excomunión, y lo deponía de su sede, lo desposeía de todos sus tí-

tulos, grados académicos, órdenes sagradas, bienes y derechos; lo expulsaba del gremio de la Iglesia militante y de la triunfante, y le condenaba al anatema y a la execración de todos los fieles cristianos. Fué una lectura larga y fatigosa, en latín, que aburrió a todos.

Terminada la lectura, cuando el legado iba a hablar, se presentó, precedido de dos capellanes con alba y estola, y seguido de dos caballeros con espadas desnudas, el obispo Baldonio.

Venía vestido de pontifical, con mitra y báculo. Se hizo un silencio absoluto.

Habían puesto un rico almohadón al pie del estrado.

Silenciosamente, Baldonio dejó el báculo sobre el almohadón; se despojó de la mitra y la dejó en el mismo sitio; se quitó el anillo, los guantes, la capa pluvial, el pectoral, el resto de las ropas, las sandalias. Le quedaba en la cabeza una corona condal y en la cintura una espada. Se las quitó y lo dejó todo sobre el almohadón. Quedó descalzo y con una túnica negra.

Se arrodilló en el suelo. Los capellanes trajeron una soga con un nudo corredizo y una bandeja llena de ceniza. Baldonio se echó la soga al cuello y, tomando un puñado de ceniza, lo derramó sobre su cabeza. Después, con voz temblorosa, pero clara, habló:

—Yo, Baldonio de Strandia, hasta ahora Conde y Obispo de Nerbia, ante el Eminentísimo Señor Cardenal Legado de Su Santidad, en presencia de todos estos ilustres varones y nobles caballeros, y de vosotros todos, sacerdotes, nobleza y pueblo de esta cristiana ciudad, reconozco la justicia con que el Padre Santo y la Santa Curia Romana me condenan, acato humildemente la decisión de la Silla Apostólica y me declaro culpable de todos los pecados y de todos los crímenes que se me imputan. Todos los que menciona la Santa Bula, y otros muchos que por misericordia, o por no haber llegado a conocimiento del Romano Pontífice, no se mencionan en ella.

»He quebrantado todos los Mandamientos, me he encenagado en todos los pecados capitales, sin faltar uno; he faltado contra la fe, contra la esperanza y contra la caridad, contra las virtudes cardinales, contra la fidelidad, contra la fe jurada, contra toda moral, contra todo derecho; he hollado todas las leyes divinas y humanas; he ofendido a Dios, lo he negado dentro de mi corazón, he celebrado sacrílegamente la Santa Misa, he profanado todos los Sacramentos; he obtenido el feudo con engaño y falsas promesas, lo he conservado derramando sangre de mis parientes los príncipes de Strandia; he conseguido la mitra con simonía, pagando dinero y favores culpables; he gobernado con tiranía, he oprimido al pueblo, he abandonado y maltratado a los pobres, he

ofendido a los nobles, he protegido y amparado a los malvados, he sacado a mis súbditos dinero por la fuerza y por la astucia, he afligido a las viudas, he violado a las vírgenes, he atropellado a los huérfanos; he sido lujurioso y concubinario, intemperante, inmundo; he practicado la magia negra y he tenido un demonio a mi servicio.

»Son tan inuumerables y constantes mis delitos, que no me es posible enumerarlos uno por uno; muchos son conocidos de personas que están presentes y que pueden dar fe de ellos.

»Porque he sido mal inclinado desde mi nacimiento, de niño hice sufrir a mis padres, los Príncipes Garolfo y Marsilia de Strandia; gozaba en martirizar a mis compañeros y afligir a mis hermanos, y cuando empecé a aprender los ejercicios de la caballería, fuí felón y traidor. Y desde que tuve uso de razón y empecé a darme cuenta de mi natural y de mis actos, lejos de arrepentirme y enmendarme, tuve el orgullo de mi maldad , y me consideré, por ella, superior a los otros. Desprecié a los hombres y sólo yo tuve valor para mí mismo. Fuí soberbio en todo momento, y me propuse osarlo todo, y dominar al mundo, desde el círculo en donde me encontrase.

»Mi sueño era, de joven, unir en mi persona el Papado y el Imperio, no para servir a Dios, sino a mí mismo... Y fuí, dentro de mi diócesis y condado, mientras no me alcanzó la ira de Dios, verdadero

Emperador y verdadero Papa, pues si no mandé en todo, no obedecí a nadie.

»No puedo enumerar mis crímenes: tantos son... Pero en esta confesión pública que hago ante vosotros, quiero deciros terminantemente el último: esta misma noche, hace unas horas solamente, he tratado de asesinar vilmente al santo ermitaño Ascanio, que me anunciaba cuanto hoy había de sucederme. Traté de matarlo, primero por medio de dos asesinos a sueldo, después por mi propia mano, y no pude.

»Quise asesinarlo, y es a él, después de Dios, a quien debo que, al fin, haya penetrado en mí la luz de la gracia, para arrepentirme de tantos crímenes y para venir aquí a confesarlos públicamente, y delante de todos, y a aceptar el castigo que merezco por tantos horrores...»

Se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar amargamente, con sollozos que lo agitaban.

La multitud, a un tiempo horrorizada y conmovida, lloraba también.

Se serenó un poco Baldonio, y continuó con voz apagada:

—Sé que merezco la muerte de los herejes, de los sacrílegos, de los homicidas. Dádmela, para que Dios me perdone. Sé que no me negaréis el sacramento de la Penitencia... Yo os pido perdón a todos, antes de morir; os pido que, al menos para rogar a Dios por mí, olvidéis mis inmensos pecados...

Sollozó de nuevo:

—Perdonadme para que Dios me perdone, no para ahorrarme el castigo... He sido inmensamente malvado, pero soy inmensamente desgraciado.

En las naves se levantó un lamento unánime. El bufón Salacio, agarrado a las rejas del presbiterio, lloraba gritando:

—¡Señor! ¡Señor mío! ¡Perdón, perdón!

Los mismos que estaban en el presbiterio, prelados, duques y condes, se hallaban hondamente emocionados.

Baldonio aprovechó el momento:

—Si alguna gracia me atreviese a pediros... sería que me dejaseis ir a postrarme a los pies del Padre Santo, a anonadarme ante ese Padre a quien tanto ofendí... Antes de morir como es justo muera por mis crímenes, tener el consuelo de recibir a sus pies la absolución.

El clamor popular subió hasta lo más alto de las bóvedas:

—¡Perdón, perdón! ¡Gracia para el pobre pecador! ¡Dejadle ir a Roma! ¡Gracia y perdón del Padre Santo!

Un hombre avanzó hacia el presbiterio por entre las filas. La gente se apartó con respeto para dejarle paso: era el santo Ascanio.

Subió y se arrodilló a la izquierda de Baldonio:

—Eminentísimo Señor, Dios no quiere que muera

el pecador, sino que se arrepienta y viva. Perdonad el atrevimiento de un humildísimo siervo de Dios. Pero si algo puede valer mi palabra para induciros a la compasión, por la divina clemencia os suplico que permitáis que Baldonio vaya a pedir perdón al Pontífice...

Las voces se levantaron de nuevo unánimes, apoyando a Ascanio

—¡Perdón! ¡Indulgencia! ¡Clemencia! ¡Compasión!

Arnulfo de Palmirania, indeciso, consultaba a unos y otros con la vista, observaba disimuladamente al pueblo. Era un hombre de ojos suspicaces y boca de aquellas en que no entran moscas, muy tranquilo y de cálculo infalible. Con un movimiento de cabeza a uno y otro lado, consultó a dos eclesiásticos desconocidos que lo acompañaban, luego a los señores que lo amparaban con sus huestes. Sin levantarse, cuchicheó con unos y con otros.

Ascanio lo apremió:

—Eminentísimo Señor, por amor de Dios: más regocijo hay en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por cien justos que perseveran; mayor es la fama del juez misericordioso que la del justo. Que no se malogre la salvación de un alma... Ha sucedido algo que, sin duda, no esperabais, algo que ha cambiado todo, el Padre Santo es quien debe decidir este asunto... El que Baldonio pueda ir a pos-

trarse a sus pies, no prejuzga nada, no decide nada, ni anula la sentencia recaída; no es más que una dilación en su cumplimiento; si Baldonio debe morir, que sea en gracia de Dios, absuelto de sus culpas, puesto que está arrepentido de ellas... No privéis a un pecador arrepentido del consuelo de una pública reconciliación, no privéis al Padre Santo de la alegría de verla patente...

Baldonio, emocionado y lleno de esperanza, lloraba copiosamente, tal como se lo había propuesto. Le parecía tener ganada la primera parte de su plan.

En efecto, la ganó.

El Cardenal Arnulfo extendió la mano reclamando silencio. Se levantó y se dirigió al púlpito, entre los dos eclesiásticos desconocidos. Subió, y después de una larga pausa, paseando su mirada por la multitud, habló:

—Estoy conmovido, amadísimos hermanos, hasta el fondo de mi alma, por las manifestaciones de ardentísima caridad, espíritu de perdón y olvido de las ofensas, con que unánimemente intercedéis por el que hasta ahora ha sido vuestro indigno pastor... Vuestras súplicas, vuestras lágrimas, vuestros lamentos por la suerte del infeliz Baldonio, me han tocado fuertemente en el corazón... Veo también su arrepentimiento, su humillación y su llanto, creo en su sinceridad, espero en su perseverancia, y en mi pecho se levanta también, abundosa y sentida, la compa-

sión. He visto doblar la cerviz al soberbio, despojado al poderoso, anonadado al rebelde, al hasta ahora impenitente pecador... Aquí veis la misericordia de Dios, estrechamente unida a su justicia...

»Inclinado al perdón, lo deseo como vosotros... Lo deseo sobre todo, oyendo a este santo hombre, a quien tanto amáis, a este siervo de Dios, que viene, con ejemplar olvido de la ofensa, a pedir por aquel que anoche mismo trató de darle muerte... ¿Cómo no habría de movernos a piedad ejemplo tan edificante?

»Sin embargo, no es mi voluntad la que puede decidir en este asunto tan grave, tan delicado, tan difícil. Ni alcanzan a tanto nuestros poderes, ni nuestra prudencia podría consentirlo. Solamente al Padre Santo, al Vicario de Cristo en la tierra, corresponde decidir.

»Si el infeliz Baldonio persistiera en su culpable y temeraria rebeldía, no nos cabría más sino urgir el cumplimiento de las sentencias dictadas contra él por Su Santidad y por los altos tribunales pontificios. Pero Baldonio se ha humillado, ha renunciado, allanándose a lo dispuesto por los jueces superiores, a sus dignidades e investiduras, a sus títulos y poderes; se ha puesto voluntariamente en nuestras manos y ha dado muestras de sincero arrepentimiento, en una pública confesión. Esto cambia por completo su situación ante las leyes penales y disciplinarias. Esto nos pone en una situación nueva, que debemos so-

meter a la suprema consideración del Romano Pontífice.

»Por lo tanto, accediendo a vuestras súplicas, y mientras Nos disponemos lo concerniente al gobierno de la diócesis, y a los asuntos civiles del condado de Nerbia, concedemos que Baldonio emprenda inmediatamente su peregrinación a Roma, y vaya a pedir perdón directamente al Papa, si el Papa se digna recibirlo...»

Un rumor general de alivio acogió estas últimas palabras del Cardenal Legado.

—No obstante —añadió éste—, es indispensable, por razón de seguridad, que Baldonio vaya a Roma como prisionero, con cadenas y con escolta suficiente. Confiamos este cuidado a su tío el señor duque de Strandia, que lo cumplirá con toda garantía para el Pontífice, y con toda benignidad para el reo. Bendígaos Dios, etc.

Nuevamente se levantó un clamor popular, un tanto decepcionado, pero agradecido.

La primera parte del plan de Baldonio se cumplía felizmente.

Lo sacaron a un patio lateral y, en presencia de los dos eclesiásticos que acompañaban al cardenal Arnulfo, le pusieron y remacharon cadenas en manos y pies, de modo que, sin impedirle la marcha ni el uso de los brazos, dificultasen todo intento de fuga,

y fuesen señal y muestra aparente de su situación legal.

El duque de Strandia, que al mismo tiempo no se atrevía a encontrarse con su sobrino, después de haberlo abandonado y de haberse unido de aquel modo a sus enemigos, proporcionó una escolta suficiente, a las órdenes de un fiel caballero de su casa.

Sin dilación, y animado por numerosos clérigos y seglares, Baldonio emprendió su viaje.

XII

Iba andando, con los pies descalzos, la cabeza cubierta de ceniza, al cuello la soga de cáñamo, soportando el peso de las cadenas, apoyado en un bordón.

Al salir de la Catedral, se le acercó, llorando, su sobrino Finamor. Baldonio le entregó el cabo de la soga, diciéndole:

—Toma, hijo mío, llévame, guíame otra vez a la Puerta de Paja; tú eres el Ángel de mi Guarda...

Las gentes que estaban en la Catedral lo siguieron, lo rodearon, se arrodillaron en su torno, pretendían besarle las manos. Baldonio les decía:

—Dejadme, hijos míos, soy indigno... Nada tengo que daros a besar.

Al oir esto, le besaban los vestidos, el bordón y la cuerda. Los de la escolta tuvieron que espantarlos, para poder andar. Pero la gente siguió a Baldonio y a la escolta, marchó tras ellos, con llantos y rezos, clamando perdón...

Salieron de la ciudad y la multitud engrosaba por

momentos en seguimiento del Obispo desposeído y preso. Iban caballeros y villanos, hombres y mujeres, comerciantes y mendigos, menestrales y estudiantes, señores y sirvientes, doncellas y viudas, clérigos y monjes, ciudadanos y aldeanos, labriegos y pastores.

Iban a pie, a caballo, en burros, en carros, en literas. Se cerraron la mayor parte de las casas de la ciudad de Nerbia, y por las calles no quedaron más que viejos y niños. Por el camino, se iba agregando gente de las aldeas. Abandonaban sus haciendas y sus labores, para seguir a Baldonio, su obispo y señor.

Ellos no lo sabían bien, pero en sus almas valía más aquella gran aventura espiritual que todos sus haberes y todas sus necesidades: Baldonio, el gran pecador arrepentido, iba a Roma, a pedir perdón, iba a los pies del Padre Santo, al lugar de donde pueden venir todas las gracias, pues el Padre Santo puede atar y desatar. Era indudable que, quien siguiese a Baldonio, conseguiría indulgencias y bendiciones para sí, para sus casas, para sus tierras, para sus animales; perdón de los pecados que, poco más o menos, todos tenían; aumento en las virtudes y en los dones divinos, y todo por obra de aquel obispo pecador...

Lo cual era todavía más maravilloso, más digno de admiración, más extraordinario.

La penitencia de Baldonio valía para todos, era la penitencia de todos; cuantos se uniesen a ella saldrían ganando. Baldonio iba a Roma a conseguir un gran milagro. ¿Cuál? No se sabía cuál, pero un milagro asombroso que se obraría en Roma y recaería sobre la ciudad de Nerbia y su diócesis, con inmensos bienes y alegría.

Baldonio conseguiría el perdón, y llegaría a ser santo, un santo como Ascanio, el ermitaño, que había pedido por él... Si Baldonio no llevase camino de ser santo Ascanio no hubiera salido en su defensa... Pero sí, Baldonio llegaría a ser un gran santo, y su vida se contaría en el púlpito y se escribiría en los libros... Había sido muy malo; por lo tanto, llegaría a ser muy bueno, todos sus pecados se borrarían del libro de las cuentas de la justicia, y sólo serían recordados para que sirvieran de enseñanza a las gentes.

Así comenzó aquella peregrinación memorable, aquel viaje santo, en demanda de Roma y del Pontífice, de la misericordia y de la gracia.

Iban cantando cánticos y derramando lágrimas, pero llenos de esperanza, de una esperanza tan luminosa y segura, que no había cansancio posible ni penalidad que no se soportase alegremente.

Baldonio se detenía en los altos, y se paraba un momento a mirar la caravana inacabable de los peregrinos que lo seguían, cada vez más llenos de fe.

Entonces pensaba:

«Todos vienen conmigo, no me abandonan... Parezco Moisés guiando al pueblo de Dios a la Tierra de Promisión... Como si fuésemos a la nueva Jerusalén... Una vez lo pensé: si yo llego a alcanzar el perdón del Pontífice, si vuelvo repuesto en mi sede, puedo llegar a Cardenal, y quizás a Papa... Y pensé aquello del Emperador y la Papisa: Baldonio y Rosinda... Aquella sí que era la Nueva Jerusalén...

»¿Dónde he aprendido yo eso del Emperador y la Papisa?... ¡Ah, sí! Me lo enseñó Alda, la oscura, la negra, la que llaman «la Noche»... Era una ciencia extraña, traída del Egipto, según me dijo... Se había empeñado en instruirme en ella. Me habló de reyes que eran sacerdotes, como Melchisedec... Me dijo que aquello que ocurrió en otro tiempo, tendría que volver a ocurrir... Locuras...

»Ahora soy más sensato, y el resultado está a la vista: voy depuesto, voy prisionero, voy condenado, y me sigue mi pueblo, un pueblo fiel, que jamás pudo ser acusado de herejía, pueblo creyente, de cristianos viejos, sin mancha de moros, ni de judíos, ni de gentiles... ¡Cuando vean esto en Roma!... Aquí llevo miles y miles de testigos que, con su sola presencia, deponen en mi favor... Piden el perdón para mí, acabarán por pedir que se me devuelva la mitra y el condado...

»He sabido triunfar en la primera parte... He estado inspirado; todos, incluso Ascanio, se pusieron

a mi favor... Sólo Rosinda me ha faltado... Por ella he hecho mucho mal, y estaría ahora mismo dispuesto a cuanto fuere preciso, si estuviera libre... Ella sola es el descanso y la paz.

»Sí, sólo Rosinda era para mí el descanso y la paz; con ella se relajaba mi voluntad, siempre afanosa, siempre vigilante, siempre tensa en perpetuo cuidado; con ella lo olvidaba todo, me olvidaba de mí mismo... Incluso se abolía el espíritu, se evaporaba el pensamiento. Era como un sueño profundo, como un acabamiento, como una muerte dulcísima.

»No era excitante, como Alda, que mantenía a uno constantemente despierto, constantemente en vilo, inquieto, temiendo en cada instante que se escapase, temiendo siempre la asechanza, la burla, el engaño, que enfurecía y se enfurecía... No, Rosinda no tenía nervios, era inerte como la tierra, poseía una fuerza pasiva como las plantas, como las flores, como las flores de hojas carnosas, húmedas, que ceden bajo los dedos, todo blandura y color...

»Sólo ella me ha abandonado. Renunció a una vida muelle, regalada y opulenta, por no estar conmigo... No se explica; no lo comprendo... No tenía ninguna inquietud, casi no tenía espíritu.

»Si yo volviese triunfante, la buscaría sobre la tierra y debajo de la tierra, en el cielo y en el infierno... Del monasterio aquel, no quedaría piedra sobre piedra; sus habitantes, los que sobreviviesen,

vagarían como locos por los montes, pidiendo socorro, porque su razón no soportaría las cosas que tendrían que ver...

»Ahora, todo se acabó. Estoy en el momento en que todo tiene que comenzar de nuevo. Ahora voy, en realidad, en cuerpo y pensamiento, hacia la Puerta de Paja. Voy a forzar la Puerta de Paja, a ver si tras ella hay algo, o no hay más que el vacío».

Baldonio caminaba penosamente, arrastrando sus prisiones, como las almas en pena, sangrándole los pies, impacientando a los hombres de armas de la escolta, que no se atrevían a forzarlo...

La inmensa multitud le seguía, como una gran cola ondulante en el terreno accidentado. Lloraban, al ver sus sufrimientos, pero decían que aquello le serviría de penitencia y de purificación.

Y su esperanza crecía camino de Roma, donde se podían obtener todas las gracias y todos los perdones.

XIII

El cardenal Arnulfo de Palmirania y sus adláteres, el Gran Maestre de la Orden Militar de San Flemo, el Duque de Strandia, el Margrave de Inlandia, los Condes de Aldrat y de Conagón, cada uno con sus respectivos séquitos, se instalaron en el Palacio Episcopal de Nerbia, comenzando su permanencia por un gran banquete que duró hasta la medianoche, y en el que se consumieron cuantas viandas y toneles había en las despensas y bodegas de Palacio.

Las escasas gentes que quedaron en la ciudad, comenzaron a temblar, pensando en los yantares con que tendrían que contribuir.

Los que pudieron, escondieron lo mejor que tenían, o lo enviaron secretamente a las aldeas próximas o lejanas, principalmente las carnes de cerdo, los pavos, ánades y faisanes. Los señores y caballeros llegados con el Cardenal, tuvieron que organizar partidas de caza, para mantenerse.

Se puso en libertad a todos los encarcelados por el

obispo Baldonio, y los canónigos que tenía en los sótanos fueron restituídos a sus canonjías. Se destituyó a todos los que tenían cargo o dignidad, fuese civil o eclesiástica, y no habiendo en la ciudad gente suficiente que escoger, se nombró para muchas cosas a forasteros.

Las damas que vivían en el Palacio, Alda, Marilda, Mafalda y Tafilda, fueron encerradas en un monasterio, y la vieja Bertoldina fué procesada por bruja. Se buscó por todas partes al misterioso Plutón Barrabás, sin poder dar con él. Del bufón Salacio y del poeta Hermanrico no se preocupó nadie.

De cuando en cuando, llegaban noticias inquietantes del viaje de Baldonio a Roma. Esto fué mientras estuvieron relativamente cerca los expedicionarios; después ya no se supo más.

El Duque de Strandia, el Gran Maestre y el Margrave se fueron a sus respectivos castillos y ciudades con sus respectivas huestes. Quedaron en la ciudad, a disposición del Legado de Su Santidad, los Condes de Aldrat y de Conagón.

Estos riñeron muy pronto, por quién se había de sentar, en la mesa, a la derecha del Prelado, y el de Conagón, ofendido, se fué a una posada. Después, más ofendido aún porque Arnulfo lo dejara irse de Palacio, llamó a sus gentes y se marcharon.

Pero fué contando cosas horribles del conde de Aldrat, y el conde de Aldrat le mandó un guante,

con lo cual se encendió una guerra entre ambos, en terreno de la diócesis de Nerbia. El legado trató de convencerlos, y no consiguiéndolo, los amenazó con la excomunión. Los condes no hicieron caso, y la ciudad quedó desguarnecida.

La ciudad estaba triste y como muerta, los mercados eran escasos, no había fiestas ni diversiones, el culto religioso era pobre, los pocos habitantes de Nerbia estaban disgustados, y entre sus gobernantes no reinaba armonía.

Se echaba de menos a Baldonio. Incluso los canónigos que tuvo encarcelados, los nuevos Justicias, los Consejeros, los oficiales públicos nombrados por el cardenal Arnulfo, estaban quejosos y deseaban la vuelta de Baldonio, como Conde y Obispo, cosa que todo el mundo daba por segura. Decían que, bajo su mando, todo marchaba bien, la ciudad prosperaba, sus caballeros cobraban buenas rentas, los mercaderes hacían excelentes negocios, nada faltaba a los menestrales, a los labradores, a los sirvientes; las funciones religiosas eran solemnes, las fiestas espléndidas, los mercados baratos y concurridísimos, la Universidad sabia y brillante, hábiles los artistas, alegres los jóvenes, discretos los varones, llenos de experiencia y buen consejo los viejos; no se conocían el hambre, las epidemias, los incendios, los robos ni los crímenes; hasta el clima era más suave y más sano en tiempo de Baldonio.

En cambio, desde que él faltaba, todo andaba mal, todo pobre, desordenado, revuelto, descuidado, sucio, feo, insano, decaído... Todos deseaban la vuelta de Baldonio. Todos estaban seguros de que Baldonio volvería, con todos sus honores y dignidades.

XIV

Alda no podía consolarse de la caída de su protector. Le guardaba un rencor ensañado por haberla mandado encerrar en la letrina de Palacio, en compañía de la vieja bruja Bertoldina. Fué Alda la que denunció a la infeliz o malvada centenaria, infeliz o malvada, pues no se sabía, en realidad, si era una cosa u otra. Alda hizo aquello no teniendo nadie más en quien vengarse.

Alda odiaba y adoraba, al mismo tiempo, a Rosinda. Eran cuerpos y espíritus complementarios, seres de signo contrario, dentro de la femineidad, que se atraían aborreciéndose, que por ello se dominaban mutuamente de modo irresistible, con una pasión dolorosa. Sin embargo, Alda la hubiera quitado de en medio de muy buena nada si Rosinda no se hubiera anticipado a dejarle el campo libre.

Tenía de Rosinda una opinión buena y mala. Le parecía bondadosa e hipócrita, blanda y egoísta, ar-

diente y fría, deseosa e indiferente... No sabía bien de lo que sería capaz; la despreciaba y la temía. Se le revolvía la cabeza pensando en ella; no lograba comprenderla.

En el monasterio donde la metieron, le comunicaron órdenes severas, le dieron excelentes consejos morales y la encerraron en una celda mísera, con unos cuantos libros devotos. La abadesa la había exhortado a la penitencia, le había hablado de la muerte, de la caducidad de las cosas humanas, de que bastaba una pequeña enfermedad para destruir la más espléndida belleza, del infierno, del demonio, de la eternidad...

Le habló en unos términos tales, como si Alda no fuera a salir de aquellas paredes, como si en aquella celda hubiese de esperar la muerte, tardase lo que tardase.

Y así sería, si no tenía la suerte de que volviese Baldonio, o de ponerse en comunicación con Plutón Barrabás.

Esto era lo más urgente, pero no se le ocurría la manera de realizarlo. Había el recurso, tan conocido, de dejar caer de la reja un billetito sobre la calle, pero todo el éxito dependía de las manos que lo recogiesen. El billete podía ir a parar a manos del legado del Papa, que ahora gobernaba la ciudad y que la había mandado encerrar allí, y con ello empeoraría su situación. O a manos de cualquiera que se bur-

lara de ella. O quién sabe de quién. Y no había otro medio.

El billete que no se atrevía a lanzar vino a ella una noche. Sintió unos golpes en la ventana, abrió y entró una piedrecita envuelta en pergamino, atada con un cordel. En el pergamino, alguien, un desconocido, se ponía a su disposición, si se dignaba contestarle por el mismo procedimiento; de ser posible, por el mismo cordel.

Alda arrancó una hoja de uno de los libros devotos, y con una barrita de plomo escribió: «Buscad a Plutón Barrabás y decidle dónde estoy». Y ató el escrito a la piedrecita con el mismo cordel.

Una mano invisible tiró del mismo cordel y todo desapareció.

Pasaron varios días sin saber más.

Por fin, una noche, sonaron los golpes de la piedrecita en la ventana. Alda, llena de alborozo, abrió y recogió el siguiente mensaje:

«Plutón Barrabás no existe.»

XV

En la taberna donde hacía sus comidas, Hermanrico, el poeta, vió que se acercaba a su mesa un hombre muy extraño. Diminuto, cetrino, aguileño, de ojos profundos, extraordinariamente penetrantes, vestido de un modo estrafalario, entre moro y cristiano, con una barba negra, larga, que parecía continuar su cabellera, la cual le cubría los hombros.

Le habló con mucha cortesía, y le dió noticia de los altos personajes que ahora se encontraban en la ciudad.

—El señor conde de Aldrat, vencido por el señor conde de Conagón, se ha retirado a sus tierras. Ahora es el de Conagón el que viene a ponerse a las órdenes del señor Cardenal Legado, con quien ha hecho las paces. Se dice que ha conseguido que la ciudad sea abastecida suficientemente para mantener su hueste y la corte del señor Cardenal Legado, por medio de un negociante judío. Si así es, mejoraremos mucho de situación.

»La vieja bruja Bertoldina, que estaba al servicio del obispo Baldonio, ha sido sometida a cuestión de tormento, y ha revelado secretos importantes acerca de la vida interior del Palacio en tiempo de su señor. Dicen que ha solicitado que el señor cardenal Arnulfo la escuche reservadamente, y el Cardenal está muy interesado en oirla.

»También se habla de abrir proceso a la señora Alda, igualmente por delito de magia negra. La justicia anda buscando a un desconocido a quien dan el nombre de Plutón Barrabás, de quien se valía la señora Alda para sus brujerías.

»En tiempo del obispo Baldonio, no se oía hablar de brujería en Nerbia. Nunca, vos debéis saberlo, persiguió a las brujas, ni las sometió a proceso; cuando sabía de alguna, la desterraba de la diócesis. Así, no había aquí brujas, como no lo sea la vieja Bertoldina... Puede que el Obispo quisiera reservarse el monopolio... Lo que hizo fué mandar publicar un libro, escrito por un monje antiguo, en que se demuestra la falsedad de la magia... Pues bien, no hizo más que marcharse, y hay aquí una verdadera epidemia de brujería... Por supuesto, casi todas las acusaciones son falsas, casi todos los procesos injustos. La señora Alda está expuesta a ser víctima de esta locura que ha prendido en la gente.

»Todo ha variado en Nerbia totalmente: Nerbia era una ciudad que podemos decir feliz, hasta que el

Conde-Obispo Baldonio fué depuesto y se fué, prisionero, camino de Roma. La gente era virtuosa y dichosa, como si hubiese encontrado, según decimos allá en Oriente, el trébol de cuatro hojas. Toda la felicidad y todas las virtudes de los ciudadanos de Nerbia se debían a los vicios de su Conde y Obispo, porque la ley de las compensaciones es inherente al equilibrio de la naturaleza. La gente era humilde y cortés, porque él era soberbio y brutal; era económica y al par dadivosa, porque él era despilfarrador y duro de corazón; era honesta, porque él era lujurioso y concubinario; era sobria, porque él era glotón e intemperante; era mansa, porque él era iracundo; estaba contenta con lo que tenía, porque él era envidioso y lleno de ambición; era trabajadora, porque él era perezoso y descuidado; era religiosa, porque él no creía en Dios. Se fué y se despertaron todos los vicios y las malas costumbres: el engaño, la estafa, la prostitución, el adulterio, la brujería y la herejía...

—¿La herejía también? —preguntó asustado Hermanrico, que oía con atención al desconocido.

—En todas las iglesias se pronuncian sermones que enloquecen a los ignorantes y asustan a las personas de buen sentido: se condena el matrimonio, la propiedad, el consumo de carnes y de bebidas, el vestido, el sacerdocio, la autoridad, la justicia, el comercio, la guerra, la enseñanza, las artes, las cien-

cias, la moral, el culto externo, las vestiduras eclesiásticas, las imágenes; y al mismo tiempo, dicen que se debe permitir que digan misa las mujeres, y ya hay alguna señora, perteneciente a la secta, que anda por casa con báculo y mitra; dicen que las mujeres están llamadas a gobernar el mundo, que muy pronto vendrá la verdadera religión, predicada por una mujer, que será realmente la divinidad en forma visible, que será hermosísima y seductora, y no se parecerá a las mujeres de esta tierra, sino a la señora Alda... Acaso sea ésta la elegida... Entonces, todos serán felices, la tierra será toda llana, de clima templado; las cosechas serán siete veces lo que son ahora en los años más prósperos, los hombres volarán por el aire, andarán por debajo del mar, por las entrañas de la tierra; harán producir las tierras con el pensamiento, hablarán unos con otros desde un extremo a otro del mundo, no habrá fieras ni bestias dañinas, no habrá plantas venenosas, no habrá enfermedades...»

—Todo eso es muy viejo —dijo el poeta—. Lo he leído ya en varios libros.

—Muy viejo —respondió el desconocido—, pero ilusionó siempre a los hombres, porque pinta un mundo a la medida del deseo de los ignorantes, de los perezosos y de los desgraciados; un mundo que, si les fuera concedido, se les haría prontamente aborrecible... Pero decidme si Baldonio hubiese consentido semejantes predicaciones.

—Jamás consintió cosa semejante.

—En efecto, pero eso es lo que es imposible hacer comprender al Cardenal Arnulfo.

—¡Cómo!

—Arnulfo es hombre inteligente, pero atenido exclusivamente al sentido común. Por lo tanto, es buen político, pero no es capaz de contar con lo que está fuera de lo corriente...

Se interrumpió, de pronto, el desconocido y se puso a mirar fijamente al poeta entre las cejas, con tanta intensidad que Hermanrico se echó atrás.

—Vos —dijo con un acento y una voz enteramente diferente el desconocido— habéis concebido una pasión temeraria por la hermosa Alda. Tened cuidado.

Hermanrico se levantó sorprendido:

—¿Qué queréis decir?

—Que esa locura representa para vos un tremendo peligro.

—No comprendo —dijo Hermanrico sentándose.

El poeta era más bien tímido, mas tratándose de aquello podía en él más el amor.

—Os aconsejo —dijo el desconocido con mirada poco tranquilizadora— que renunciéis a ese empeño, pues os va en ello la vida, o algo más.

—Tenéis, señor —dijo Hermanrico—, edad suficiente para saber que no es fácil vencerse a sí mismo, en estos trances... Además, quisiera saber por qué

debo renunciar a ella. Comprendo que soy poca cosa para aspirar a la atención de la señora Alda, suponiendo que ella se encontrase en el Palacio del Conde-Obispo de Nerbia, donde era yo un simple familiar, aunque no un siervo; pero hoy, la señora Alda está en desgracia, y la distancia ya no es tan grande... En todo caso, debiera yo saber qué es lo que os va o lo que os viene en este asunto.

—En primer lugar, Alda no es de vuestra misma raza.

—¿A qué raza, pues, pertenece?

—A la misma a que pertenezco yo.

—¿Y cuál es esa raza?

—Una raza sin nombre.

—¿Sin nombre?

—Unas veces nos llaman de un modo, otras de otro; unas veces dicen que venimos de un lado, otras que de otro. Y la verdad nadie la sabe.

—Pero vosotros sabréis vuestro verdadero origen.

—Somos tan viejos, que lo hemos olvidado.

—No es posible.

—Sí lo es. Se cree que nuestra primitiva patria ha sido una, u otra, u otra. Con seguridad, sólo se sabe que venimos de Oriente.

—Bien; pero habláis de la señora Alda como si fuera una persona sagrada, una emperatriz o una reina.

—Algo semejante, o las dos cosas a la vez.

—Siempre he oído decir que era de una familia de vagabundos, que el obispo Baldonio encontró perdida por los caminos.

—En efecto— respondió reposadamente el desconocido.

—Entonces...

—Entonces, Alda es la hija del duque de Egipto.

—Jamás he oído hablar de él.

—Todavía no, y nunca se hablará mucho. No es conveniente. No os importan a vosotros nuestras dignidades... Baldonio deseaba conocer todas las razas: así, Rosinda era cristiana, Tañilda era mora, Mafalda esclavona... Es posible que ahora las reclamen sus familias, es posible que las abandonen. Pero Alda es la hija del duque de Egipto, y debe volver con los suyos. Nunca permanecen nuestra mujeres largo tiempo entre los extraños, aunque los fascinen de un modo singular. Vos mismo sois un ejemplo... Pero sois un poeta; los poetas sois inconstantes; pronto la olvidaréis, y os enamoraréis de otra... Y si así no fuere, si sois poeta, debéis tener una fantasía poderosa que haga palpables vuestros sueños. Por lo tanto, soñad a la hermosa Alda en vez de cortejarla.

—Sin embargo —replicó Hermanrico con enfado—, la señora Alda está recluída en un monasterio del que no podréis sacarla para restituirla a los suyos.

—Se avecinan acontecimientos. Arnulfo de Palmirania no ha sabido prever lo referente al abasteci-

miento de la ciudad, y esto le va a traer graves disgustos.

—Pero, ¿no decíais que lo había resuelto el conde de Conagón, por medio de un negociante judío, y que mejorarían las cosas?

—Mejorará el abastecimiento de la ciudad y se hinchará la bolsa del judío... Puede que algo le toque también al Conde. Pero la gente del campo se irritará, acabarán por levantarse, vendrán sobre la ciudad y no hay fuerza suficiente para defenderla. Nerbia está condenada a la perdición.

—Decís cosas terribles.

—El mundo entero camina a la perdición, unas veces más aprisa, otras más despacio, en unos lugares antes, en otros después, pero todo está condenado a desaparecer, y nada contendrá la fuerza que empuja las cosas a su derrumbamiento. El que ha sabido hacerse dueño de esa fuerza, obedeciéndola, puede variar en cierta medida el curso de las cosas en favor de alguien que le interese. No se realiza esto sin riesgo, pero nada se hace sin riesgo en el mundo. Estos momentos, en que todo está perturbado y en el aire, son los que el sabio aprovecha para volver cada cosa a su lugar.

—¿Quién sois vos, entonces? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Soy el duque de Egipto, y mi nombre es Plutón Barrabás.

XVI

A Hermanrico y a Salacio el bufón, les habían dejado, para dormir, una caseta de tablas en las caballerizas del Palacio.

En ausencia de Hermanrico, el bufón, revolviendo en una vieja arca con ropas, encontró la trompeta, el teléfono de Baldonio. Extrañado, quiso probarlo, lo llevó a los labios, sin saber lo que iba a hacer, y lanzó su voz cascada por el tubo.

Apareció, saltando torpemente, una mona vieja, que ya comenzaba a estar pelada. Tenía un aspecto sumamente triste. Fatigada, se sentó frente a Salacio y lo contempló en silencio. Luego, con gran susto del bufón, comenzó a hablar:

—Buenos días, hermano... ¿No me conoces? Siempre has sido un pobre hombre, que no se enteraba de nada. Tan agudo, y te engañaba cualquiera... Hasta crees en el arrepentimiento de Baldonio, y lloras por él... No has ido en su seguimiento porque no puedes con las piernas. Ni con la cabeza. Por eso

no me conoces. Nunca me conociste. Pero ahora es preciso que me conozcas, es tiempo de que seamos amigos: nos une la vejez, nos une la proximidad de la muerte.

Salacio continuaba asustado y no se atrevía a moverse.

—No me tengas miedo —continuó la mona—. Poco daño puedo hacerte ya; siento que se me va la vida... Soy una onda de energía exteriorizada un día por un hombre potente, que concentró en mí todos sus malos pensamientos y deseos y me dió el nombre y la forma de un diablo; que nació regularmente poderoso, pero que se va desinflando conforme la energía se disipa... También tú has ido perdiendo aquel ingenio hiriente y sutil, que te hizo célebre en otro tiempo.

Salacio hizo la señal de la cruz, mientras la mona se tapaba los ojos. Con ello, recobró Salacio un poco de valor y conjuró al diablo, renegando de él:

—«Fugite, partes adversae...»

La mona retrocedió, pero fué a sentarse en otro lado. Salacio se atrevió a hablar:

—Baldonio, mi amado señor, está realmente arrepentido de sus pecados. Ha ido a pedir la absolución del Romano Pontífice, ha renunciado a sus dignidades, se ha humillado ante las decisiones de la Santa Iglesia. Nada tienes que hacer aquí, vuélvete al lugar de donde has venido.

—¿Sabes de dónde he venido? He nacido de la cabeza de Baldonio, como la vieja diosa Minerva nació de la cabeza de Júpiter... Siempre he creído tener una gran semejanza con aquella diosa... Si me obligas a volver al lugar de donde he venido, tendré que meterme de nuevo en la cabeza de tu amado señor.

—No podrás; ese lugar está ahora ocupado por el Angel de su guarda.

—Cuando yo lo arrastraba en el delirio de la fiebre hacia la Puerta de Paja, todos los que nos acompañaban en el sueño creían que era yo su Angel de la Guarda, que lo llevaba a pedir perdón al Papa.

—Pues ahora se ha realizado el sueño.

—También ahora soy yo quien lo conduce.

—¿Cómo, si estás aquí?

—¿Estás seguro? Te felicito, porque yo mismo no sé dónde estoy.

—¿Ves como no puedes afirmar lo que me dices?

—¡Qué crédulo y qué tonto eres! Baldonio ha engañado a todos, y ahora va a engañar también al Papa para recobrar todo su poder... Yo mismo le he aconsejado que lo hiciera... Bien es verdad que no podía hacer otra cosa, lo hice forzado por la figura del santo Ascanio, que el mismo Baldonio me hizo inadvertidamente tomar, pero lo hice al mismo tiempo, como diablo, mezclando con la dulzura el veneno. Baldonio cumplirá, como siempre, sus propósitos.

—Tú eres quien se engaña —dijo Salacio, enteramente recobrado—. Bien se conoce que estás caduco y vencido. Ya no sabes distinguir lo verdadero de lo falso. Baldonio es incapaz de fingir las lágrimas y la mansedumbre; lo conozco bien. Si ha llorado y se ha humillado, ha sido de corazón.

—Te aseguro que todo ha sido fingimiento. En ello está, precisamente, la grandeza de tu señor. Por ello debieras admirarlo; fué un golpe maravilloso.

—Si así fuera, no lograría nada en Roma. No se engaña fácilmente a aquellos señores. Baldonio lo sabe y, por lo tanto, con toda su audacia no se le ocurriría idea tan descabellada.

—El que se encuentra desesperado, inventa lo imposible. Además, no tenía otra salida. ¿Qué iba a hacer?

—Lo que hizo: un heroico acto de contrición.

—Bueno... ¡contrición! De eso sí que es incapaz Baldonio. Hubiera sido una vergüenza... Una comedia magnífica, eso es lo que hizo de grande.

—Que lo llevaría a la perdición.

—Perdido, en el sentido que tú lo entiendes, lo estuvo siempre. No creas que me hago ilusiones. ¿Cómo podría hacérselas un diablo acerca de la salvación del alma de Baldonio? Al contrario, aunque yo nunca estuve allá, pues soy un demonio de este mundo, como tal demonio espero, con gran regocijo, ver-

lo en el infierno, o por lo menos, si desaparezco antes, bien encaminado hacia allí.

—Tu maldad te hace ver el mal en todos y contar con el triunfo del mal.

—Bueno. Yo no te digo que Baldonio vaya a ganar la partida. Precisamente, me inquieta mucho el resultado. Si ganase como yo digo, puede que mi vida se prolongase algo y mejorase mi salud. Si pierde, no sé bien lo que podrá pasar. Ahora, si se arrepintiese de veras, yo desaparecería en el mismo momento, sin dar un ¡ay!

—Poco puede importarte a ti la vida.

—Lo que me hace reir es la idea de que tú, al parecer, confías en ir al cielo, después de haber estado, como yo, al servicio de un malvado tan perfectamente malvado como Baldonio... Somos colegas, somos hermanos, seguiremos una suerte parecida, no lo olvides. No te valdrá andar rezando por las esquinas.

Calló un momento la mona. Después dijo:

—Bueno, de todos modos, no era a ti a quien venía buscando. Eres un vejestorio sin vitalidad, sin energía, y las cuestiones de cielo e infierno no me interesan. A quien buscaba era a tu compañero el poeta... Poetas y bufones hacen buenas migas... Él es joven y entusiasta. Está poseído de una pasión ardiente: puede que me pudiera prestar algún calor de vida para irme sosteniendo... ¿Vendrá pronto?

—Es otro loco. Búscalo en la taberna, en la Universidad, o alrededor del monasterio en que están encerradas las damas de Palacio.

—Ya sé. Pero tú... las damas ya no te importan; de las aulas has huído siempre; pero la taberna conserva sus encantos. Haces bien: lo que te queda de vivir pásalo a tragos, y procura no acordarte de Baldonio, ni de tu vida en Palacio. A Baldonio déjamelo a mí.

—Ya no te pertenece.

—Le pertenezco yo a él.

—Ya no te necesita.

—Eso lo veremos cuando vuelva.

—¡Vete!

—¡Pero si me has llamado!

—¡Vete!

—Volveré a visitarte todos los días.

Y el «pequeño Satanás» desapareció, dejando sumido a Salacio en un mar de dudas... ¿Sería posible que Baldonio hubiese mentido? Si lo fué, fué una mentira prodigiosa... El mal también tenía sus grandezas, ¡qué cosa horrible! ¡Qué idea monstruosa...! Indudablemente, si Baldonio había mentido y mediante la mentira volvía triunfador de Roma, con todo su poder y dignidades, no había duda de que el mal era más poderoso que el bien, y que realizaba empresas más grandiosas... Salacio sentía volverse loco ante esa idea.

Sin embargo, como buen bufón, era un buen lógico. El bufón representa, frente al mundo, el sentido común... O bien, la paradoja... ¿En qué quedamos? Tesis, antítesis, síntesis. El bufón representa al sentido común vestido de paradoja: por eso lleva traje de picos y cascabeles: esto indica que, frente a la locura del mundo, el sentido común parece paradoja.

Salacio, que había sido un buen bufón, era un gran lógico. Vió inmediatamente que el bien no está en el poder ni en lo grandioso, sino en lo humilde. Lo otro era la «soberbia de la vida.»

Comprendió que aquellas ideas inquietantes eran el poso que en su alma habían dejado los despropósitos del diablillo evocado por aquella trompeta maldita... En realidad, eran los residuos de los malos pensamientos del señor Baldonio, que en alguna parte habían de quedar, pues el pensamiento no parece que deba desaparecer, desde que una vez ha sido pensado... El había oído decir esto a algún doctor, a algún sabio, en aquel momento no se acordaba de si al doctor Patafuss o al bachiller Blasindo; le parecía que hasta había hablado de Platón, o cosa así.

De todos modos, la culpa era de aquella maldita trompeta, que malhadadamente se le ocurrió tocar...

Pensó destruirla, pero, claro, no era suya; no debía hacerlo... Sin embargo, el mismo daño que le hizo a él, más hondo de lo que parecía, pues seguían

ocurriéndosele aquellas ideas malsanas, podía hacerle a su dueño, Hermanrico, un joven erudito y poeta, pero con poca experiencia de la vida... Destruir la trompeta sería salvarle de un peligro. Salacio se decidió.

Con una piedra machacó la trompeta hasta aplastarla del todo, la dobló en todos sentidos, la deshizo, y para que nadie se enterase, enterró los fragmentos en un rincón del patio de las caballerizas.

Hermanrico no acudió a dormir. Salacio se acostó. En esa primera danza del sueño, aquellas ideas horribles iban y venían, en la oscuridad húmeda de la caseta:

«¡El mal es más poderoso que el bien!»

«Al mal se debe cuanto de grandioso se realiza en el mundo»

«El bien es pequeño y cobarde, estéril y vulgar».

XVII

Cuando Rosinda llegó a la casa de su marido, era bien entrada la mañana.

Delante de la mansión fortificada, que levantaba una torre por encima de los árboles, había un gran campo que estaban arando. El sol iluminaba la tierra y se veían las rayas negras de los surcos entre un terrón pardo oscuro de buena calidad.

Un gran silencio, tranquilo y grato, contribuía a esa sensación de placidez que nos parece tan opuesta a las pasiones, las riñas y los cuidados de los hombres. Rosinda había sentido en su cuerpo esa placidez todas las primaveras y todos los otoños, esa oleada de vida que parece venir de la tierra y penetrarnos, deliciosamente, hasta lo más hondo de las entrañas. Pero ahora la sentía en el alma.

¿Sería verdad? Nunca lo había sentido así, y esto le hacía suponer que su alma había encontrado la paz... Pero también pudiera ser que no fuese más que aquella impresión física de tantas veces. Sin duda que su espíritu la traducía de otro modo.

Sentía, al mismo tiempo, un gran temor al encuentro, mas en vencer este temor estaba el mérito Así se lo había ordenado el santo Ascanio, y así tenía que hacerlo. Se iba armando de valor como podía.

Andaban arando dos hombres, con sus respectivas yuntas. Sus sombras se dibujaban en el suelo, deformadas por los surcos, que las hacían parecer rizadas. Uno de los hombres se veía bien que era un villano, un siervo o colono de Galafre. El otro era el propio Galafre.

Galafre, con una vara en una mano y en la otra el mango del arado, guiaba a los bueyes. Llevaba una larga veste de cuero, abarcas de lo mismo y un gran espadón en la cintura.

Rosinda, temblando, descendió de su yegua negra, la tomó de las riendas y se metió en la arada. Fué caminando despacio por la desigualdad de los surcos.

Galafre estaba de espaldas y adelantaba más aprisa siguiendo a los bueyes. Rosinda tuvo que andar más despacio detrás.

Su marido era un caballero pobre, sin inteligencia, sin sentimientos, sin trato de gentes; había vivido siempre en la aldea y no había aprendido nada de nada; tenía orgullo de linaje, bastante limpio, por lo cual llevaba siempre, como distintivo, la espada al cinto, pero hacía la misma vida de los villanos,

salvo el derecho de caza y la posesión de caballos, perros y halcones. Era de una estupidez y de una indiferencia ejemplares. Era rudo y brutal en sus formas; pero, en el fondo, inocente y bueno.

Si tenía motivos de resentimiento para Rosinda, también ella debía de tenerlos... Cuando el Conde-Obispo Baldonio se la arrebató, poco tiempo después de casados, trató de indemnizarlo, para que no reclamase ni armase demasiado escándalo: le dió una cantidad algo crecida y le asignó, además, una pensión. Galafre dejó hacer y aceptó ambas compensaciones... En realidad, había vendido su mujer a Baldonio; claro que había sido por voluntad o con anuencia de ella misma, pero no tenían nada que echarse en cara uno a otro.

Con la cantidad recibida, Galafre compró tierras y vasallos, y mejoró bastante su situación, pero no salió de la aldea ni cambió de vida. Allí estaba, arando como un villano, aunque sin quitarse del cinto la espada, que denotaba su calidad.

Rosinda siguió a su marido hasta que dió la vuelta, rematado el surco. Quedaron entonces frente a frente, y Rosinda se arrodilló en la tierra recién removida, húmeda aún del rocío de la mañana.

Desgreñado y barbado, Galafre tenía un aspecto de lo más descuidado y sucio, de lo más bruto, de lo más montaraz. Se quedó mirándola con asombro, casi sin reconocerla al principio.

—Galafre —dijo ella con la mayor firmeza que pudo—, acaso no me reconozcas ya... Soy Rosinda, tu esposa, que vuelve a ti... que viene a pedirte perdón.

Rosinda era realmente hermosa. Se parecía a las descripciones que de la famosa reina Ginebra hacen los libros. Parecía todavía una rosa, en aquella mañana de sol. Contrastaba con la humildad de la tierra removida por el arado y rimaba con la belleza del día.

Era tan hermosa, que Galafre la miró con cierto doloroso rencor.

—Perdóname —continuó Rosinda con lágrimas en los ojos—, te he ofendido muy gravemente, he sido mala, te he faltado, he vivido lejos de ti en pecado mortal... Pero Dios me ha tocado en el corazón y todo lo he abandonado para volver a ti...

Se detuvo, acongojada, calculando al mismo tiempo lo que había dicho y lo que aún tenía que decir. Galafre la miraba en silencio, sin soltar la vara ni el arado.

—Quiero purgar mis muchos pecados. Estoy arrepentida de ellos y los aborrezco... Primero, quiero conseguir tu perdón. No pararé hasta que lo consiga; te seguiré constantemente, andaré como tu sombra, aunque me maltrates, hasta que lo consiga... Ya no soy la que te abandonó, soy otra... Pero soy tu esposa, y lo que Dios ha unido no debe ser separa-

do... Si eres cristiano, perdóname. No lo hagas por mí, que no lo merezco, hazlo por Dios... No te pido que me recibas como señora, como esposa; acógeme como sierva, como servidora, como la última en tu casa, tenme en el peor lugar, pero deja que de alguna manera te compense el mal que te hice... Perdóname, Galafre. He sufrido mucho en estos días, desde que sentí en el pecho los golpes del arrepentimiento, y deseo sufrir aún mucho más, todo lo que merezco, pero perdóname. Ayúdame a ponerme en gracia, no abandones mi alma a la condenación... No te pido vida ni amparo; te pido perdón.

Galafre se quitaba el sudor de la frente, y no sabía qué hacer ni qué decir.

Rosinda prorrumpió en un llanto desesperado.

Galafre casi le perdonaba todo, excepto el aprieto en que lo ponía. Por más vueltas que le daba en su pobre cabeza, no acababa de enterarse de lo que debía hacer un marido en estos casos... El era, sin duda, un marido ultrajado, pero al mismo tiempo, si vamos a ver las cosas en su realidad, lo había consentido. ¿Tenía derecho a negar el perdón?... Pero esto era lo de menos. ¿Qué es lo que «se hace» en un caso como éste? ¿Qué es lo que hace la gente?... No lo sabía.

Pero había que salir de una vez de aquella situación... ¿Cómo hacer?... Lo mejor era dejar que las cosas llevasen su camino ellas solas, por su pro-

pio paso, y lo demás, olvidarlo, dejarlo, para volver a pensar, sin preocupación, en la arada y en la sementera... Rosinda volvía, ¡que volviese!... Quería ser perdonada, ¡perdonarla!... Y nada más de preocupación, sino lo de siempre. Continuar como los otros días, un día tras otro.

Por otra parte, Rosinda estaba más hermosa que nunca, y lloraba. Esto hacía también ablandar el corazón de Galafre... ¡Quién sabe si volvería a ser gustoso vivir con ella, tenerla en casa...! Y todavía más: estaba triste y abatida.

—Estás perdonada —le dijo bruscamente—, levántate... Pero no me vuelvas a hablar de nada de eso. Lo que pasó, pasó. Dios te perdone, y vida nueva.

Se fueron a casa y Galafre condujo su mujer a la cocina. Había allí cuatro o cinco sirvientes, que se levantaron. Galafre les dijo:

—Esta es la señora.

Y no hubo más.

XVIII

Pero el domingo Galafre no se atrevió a presentarse con Rosinda en la misa parroquial y se quedó en la cama.

Ella iba todos los días, muy devota, casi enlutada y con velo espeso. Todo había salido bien, pero ella debía mortificarse en todo.

Había en la casa un muchacho de trece años, tan tosco y mal criado como Galafre. Este le dijo a Rosinda:

—Tengo este hijo; quiero que te cuides de él.

Rosinda se ocupó del chico, completamente ignorante, y empezó a querer reformar sus modales y enseñarle la doctrina. Se llamaba Gulindo; Rosinda propuso a su marido que, puesto que se trataba del hijo de un caballero, en cuanto ella lo hubiera limado un poco, lo enviase a donde le enseñasen las artes de caballería, en las que Galafre era sumamente torpe.

Rosinda lo dirigía todo en la casa, y lo puso todo

limpio y ordenado. Se cuidó principalmente de la religión, con los sirvientes, y hasta, en lo posible, con su marido. Galafre no era mal cristiano, pero no comprendía nada de la doctrina. Sabía que había que ir a misa, confesarse, dar limosna a los pobres, pero no sabía por qué.

Empezó a haber murmuraciones por las aldeas Se supo, poco a poco, todo lo que había ocurrido con Baldonio, y Rosinda se alegró profundamente de que se hubiese arrepentido y fuese a pedir perdón al Papa. Rosinda rogaba todos los días por él, como le había ordenado Ascanio... Le parecía, además, que si Baldonio era perdonado y absuelto por el Pontífice, algo de la absolución recaería también sobre ella... Era una idea probablemente falsa, pero no se la podía quitar de la cabeza... De todos modos, si Baldonio volviese reconciliado con la Iglesia comenzaría para todos una vida llena de esperanzas.

En seguida empezó a hablarse de los yantares y de las requisas de cosechas y de alimentos. Se dijo que se aumentarían las gabelas y los servicios, que se pedirían ayudas a los nobles y que se impondrían corveas a los villanos. Unos y otros empezaron a agitarse muy irritados, y se decía, también, que a confabularse.

Se habló de la guerra entre los condes de Aldrat y de Conagón, de incendios de granjas, de robos y de crímenes. Después vino la noticia de la intervención

de un rico mercader judío; se dijo que los agentes de éste andaban comprando mantenimientos y mercancías al fiado, que se los llevarían y que no pagarían nunca. La gente se llevaba las manos a la cabeza, se reunía en corros, en todas las aldeas, gritaba, protestaba, ocultaba las cosechas.

Un día llegaron a casa de Galafre unos caballeros del país. Se encerraron con él en una gran sala desmantelada; Galafre mandó subir vino de la bodega. Durante varias horas estuvieron hablando.

Al día siguiente los servidores estuvieron limpiando las armas que había en la casa: viejas armas de guerra y de caza, lanzas, chuzos, arcos y ballestas, piezas de armadura que hubo que mandar al herrero y cotas que hubo que remendar.

La agitación se notaba sin necesidad de salir de las cuatro paredes. Galafre no decía una palabra y Rosinda no se atrevía a preguntarle.

Un domingo se dispuso Galafre a ir con Rosinda a la misa parroquial. Le dijo que se vistiera con lo mejor que tuviese. Él, por su parte, sacó del arca antiguas prendas de seda y pieles un tanto apolilladas. Los servidores revolvieron también el fondo del baúl... Enjaezaron los caballos con lo mejor, y allá se dirigieron, bien escoltados.

Al llegar a la iglesia, que estaba lejos, la gente que llenaba el atrio los saludó y aclamó con grandes demostraciones. Los señores de la nobleza vinieron

a dar la mano a Galafre y a besar la de Rosinda. Ya todo volvía a estar en su lugar, como antaño. La historia intermedia parecía borrarse.

Rosinda se alegraba de ello; pero, al mismo tiempo, estaba inquieta por lo que veía, por lo que presentía y por otras causas que no lograba comprender.

El señor cura, en el sermón que echó después del Evangelio, se lamentó de lo calamitoso de los tiempos, del olvido de la ley de Dios y de la justicia, de los despilfarros de los grandes, de la opresión que afligía a los humildes; habló del imperio de los asirios, repartido, por castigo de Dios, entre los medos y los persas; habló del pueblo de Israel tiranizado por los filisteos; habló de la pecadora ciudad de Babilonia...

Las alusiones simbólicas a la situación presente de Nerbia y su diócesis eran flagrantes. Pero, por si era poco, el párroco terminó con una peroración magnífica:

—¿Quién será el Sansón que nos liberte de los filisteos que nos tiranizan? ¿Quién será el jefe del honrado pueblo que mate mil filisteos con la quijada de un asno, y de ella saque agua para apagar su sed?... No temáis, cristianos; una quijada es arma bastante cuando Dios está con nosotros...

A la salida de la misa, se supo quién era el Sansón llamado a libertar de los filisteos al pueblo.

Era Galafre.

Lo esperaron, desplegados en dos alas, y lo aclamaron como jefe... Galafre, ya no poco poseído de su papel, salió muy solemne, vestido de seda salseada y cubierto de un manto de pieles que empezaba a perder el pelo, dando la mano a la señora Rosinda, que lucía sus maneras de Corte.

Los nobles se adelantaron hasta él y le presentaron el libro de los Evangelios. Galafre, con la espada desnuda en la mano izquierda, puso la derecha sobre el libro, que no sabía leer, y juró una porción de cosas que le iban preguntando los caballeros rurales. Estos, después, juraron de rodillas fidelidad y obediencia al jefe que habían elegido.

Los acompañó a casa un largo cortejo de caballeros armados, montados en caballos flacos o rollizos, lucidos o lamentables, con gran ruido de armas, y de labriegos a pie, que lanzaban gritos y cantaban.

Hubo gran banquete, en casa de Galafre, y después se armaron todos y partieron hacia el lugar en que se les unirían los contingentes de otras comarcas. Los labriegos iban armados de lanzas, chuzos, bisarmas, hoces, guadañas, horquillas, mayales, garrotes, cuchillos, martillos y todo lo que es de rigor en estos casos.

En sus estandartes iba representada una vaca, símbolo, sin duda, de la tierra nutricia, que las nuevas autoridades de Nerbia pretendían ordeñar en su exclusivo provecho.

Se fueron, decididos y fieros.

Rosinda quedó al cuidado de la casa, con dos sirvientes viejos. Podía disponer y gobernar lo que quisiera. Tenía también a su hijastro, Gulindo. Pero quedaba llena de temores y de incertidumbres. No entendía bien lo que pasaba, ni lo que se proponían los que se habían llevado a su marido. También ellos echaban de menos a Baldonio y lo hubieran visto volver de buena gana Conde y Obispo de Nerbia. Mientras tanto, ¡cualquiera sabía lo que iban a hacer!

XIX

Un día, Rosinda fué a visitar al santo Ascanio.

Le dió cuenta de su vida, desde que, obedeciendo sus instrucciones, se había restituído a la casa de su esposo y obtenido su perdón. El anacoreta aprobó sin reservas la conducta de su penitente.

—Ahora —le dijo—, cuida de persistir en el buen camino, no sólo exteriormente, en los hechos y en las costumbres, sino también en el interior de tu alma. Debes esforzarte en amar a tu marido con verdadero amor de esposa. Si firmemente lo deseas, lo conseguirás.

—En cuanto a mí esposo, debo deciros, padre amantísimo, que lo han elegido para jefe de los aldeanos levantados en armas, y que esto me causa una gran inquietud. Os supongo enterado de lo que pasa en toda esta tierra, sobre la que se cierne un porvenir tan lleno de amenazas.

—Lo sé muy bien, hija mía; aquí, los pastores de la montaña se han unido también a la sublevación.

No me extraña que estés inquieta, y no te faltan motivos para ello. Ha sido una gran equivocación la de Galafre el asumir ese puesto peligroso y seguramente ineficaz... Nada bueno se consigue con la violencia y la guerra, sino el ofender a Dios y derramar la sangre de los hombres y destruir sus obras y sus bienes... Has debido impedir que tu marido tomase parte en la rebelión.

—Padre, no me atreví a decirle nada, ni él me dijo lo que se preparaba hasta que lo vi por mis propios ojos, cuando ya no podía remediarse.

—Error, error. De nada ha servido el ejemplo del infeliz Baldonio. Quieren arreglar las cosas por la fuerza de las armas; no conseguirán lo que se proponen, sino el efecto contrario. Lo que van a hacer es un pecado, es un desacato a un Príncipe de la Iglesia que hoy rige la diócesis y el Condado de Nerbia, un ataque contra la vida pacífica de la ciudad. Eso va contra la santa obediencia, contra la caridad cristiana. Es preciso contenerlos, convencerlos, reducirlos, apaciguarlos... Primero de nada es la paz. Hay otros medios de restablecer la justicia. Yo iré a hablarles.

—No os expongáis, padre; si están enfurecidos, no os escucharán. Son buenos, son honrados, pero cuando se desmandan, no se sabe de qué son capaces. Guardaos, no expongáis vuestra preciosa vida, Nerbia os necesita.

—Es mi deber, hija mía; cueste lo que cueste, debo intentarlo. Sé que tu esposo es bueno, a él me dirigiré primero y le convenceré.

—No lo obedecerán. Lo expondréis a él con vos.

—Siempre me han escuchado. Dios me ayudará. Y tú, ruega por él y por mí.

XX

Desde su conversación con el misterioso duque de Egipto, el poeta Hermanrico no podía conciliar el sueño. No podía apartar su pensamiento de la hermosa Alda; la espiaba, medio escondido en las puertas, frente a las rejas de su celda, esperando poder atisbarla entre los barrotes, escalaba a ciertas horas los tejados fronteros... Había perdido en realidad toda esperanza, pero cada vez estaba más dominado por la obsesión.

Había conseguido un cuartucho para dormir, en la misma taberna donde había hablado con el extraño personaje, y no volvió a la caseta de tablas de las caballerizas de Palacio, en donde inútilmente le aguardaba el pobre anciano Salacio.

Notaba fenómenos extraños: sentía como si llevase algo vivo, un animal invisible, encima de la cabeza. Casi sentía su peso, y le parecía que aquel molesto huésped estuviese absorbiendo algo de él, algo de su pensamiento y de su vida.

Había visto una iluminación de un códice en la que estaba pintado un monje de hábito blanco, que llevaba un pequeño ángel posado sobre la tonsurada cabeza, y frente a él, una vieja astrosa, sobre cuyas guedejas se aposentaba un demonio horrible. Su situación era como la de aquellos personajes, pero el que él llevaba encima más debía de ser demonio que ángel.

Se devanaba los sesos para averiguarlo. Buscaba la relación que pudiera haber entre el amor y los ángeles y entre el amor y los demonios. Después de mucho discurrir, y sin encontrar memoria de haber visto nada en los libros acerca de la cuestión, vino a comprender que, si lo que llevaba encima de la cabeza era un demonio, su amor por la hermosa Alda debía de ser un amor puramente carnal.

Un día encontró al bachiller Blasindo, a quien tanto había buscado inútilmente, camino de la Universidad, en donde el Cardenal Arnulfo había hecho que le diesen una cátedra.

Lo consultó acerca del significado de aquella lámina del monje y la vieja.

—Son —le dijo el bachiller— los dos caminos que se ofrecen al hombre, no una vez única, para una elección decisoria de efecto permanente e invariable, sino en todos y cada uno de los momentos de su vida. En cada momento, el hombre debe elegir, y elige, unas veces con plena libertad, otras plenamente

arrastrado por sus apetitos; el mérito de uno y otro caso es, naturalmente, desigual; pero los efectos en la vida de este mundo son iguales, ya se elija con libertad, ya sin ella. Una elección equivocada, realizada con lúcida voluntad o realizada con una irresponsabilidad ciega, tiene los mismos efectos desastrosos. Una elección atinada, hecha de cualquiera de los dos modos, tiene siempre resultados felices.

—¿Es por eso por lo que tantas veces triunfan los malos y fracasan los buenos?

—No es la misma cuestión. Básteos saber, por el momento, que en este mundo lo que vale no es la intención, sino el acierto. En este mundo, se pueden pagar o no los pecados; los que se pagan sin falta son los errores.

—Decidme, pues: el amor, que es un sentimiento que se apodera de nosotros, sin que podamos evitarlo, aunque sea puramente carnal, ¿es culpable?

—La culpabilidad en amor es difícil; requiere condiciones en las cuales ha de tomar alguna parte nuestra voluntad. En amor cada caso es diferente y único. El amor es una ley universalísima de la Naturaleza, que gobierna lo mismo a los astros, a los hombres, a los espíritus, a los animales, a las plantas, a los metales y a los cuerpos inanimados, a los átomos y a los elementos; una ley a la cual nada en el Universo puede sustraerse. Al amor se debe esta armonía maravillosa que observamos en la Naturaleza.

Sin amor, nada podría existir; sin amor no habría mundo.

»Pero también es necesario el odio, que es la contrapartida y el complemento del amor. Ya lo vió perfectamente el gran filósofo Empédocles. Sin odio no habría amor; si los seres no estuvieran divididos y separados, no tenderían perpetuamente a juntarse. Simpatía y antipatía, amor y odio, son las fuerzas que sostienen cuanto existe. De su juego alternado resulta esta maravilla de la vida. Por el **Solve et coagula**, que nos enseñó Hermes Trismegisto, se mantiene la vida universal. Por esta alternancia de las fuerzas todo tiene vida en el universo, todos los seres tienen vida, en grado mayor o menor, en forma más o menos perceptible, desde el átomo al astro, desde la piedra al hombre. Todo tiende, pues, al amor. ¡Cómo el hombre podría resistirle!

»De todo esto resulta una armonía grandiosa que Pitágoras escuchaba en los regulares y perfectos movimientos de los astros en las esferas celestes, una inmensa sinfonía que Dios dirige desde su altísimo trono invisible... Esta gran armonía del Universo se expresa aquí abajo en la música que tanto deleita el corazón humano, según la ley de la Tabla de Esmeralda, que nos dice que lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba, para realizar las maravillas de una sola cosa.

»Todo está, pues, en perfecto movimiento, determinado por la alternancia de las fuerzas. El círculo es su imagen, por lo cual la vida de todo el universo, arriba y abajo, se desenvuelve en ciclos, del nacimiento a la muerte. Obedece el hombre a estas leyes, en las cuatro edades de su vida. El hombre es el microcosmos, el mundo compendiado, y en él se representa cuanto acontece en todos los lugares del espacio, cuanto sucede en los círculos del tiempo.

»En el hombre es especialmente poderosa y rica la ley del amor, porque es a la vez un ser corporal y espiritual. Está solicitado en sentidos divergentes, pero dominado por una ley superior: debe continuar la corriente de la vida en ciclos más elevados, por lo cual esa tendencia irresistible que lleva en sus venas, y que, tendiendo a volver a su origen, lo inclina tan fuertemente en el sentido del placer, debe, como ser inteligente y libre, dirigirla a lo alto, purificarla, en el sentido de su naturaleza intelectual... Esto es lo que representa el ángel sobre la cabeza del monje, mientras la degradación del amor está representada en el diablo encima de la cabeza de la vieja. Esta es la causa de que pinten a ésta repugnante y enfermiza para significar el poso de dolor y de náuseas que deja el amor culpable después de satisfecho, mientras pintan al monje tranquilo y contento, indicando la satisfacción que causa el amor cuando se sublima.

Hermanrico estaba deslumbrado... Pero no podía

menos de recordar al sabio bachiller, montado en un burro, de cara a la parte posterior del animal, empuñando el rabo en su mano derecha, cubierta la cabeza con un capirucho grotesco, y con una ristra de ajos al pescuezo. De aquel modo escarnecía a la ciencia el obispo Baldonio. Y , sin embargo, todos lo echaban de menos, porque bajo él había abundancia y tranquilidad... Estaba visto que no había cosa enteramente buena, ni enteramente mala, sino que todo estaba mezclado de bien y de mal. ¿Qué elegir, pues? ¿Con quién quedarse?

Quiso exponer esto a Blasindo:

—Pero en este mundo nunca sabemos lo que es bueno ni lo que es malo. Elegimos lo que nos parece que es el bien, y resulta que es el mal. Siempre estamos en peligro de error.

—Eso es porque miramos las cosas exteriormente, en su apariencia, en lugar de adentrarnos en ellas. El sabio no debe dudar: mira en el fondo de ti mismo, y encontrarás la verdad.

Hermanrico no sacó gran cosa en limpio de estas últimas palabras. Comprendió que no había sabido formular su pregunta. Dirigió su atención, otra vez, a su problema personal:

—Conozco un enfermo —dijo— que se queja porque dice sentir algo sobre su cabeza, algo como un animal invisible; siente su contacto y su peso, sus movimientos, casi el calor de su cuerpo, y le parece

como si ese ser alojado en la cima de sus cabellos, le chupase sutilmente el pensamiento y la vida...

—Ese enfermo sois vos mismo.

—¿Por qué decís eso?

—Ninguno que no fuera el que lo sufre, podría hablar tan elocuentemente sobre ello. Todo eso es lo que vos sentís, y el amor es la causa remota de ello. El amor ha debilitado, por una parte, vuestra voluntad, y por otra ha enfebrecido vuestro cuerpo, produciendo en él un calor que no es natural. Un ser de vida precaria, perteneciente en su origen a la esfera ideal, trata de aprovechar ese calor para prolongar su semejanza física. Si no reaccionáis fuertemente para expulsarlo, quién sabe adónde puede conduciros... Es posible que haya contribuido grandemente a exacerbar vuestra pasión.

—Pero ¿qué clase de ser es ése? Sin duda un diablo, como el que pintan encima de la cabeza de la vieja...

—Sospecho que sea la emanación de una personalidad poderosa, que se ha adherido a la vuestra.

—Si ello aumentase mi fuerza personal...

—Al contrario, lo que hace es perturbarla. Introduce en vos una dualidad contradictoria, que extraviará completamente vuestra vida. Debéis curaros. Venid a mi estudio dentro de tres días, más no debéis esperar.

—Otra cosa, señor bachiller: ¿habéis oído hablar del duque de Egipto?

—Sí, es el jefe de un pueblo desconocido, apartado de los demás y que conserva su secreto. Se atribuye a ese pueblo un libro escrito en jeroglíficos, que revela todos los misterios. Es un pueblo inofensivo en conjunto, porque no quiere compartir su vida con nadie, y así no es naturalmente enemigo de ninguno. Pero no puedo deciros nada más.

—¿Conocéis al misterioso Plutón Barrabás?

—Todo el mundo habla de él, y nadie lo ha visto.

Hermanrico estuvo para decir: «Yo he hablado y comido con él»; pero calló, prudentemente, y se despidió, hasta de allí a tres días.

XXI

El siguiente era día de mercado.

El sol alegraba, desde muy temprano, las calles y las plazas, donde empezaban a armarse los puestos y los tenderetes. La temperatura era deliciosa, de esas que dan gusto de vivir, y la ciudad estaba realmente bella y agradable.

Hermanrico, desencajado e insomne, se había levantado con el sol, y sentía con aquel ambiente cierto alivio. Se preparaba un gran día.

Fué a oír misa en la iglesia de Santa Walafrida. La iglesia estaba atestada de gente, tanto, que no halló sitio sino detrás de un pilar, que le impedía ver gran parte del templo.

Después del Evangelio se sintió un cuchicheo expectante y un movimiento nervioso en los fieles. Un predicador acababa de subir al púlpito, pero Hermanrico no lo veía.

—Estamos —comenzó el orador, después de unos latines— en los días de la ira de Dios... Mirad a vues-

tro alrededor, y ¡qué veis, hermanos míos!: el engaño, la estafa, la prostitución, el adulterio, la brujería, la herejía, el latrocinio, el crimen... El mundo entero camina a la perdición, todo está perturbado, y los hombres caminan de locura en locura; todo vacila, todo tiembla... Habéis visto derrumbarse el poder de un hombre que todo lo sometió a su voluntad... Cuando él era vuestro Pastor, no sucedían estas cosas; estaba excomulgado, pero nadie se apartaba de la doctrina de la Iglesia; era pecador, pero gobernaba con justicia... ¡Qué contradicción es ésta!... Erais honrados, erais virtuosos, erais buenos cristianos: se marchó el simoníaco, se marchó el concubinario, el tirano, y vosotros empezáis a imitar todos sus vicios... ¡Quién puede entender estas cosas? ¿Quién no siente vacilar su fe?

»Pero he aquí que la ira de Dios viene sobre vosotros, la venganza se acerca... ¿Qué vais a hacer? ¿Se endurecerán vuestros corazones? ¿Tan profundamente habéis caído? ¿Están ciegos vuestros ojos?

»Habéis visto a vuestro Obispo Baldonio, el pecador, el indigno, caer de rodillas y derramar ceniza sobre su cabeza; le habéis visto arrepentido, humillado, marchar a pie a Roma, cargado de cadenas... Todo lo bueno que había en Nerbia, en esta desgraciada ciudad, marchó en su seguimiento... ¿Qué hacéis vosotros? ¿Es que aquí no ha quedado más que la mala hierba, el grano amargo, el fruto venenoso?...

Imitad al que fué indigno Pastor y hoy es un humilde penitente, un cristiano que camina llorando a reconciliarse con la Iglesia.

»Arrepentíos, haced penitencia, humillaos, pedid perdón... Mirad que Dios tiene alzada su diestra contra vosotros, que no se hará esperar el castigo si no os arrepentís...»

Hermanrico creía ahora que estaba oyendo a Ascanio, el santo anacoreta, pero algunas de aquellas palabras ya las había oído a otro... Nada de particular tenía aquel sermón, antes era muy atinado y muy ajustado a las circunstancias: aquello era lo que, en aquel momento, tenía que decir la Iglesia a los fieles de Nerbia... Sin embargo, había allí algo raro, que no lograba determinar.

—He aquí —continuó el predicador— que yo hago un nuevo cielo y una nueva tierra... Pero esto es para los que saben del rigor de la espada, para los que llevan en la frente la señal trazada con sangre... Entonces será cuando se allanen los collados y venga la Ultima Revelación, cuando se sienten a la mesa los Elegidos, en la Nueva Jerusalén, y todos sean de una misma fe y de un mismo Imperio, reunidos en la misma cabeza de la Papisa Universal, bajo la cual no habrá altos ni bajos, tuyo ni mío, esclavos ni libres, trabajo ni guerra, enfermedad ni molestia, porque todos serán justos y santos, y todo estará permitido...

»Pero, vosotros, infelices, ¿cómo podréis llegar a ello? ¿Cómo podréis prepararos para el Gran Día, si no hacéis penitencia de vuestros pecados? ¿Cómo vais a ser escogidos por los ángeles, si no habéis recibido en vuestras frentes la señal que distinguirá a los puros?

»¡Desgraciada ciudad, infeliz Nerbia, que ha visto y no ha comprendido!... ¡Oh, dejadme llorar, como Jeremías lloró la esclavitud y los pecados del pueblo de Israel! Dejadme llorar sobre la ciudad que no dobla su cerviz ante la ira del cielo, que se hunde en sus vicios, y se niega a arrastrarse pidiendo perdón!»

Hermanrico, desconcertado, sorprendido, hizo un esfuerzo por llegar a donde pudiera ver al predicador.

Era Plutón Barrabás.

XXII

Llamó la atención de todos la desusada concurrencia al mercado de aquel día.

Gran afluencia de gente de las aldeas, con caballerías cargadas con haces y fardos de todas las especies. Gente a pie y a caballo, en asnos, en carretas de todo género. Caballeros rurales con sus acompañamientos. Mercaderes ambulantes, pastores con rebaños, juglares, bailarines, decidores de buenaventura, saltarines y funámbulos, comediantes y payasos,

Se levantaban tiendas, se instalaban tabernas, mesas de cambiadores de moneda, puestos con cestos y arcas, guirnaldas y banderolas. Se oían músicas y cantos, gritos y pregones.

Comenzó el mercado con extraordinaria animación. Las gentes de la ciudad estaban muy contentas, porque hacía tiempo que no se veía cosa semejante, y les parecía que la vida volvía a reanudarse, como en los mejores tiempos del Conde-Obispo Baldonio.

Estaban llenas las tabernas y las posadas, llenas

las plazas y las calles, y por las puertas de la ciudad entraba cada vez más gente.

Antes de mediodía, en la plaza del Paraíso de la Catedral, se notó como un movimiento de inquietud, sin que se supiese por qué. Algunos corrieron asustados hacia las bocacalles. En seguida volvió a sosegarse todo, y continuó la animación de la feria.

Pero de pronto un tropel de gente despavorida irrumpió desde la plaza inmediata a la del Paraíso. Algunos llevaban armas en las manos. Se dijo que ardía la casa del judío Moisés Barnabal, el rico mercader encargado del abastecimiento de la ciudad; que estaban atacando el Palacio del Obispo por la parte opuesta...

Un nuevo tropel, mucho mayor, poseído de un pánico loco, entró, derribando los puestos, dando alaridos y arrastrando a los que estaban en la plaza.

Empezaron a verse villanos armados con chuzos y bisarmas, que se reunían y luego marchaban juntos hacia alguna parte. El humo de la casa del judío se veía subir por detrás de las casas. En la plaza de la Catedral, ya medio desierta, unos recogían de sus puestos lo que podían, otros robaban los puestos abandonados. Se veían cacharros rotos, cestos desfondados, huevos estrellados en el suelo, legumbres, jirones de telas, líquidos derramados, zapatos y prendas perdidas.

Se oían, por allí cerca, trotes de caballos, toques

de trompeta y voces de mando. Las campanas comenzaron a tocar a rebato...

En la taberna donde comía Hermanrico, apareció andrajoso y lleno de miedo el viejo bufón:

—Están entrando en Palacio... Se apoderaron de la mitad de las puertas de la ciudad y asesinaron a los cuerpos de guardia. El Cardenal Legado y el conde de Conagón han logrado salir de Nerbia y se dirigen al castillo del conde... Yo pude escapar, protégeme.

Se agolpó mucha gente a la mesa de Hermanrico para oir al bufón. Preguntaban qué pasaba, quién atacaba la ciudad, quién era aquella gente...

Un tratante de ganado, que parecía estar al corriente de las cosas, explicó:

—Son los villanos de las aldeas, dirigidos por algunos caballeros. Se vengan de lo que se hizo para abastecer la ciudad. Entraron como que venían al mercado, pero en los sacos y en los carros traían las armas. Cuando se dió la señal, las sacaron y se lanzaron sobre los sitios que les habían ordenado atacar, especialmente sobre los que guardaban las puertas, para que pudiesen entrar los que quedaban fuera...

En esto, se levantó en otra mesa un hombre armado de todas armas, dió un golpe tremendo en el tablero con el puño de la espada, y gritó:

—Basta ya de hablar. Todo el mundo fuera. El

que no esté conforme, que se vaya o que se aguante, si no quiere que le colguemos en un tejado... ¡Fuera!

Salieron, pero no sabían dónde meterse. En la ciudad reinaba un terror sin ejemplo. Encontraron cadáveres en las calles. Muchas casas ardían. Barrios enteros estaban desiertos. Otros estaban llenos de villanos armados, que hablaban todos a un tiempo. Delante del Palacio había gran multitud, y en el edificio entraban y salían personajes que debían de ser los jefes principales de la rebelión.

Hermanrico, Salacio, el tratante y otros parroquianos de la taberna intentaron salir de la ciudad, pero no les fué posible: las puertas estaban cerradas y guardadas por los villanos.

XXIII

Aquel día, a las doce, el santo Ascanio había llegado a las cercanías del lugar en donde acampaban o aguardaban los rebeldes, para penetrar en la ciudad en cuanto los que se habían introducido subrepticiamente se hicieran dueños de las puertas.

Caminaba con trabajo, y, cuando llegó, ya la hueste se había puesto en movimiento.

Vió cómo, al frente, marchaba Galafre, a caballo, bien armado y bien puesto, pero rodeado de una guardia grotesca, armada con bisarmas. Grotesca, porque, en lugar de yelmos, algunos se habían puesto en las cabezas embudos y cacerolas de hierro, para defenderse de los golpes. Detrás iban otros caballeros y un número incontable de peones.

Ascanio se adelantó y tomó de la rienda el caballo de Galafre. Todos se detuvieron con respeto.

Ascanio habló:

—¡Detente, Galafre! Que la paz sea contigo. Escúchame: ¿sabéis lo que vais a hacer? ¿Qué os pro-

ponéis? Os levantáis contra algunas medidas equivocadas de los que gobiernan esta diócesis y condado... Puede que tengáis razón, puede que la justicia esté con vosotros; pero no es éste el medio de hacerla triunfar. Lo vais a hacer peor. Desacatáis al representante de Su Santidad, causaréis víctimas, derramaréis sangre, habrá saqueos y destrucciones, y nada remediaréis. Todo se pondrá peor, porque, aunque ahora ganéis la batalla y os hagáis dueños de la ciudad, los condes y los señores volverán con mayores huestes que cuando vinieron contra Baldonio, os arrollarán, seréis castigados, ahorcarán a los que cojan... Si esto no sucediere, como sin duda sucederá, si os hacéis dueños de la ciudad, ¿qué es lo que vais a hacer? ¿Qué es lo que os proponéis?... Confiesa que no lo habéis pensado. Os habéis levantado, marcháis contra la ciudad tan sólo para satisfacer vuestra ira, no para arreglar las cosas, porque no sabéis cómo. No tenéis un propósito definido, no tenéis un plan... Y de la ira, ¿qué bueno, qué cosa razonable puede venir? La pasión y la violencia no remedian nada. Deteneos, reflexionad... Sois buenos cristianos: no desacatéis al Legado del Papa; sois hombres honrados: no deis lugar a homicidios, a latrocinios ni a destrucciones; sois pacíficos: no encendáis la guerra en vuestro país... Pensad en las viudas y en los huérfanos que vais a dejar, en los ciudadanos a quienes vais a reducir a la miseria...

Salvad vuestras almas de la condenación, deteneos.

Hubo un momento de vacilación en la hueste de los rebeldes. Todos escuchaban a Ascanio con respeto, lo veneraban, sus palabras les herían en el corazón.

Pero los que marchaban detrás y no habían oído, empujaban, gritaban preguntando por qué no se avanzaba. Se levantó un tumulto; unos clamaban:

—¡No hay santo que valga! ¡No es hora de sermones! ¡Fuera los cobardes! ¡Adelante!

Galafre, a quien el mando comenzaba a aguzar el ingenio, razonó:

—Padre, tus palabras son buenas, tus palabras son verdaderas, tus palabras son prudentes. Pero ya no hay manera de retroceder. El torrente desatado no puede detenerse —Galafre se asombró aquí de sus propias palabras; nunca había imaginado que pudiese hablar tan bien... puede que hubiese oído aquella frase en algún sermón; pero, en todo caso, supo repetirla y aplicarla—. El mal que nosotros no hagamos, lo harán los que ya están dentro de los muros de Nerbia, y a los que han dado ya la señal convenida... Ya no hay remedio, Padre; encomiéndanos a Dios.

Ascanio comprendió y soltó la brida. Por delante de él pasó la hueste innumerable. Casi todos, al verlo, se descubrían con respeto y con algo de temor... Había que dejar las cosas en manos de Dios...

Pasaron y pasaron cientos, miles, ¿quién podría contarlos? El corazón del ermitaño se encogía de angustia... ¿Qué va a pasar, Señor?...

Acabó de pasar el tropel de gente armada, y Ascanio cayó de rodillas y, derramando lágrimas, solo en medio del camino, rezó.

XXIV

Dueños de Nerbia, los rebeldes nombraron administrador de la diócesis, sede vacante, al antiguo deán Evencio, y lugarteniente del Conde a Galafre. Los caballeros rurales y algunos villanos influyentes ocuparon los demás cargos.

Se suprimieron las requisas y se redujeron los yantares; pero, naturalmente, el problema del abastecimiento de la ciudad se agravó en extremo; los precios de los mantenimientos subieron de un modo nunca visto y la moneda era dificilísima de encontrar. Ahora eran los aldeanos los que se encontraban en la necesidad de remediar aquella situación.

Los jefes pensaron en recurrir al judío Moisés Barnabal, como antes había hecho el conde de Conagón, contra cuyas medidas habían tomado las armas... Pero Barnabal, quemada su casa, quebrantada su fortuna, había huído sin que se supiese adónde.

La ciudad había sufrido mucho. Habían ardido casas, las tiendas habían sido asaltadas y saqueadas,

las casas de muchos ricos también. Había escombros, suciedad, géneros deteriorados o acumulados en todas partes. Las nuevas autoridades no sabían qué habían de hacer.

Se puso en libertad a los antiguos partidarios de Baldonio, se encarceló a los del cardenal Arnulfo. El desorden reinaba por todas partes. No había manera de entenderse. Se temía la vuelta del Cardenal y de sus aliados, y se temía a la excomunión y al entredicho. El clero no sabía qué partido tomar.

XXV

Hermanrico y Salacio lograron, al fin, refugiarse en la casa de un pobre zapatero, desde donde pudieron ver la entrada de Galafre con el grueso de las fuerzas de los rebeldes.

Era temible ver pasar a aquellas bárbaras gentes, mal armadas y mal vestidas, que avanzaban en tropel, apiñadas por la calle estrecha, sobresaliendo las hoces, las lanzas, las bisarmas, las horquillas, los chuzos y las guadañas, como un campo de mieses de hierro... Veían las caras ennegrecidas y sudorosas, los ojos ávidos y crueles, las narices gordas y enrojecidas, las guedejas y las greñas sucias, los tejidos burdos, los pescuezos de venas hinchadas, las manazas enormes y callosas, los dientes de fiera en las sonrisas de triunfo; sentían el olor de sudor y de grasas y el ruido en desorden de los pasos innumerables.

De cuando en cuando, se destacaban los jefes a caballo, en un todo semejantes a los peones, aunque

algunos llevasen pieles y hasta algún vestido de seda.

Entre todos, llamó la atención de Hermanrico uno de inmensas barbas y larga melena, al cual, al fin, pudo reconocer...

Era Plutón Barrabás.

Al día siguiente, el viejo bufón y el joven poeta tuvieron que salir a buscar algún alimento. Como no tenían dinero, tuvieron que mendigarlo recorriendo la ciudad desolada. Hermanrico hizo cuanto pudo, hasta que pasaron por delante del monasterio de monjas: las puertas estaban arrancadas, las rejas retorcidas, no había señal de maderas en las ventanas.

Comprendió que el monasterio había sido asaltado y trató de inquirir noticias.

Recorrieron varias tabernas, llenas de aldeanos armados, y al fin pudo enterarse.

Una tropa de gentes extrañas, nunca vistas, vestidas de una manera rara, como si tuviesen algo de moros, mandados por un caballero de larga melena y grandísimas barbas, había asaltado el monasterio por la tarde. Forzaron puertas y rejas, escalaron muros y ventanas; las monjas se refugiaron en la iglesia, en la cual no entraron los asaltantes. No saquearon, no robaron, no forzaron nada, sino lo indispensable para entrar, destruyendo las rejas y derribando la puerta con un inmenso tronco. Sacaron de su celda a la señora Alda, la que vivía en Palacio cuando estaba

el señor Baldonio, y con grandes muestras de consideración y respeto se la llevaron en un caballo, como si fuese su reina. Salieron de la ciudad y no se sabe siquiera qué dirección tomaron.

En esta información estuvieron conformes gentes de la ciudad y aldeanos de la hueste rebelde. Ninguno pudo dar razón de más.

Aquél era el mayor de los misterios.

Hermanrico sintió que se le derrumbaban definitivamente todos sus sueños. En su imaginación de poeta enamorado, había dado con lo imposible.

Aquel personaje enigmático, aquel Plutón Barrabás, con quien probablemente era el único ciudadano de Nerbia que había entablado conversación, aunque unos dudasen de su existencia y otros lo buscasen como culpable de brujería, a quien encontraba predicando en un púlpito, cabalgando entre los aldeanos rebeldes, raptando a la hermosa Alda, era el padre de aquella mujer extraordinariamente hermosa, extraordinariamente seductora, imposible para él, pero que había sido muy posible para Baldonio.

Era, según decían, el jefe de un pueblo que vivía en los caminos, fuera de toda vida civil, un pueblo ignorante de su origen, como si hubiera caído del cielo o salido del centro de la tierra...

El poeta había oído refutar, en la Universidad, teorías peregrinas: razas humanas que no pertenecían a la estirpe de Adán; que habían vivido en la

tierra antes de que fuesen creados nuestros primeros padres; que desaparecieron, o se conservan acaso en comarcas desconocidas e incomunicadas; razas humanas, habitantes de los desiertos, procedentes del connubio de los espíritus con las brujas; razas de genios de las selvas y de las montañas; pueblos formados por los espíritus de los elementos; naciones de demonios alojadas en los antros y en los valles deshabitados... Todo aquello eran delirios de la imaginación; pero entonces, ¿qué clase de pueblo era aquel que ahora venía a mezclarse en la vida de Nerbia, en su propia vida de humilde estudiante y poeta elegíaco?

¿De dónde venía aquel poder extraño de la hermosa Alda entre tantas mujeres hermosas?... Sin embargo, Baldonio, que lo había sufrido un momento, logró vencerlo. Baldonio era, en todo, un hombre extraordinario... Pero él, Hermanrico, no lo dominaría; la seducción era incluso superior a su timidez, a su cobardía...

Alda era todo lo contrario de lo que él había conocido, aquel pueblo, que ahora la había recuperado, debía de ser también lo contrario del pueblo de Nerbia y del linaje de Hermanrico. Por eso mismo, la seguiría, pasase lo que pasase... Pediría a aquellos hombres extraños que lo admitiesen; si no, moriría en el empeño.

Sobre su cabeza sentía agitarse aquella cosa, aquel

ser que lo incitaba y lo empujaba, el demonio del amor carnal, sin duda; lo que fuese. Quizás aquella entidad misteriosa le ayudara... Se sentía inclinado a entregarse...

Nuestras vidas se ven, a veces, cruzadas por corrientes o por seres que vienen y se van, y que dejan una influencia bienhechora o destructora... Presentía que aquélla era maléfica, pero no era capaz de rechazarla.

Salieron de la ciudad Hermanrico y Salacio, vagando sin rumbo.

El poeta se sentía cada vez más acuciado por aquel ser, del que ya casi se sentía poseso... ¿cómo llamarle? No encontraba más que un nombre: «La Mala Idea».

En un lugar solitario, había un campo; en el campo estaba pastando un caballo, libre, sin silla, riendas ni ramal. Hermanrico corrió hacia él, se agarró a las crines y lo montó. Se acercó al bufón y le dijo:

—Buen Salacio, pobre Salacio, te quedarás solo; ¡adiós para siempre!

Salacio suplicó:

—¡Soy viejo, no puedo valerme, llévame contigo, no me dejes!

Sin contestar, Hermanrico salió disparado en una carrera loca.

Salacio se arrodilló sollozando:

—¡Se lo lleva el demonio! ¡Se lo lleva el demonio!

XXVI

Rosinda estaba inmensamente triste, terriblemente sola en la destartalada casa de su marido. Galafre había sido bueno con ella, la había perdonado y recibido; ahora Rosinda se preocupaba por su suerte en la loca aventura en que se había metido. Si los señores se ponían de acuerdo contra los aldeanos rebeldes, no habría salvación: los rebeldes serían fácilmente vencidos y la venganza sería terrible. Galafre, como jefe, sería el primero en recibir el castigo. Suponiendo que pudiera salvar su vida y su libertad, perdería sus bienes, aquella casa sería derruída para perpetuo ejemplo, y el caballero y su esposa tendrían que mendigar por los caminos.

Rosinda se consideraba merecedora de aquella suerte, y acaso Galafre la mereciera también. Todo estaba en manos de Dios, como decía Ascanio. Mejor era pagar los pecados en esta vida.

Tardó en recibir noticias, y por ellas vió que el triunfo de los rebeldes había decepcionado las espe-

ranzas de los propios jefes. Ascanio tenía razón. Sus anuncios se cumplieron en esta parte y se cumplirían en las demás.

Pensó en escribir a su marido, pero no se atrevía. Además, si Ascanio no había logrado convencerlo, menos lo conseguiría ella.

Después de las primeras noticias no vinieron otras, pero el aire estaba cada vez más cargado de presentimientos siniestros.

Uno de los sirvientes que habían quedado, un anciano silencioso y fuerte, tenía la costumbre de observar todos los días el cielo, a la salida y a la puesta del sol. Un día, al ponerse, llamó a su señora y le señaló unas nubes negras y violadas, y otras de un rojo violento.

—Señal de guerra—dijo.

Rosinda se estremeció:

—En guerra estamos, realmente—respondió.

—Es la misma guerra, pero es otra —insistió el anciano—; las guerras llaman a las guerras; la que hemos hecho traerá otra.

—¿En qué lo conoces?

—¿No lo ve Vuestra Señoría? Aquéllos son los caballos, aquéllas son las banderas... los penachos también, allí...

Rosinda no veía nada, pero el labriego insistió:

—Las lanzas... Ahora se ven las lanzas.

Rosinda miró y se cubrió la cara con las manos.

XXVII

El anuncio fatídico se cumplió a los pocos días.

Delante de la casa, echó pie a tierra un pelotón de gentes de armas, orgullosos y bien puestos. Uno solo quedó a caballo. Llevaba turbante y una inmensa barba.

Rosinda recordó haber visto a aquel hombre, cuando estaba en Palacio... La vieja Bertoldina lo introducía con misterio en la cámara que ocupaba Alda... Rosinda creía reconocer su nombre: sí, Plutón Barrabás.

Se fué el hombre de las barbas. Los otros entraron, se hicieron servir una comida opípara, bebieron más de la mitad del vino de la bodega, y dejaron abiertas las cubas.

Después, uno de ellos cogió a Rosinda y la puso en el arzón de su caballo. Montaron todos y la llevaron al castillo del conde de Conagón.

XXVIII

Salacio, solo y abandonado, se volvió a la ciudad. Tenía sueño y necesitaba descanso. Se dirigió hacia Palacio y preguntó por el señor Galafre. Dijo quién era, y consiguió ser recibido:

—Galafre —dijo—, debes conocerme de hace mucho tiempo; pero estoy viejo y enfermo. Soy Salacio, el antiguo bufón del obispo Baldonio... Soy viejo y débil, y no he podido seguir en su peregrinación a mi señor. Desde aquí ruego siempre por él... Me habían dejado sitio para descansar en las caballerizas, pero hace días que ando por las calles sin saber dónde acogerme... Tienes buen corazón, ten compasión de mí, déjame volver a mi caseta de madera en el patio...

Galafre consintió, encogiéndose de hombros, y Salacio se fué a su mísero alojamiento.

Estaba allí el arca de las ropas de Hermanrico. En un rincón vió como una piel: era el cadáver, muy pequeño, muy reducido, consumido y fláccido de una mona vieja.

XXIX

Las esposas y la hijas de todos los jefes rebeldes habían sido raptadas.

El castillo de Conagón se había convertido en un alegre jardín de lirios de primavera y de rosas otoñales. Estaba lleno de músicos, de poetas, de juglares, de gentiles donceles primorosos en las armas y en la danza. Todos los días había banquetes y saraos, juegos y representaciones, recitado de poemas, partidas de ajedrez y de dados, discreteos, torneos y justas, bailes y músicas. Los galanes ofrecían a las damas flores, plumas de garza real y joyas. Las damas a los galanes, pañuelos perfumados.

Se decía que los gastos eran sufragados por la bolsa del judío Moisés Barnabal.

Las damas estaban muchísimo más contentas que en sus casas respectivas y deseaban en lo más hondo de sus corazones que no terminase nunca su cautividad.

Todos los días había diversiones nuevas, se repre-

sentaban las más peregrinas invenciones, se satisfacían todos los caprichos, era aquél un delicioso cautiverio, en un paraíso nunca sospechado por aquellas damas y damiselas, criadas entre villanos y ganado, en casas y castillos oscuros, fríos y desnudos de blanduras y ornamentos.

Un día apareció un hombre de enormes barbas y tez oscura, que hacía cosas prodigiosas: jugaba con cuchillos, echaba llamas por la boca, tragaba una espada, ganaba a todos los juegos, hacía aparecer y desaparecer las cosas, decía la buenaventura leyendo las rayas de la mano, daba remedios para todas las enfermedades... Parecía que tuviese pacto con el diablo, pero él aseguraba que todo aquello no era más que figuración.

Por último, hizo un juego extraordinario.

Le trajeron la rama de un árbol. El fué arrancando una a una todas las hojas y lanzándolas al aire. Las hojas se remontaban, arrugándose, abarquillándose, extendiéndose, hasta quedar convertidas en pájaros de colores que salían volando por la ventana abierta.

Todo el mundo quedó sorprendido, pasmado, sin comprender cómo podía ser aquello.

Corrió, en voz baja, el rumor de que aquel hombre era Plutón Barrabas.

Después, aquel nunca visto mago de salón propuso, para capturar aquellos pájaros que había lan-

zado al aire, una gran cacería en las tierras del castillo, en la que tomasen parte damas y galanes.

La idea fué acogida con gran entusiasmo, y la cacería se organizó para el día siguiente.

XXX

El conde de Conagón y el cardenal Legado enviaron emisarios a la ciudad de Nerbia, a parlamentar con los jefes rebeldes.

Se trataba de intimarles la entrega inmediata de la ciudad si querían rescatar la libertad de sus esposas y sus hijas, y que éstas fuesen devueltas a sus hogares. Esto les proponían para evitar una nueva guerra. De todos modos, las fuerzas de los aliados del cardenal se presentarían de nuevo ante Nerbia, y si eran obligadas al asalto o al cerco, no habría perdón para los villanos ni para los caballeros; sino que cuantos fuesen capturados serían llevados a la horca, y confiscados sus bienes. Si, por el contrario, cedían y entregaban pacíficamente la ciudad, les serían devueltas sus esposas y sus hijas, mientras tanto conservadas como rehenes, y serían confirmados en sus propiedades y en sus feudos, con perdón y olvido absoluto de su rebeldía.

Se presentaron, pues, en las puertas de la ciudad

uno de los eclesiásticos que acompañaban a Arnulfo de Palmirania y un primo del conde de Conagón, llamado Tancredo el Tuerto, acompañados de heraldos y farautes.

Galafre reunió a sus compañeros, antes de dar entrada a los emisarios. Como desconocía todavía los términos de la embajada, todo se volvió disputas interminables : unos que sí, otros que no... La reunión duró tres horas, hasta la del yantar, en que el desmayo de los estómagos y la sustanciosa idea de las viandas aceleraba el acuerdo : se resolvió que se recibiese a los emisarios, pero que se aplazase toda decisión hasta que regresase de Roma el obispo Baldonio, pues todos daban por segura su reposición en la Sede y en el Condado, como era el unánime deseo.

El unánime deseo, y la necesidad apremiante, pues el administrador de la Diócesis, Sede Vacante, Evencio, y el lugarteniente del Conde, Galafre, no daban pie con bola para salir de tantísimo conflicto como diariamente se presentaba, y las cosas iban en Nerbia de mal en peor.

Con los horrores de la digestión, Galafre y sus consejeros palatinos ordenaron se diera entrada a los emisarios del Cardenal y del conde de Conagón.

Los recibieron cortésmente, como exigía la fraternidad de las armas, y les ofrecieron un piscolabis y unas buenas jarras rebosantes de un blanco espumoso con agradable aguja. Pero los emisarios no

aceptaron la invitación, lo cual dió mala espina al lugarteniente y a sus compañeros.

Trataron de hablar de la temperatura, de las cosechas, etc., para dilatar cordialmente el parlamento, pero el eclesiástico pontificio se fué inmediatamente al grano, y mientras Tancredo el Tuerto no hacía otra cosa que afirmar con la cabeza, soltó todo el contenido de la embajada.

Galafre y los suyos —él pensaba que más que ser aquéllos los suyos era él quien era suyo, es decir, de ellos— quedaron consternados... Fué como si hubiera caído un rayo... Estaban aterrorizados, al saber que tenían presas a sus mujeres y sus hijas... Puede que, de ser ciudadanos, no les hubiera hecho tanta mella, pero eran aldeanos, y sus mujeres eran para ellos mucho más que esposas... en muchos casos, las que en sus casas o castillos disponían y gobernaban con mucho más acierto que ellos.

Estaban avergonzados al ver la astucia con que los habían ganado por la mano sus enemigos, con un ardid que toda su suspicacia de aldeanos no había sabido prever. Les daba rabia pensar cuánto se habrían reído de ellos al realizar la hazaña, y esta honrilla, herida de aquel modo, era aún peor que la cautividad de sus familias.

Estaban dudosos acerca de la conducta que observarían sus mujeres y sus hijas, en la cautividad, vigiladas y acompañadas de caballeros y donceles puli-

dos y decidores, avezados a las lides del amor, bien vestidos, perfumados, hábiles en cacerías y torneos, acostumbrados a todos los lucimientos y a todas las audacias.

Estaban irritados al ver que los trataban no de igual a igual, como enemigos, sino como rebeldes dignos de castigo, con el cual los amenaban, ofreciéndoles en el mejor de los casos un vergonzoso perdón, y en el peor, una muerte que no se podía imponer a los caballeros.

Estaban entre la espada y la pared.

Galaire, que, con el sueño, empezaba a soltarse de razón y de lengua, creyó poder encargarse de la respuesta.

Comenzó justificando la rebelión, como único medio de oponerse a las medidas vejatorias y dañosas acordadas por el Cardenal y por el conde de Conagón, que atropellaban brutalmente los derechos de las gentes aldeanas, de todos los estados y condiciones, para concluir en que la devolución de la libertad y restitución a sus hogares de las esposas y las hijas de los caballeros que se opusieron a aquellas medidas había de ser previa a todo acuerdo y a todo entendimiento entre las partes.

No estaba mal, para empezar, pero en el camino entre la exposición de motivos de la revuelta y la propuesta final, se embarulló de tal modo, que el eclesiástico romano, que lo había escuchado con una

sonrisa enigmática, declaró no haberse enterado bien, y le rogó se limitase a responder categóricamente si estaban dispuestos o no a entregar pacíficamente la ciudad.

Galafre empezó a tragar la saliva como si hubiera vuelto a su incapacidad aldeana, y los demás guardaban silencio.

Pero en aquel instante entró un villano del servicio de Palacio y entregó al señor lugarteniente un pliego sellado. Galafre pidió la venia a los presentes, se acercó a la ventana, rompió el sello y comenzó a leer, silenciosamente, con bastante trabajo, musitando con los labios y pasando el dedo por debajo del renglón. Tuvo que renunciar. Miró entre los presentes de su partido quién podría auxiliarle y dió, naturalmente, con el deán Evencio, cuya presencia, aturdido como estaba, no había advertido, y le entregó la vitela.

Evencio leyó reposadamente el mensaje y, concluída la lectura, llamó aparte a Galafre, y los dos hablaron un rato en voz baja.

Los emisarios aguardaban, impaciente el eclesiástico; indiferente, al parecer, el caballero.

Galafre, por fin, tomó un aire altanero de desafío, y dijo:

—Señores, nuestra respuesta ya la conocéis: decid al señor cardenal Legado, Arnulfo de Palmirania, y al señor conde Godofredo de Conagón, que

la devolución inmediata y en un plazo de veinticuatro horas, a partir de esta medianoche, de las esposas y de las hijas del lugarteniente del conde de Nerbia y de los caballeros de su séquito y hueste, a las que injustamente retienen como rehenes, es absolutamente indispensable para que podamos entrar en parlamento.

XXXI

Durante la partida de cetrería organizada para cazar los supuestos pájaros mágicos del supuesto —o auténtico— Plutón Barrabás, los cazadores se habían visto envueltos por los hombres emboscados de la hueste del conde de Aldrat.

En una breve escaramuza, sin daños graves por ninguna de las partes, los cazadores varones fueron dispersados y ahuyentados, y las damas rodeadas y cautivadas, conduciéndolas luego, con sus caballos y halcones, al más fuerte de los castillos del conde de Aldrat.

De este modo, quedaron en poder de éste no sólo las esposas y las hijas de los jefes rebeldes contra el cardenal Legado y el conde de Conagón, sino también las señoras de la familia de este último conde.

El de Aldrat se apresuró a poner este hecho en conocimiento del lugarteniente de Nerbia, proponiéndole la devolución de las esposas e hijas de él y de sus compañeros a cambio de una alianza contra el de Conagón y contra el Legado.

Evencio, el deán, consideraba con este motivo la versatilidad de la suerte y la inestabilidad de las cosas humanas. Así gira la incansable rueda de la loca fortuna... Ante tales mudanzas de los acontecimientos, no era descabellado pensar que el obispo Baldonio volviera de Roma nuevamente con mitra y corona condal, aunque sus enemigos, Conagón y Palmirania, lo considerasen imposible. Seguramente tenía razón el pueblo —«vox populi, vox Dei»— al esperar aquel feliz resultado de la peregrinación que tantos habían emprendido en pos de Baldonio.

Por otra parte, Evencio, estudiando el hermoso episodio de la captura de los rehenes de Conagón por las gentes de Aldrat, creía deber pensar una cosa distinta: aquel que corre en pos de una falsa ilusión, no debe achacar su fracaso a la fortuna. Las gentes de Conagón habían perdido sus preciosos rehenes, que hubieran acabado por obtener para ellos la entrega, sin batalla, de la ciudad de Nerbia, por haber querido cazar unos pájaros engañosos...

Ahora bien, si las cosas son así, ¿le sucedería lo mismo a los ciudadanos de Nerbia, devotos del obispo Baldonio, al soñar traerlo de Roma en triunfo, repuesto en su sede y en su señorío?

XXXII

Hermanrico corría desatentado en un caballo loco.

Al saltar un barranco, el bote fué tan fuerte y tan brusco, que el poeta, mal jinete, sin brida, sin silla ni estribo, salió lanzado, describiendo su cuerpo un gran arco hasta dar con la cabeza en algo duro.

Recobró el conocimiento en un cuarto triste y mal iluminado de una posada aldeana. Estaba acostado en un lecho tosco, con escaso abrigo, y con la cabeza dolorida y envuelta en trapos pegajosos. Al lado de la cabecera había una pequeña ventana. En medio del cuarto, que era grande y con otras camas, había una mesa, y sentado a la mesa, de espaldas a Hermanrico, había un hombre.

Aquel hombre, de largos cabellos negrísimos, estaba ordenando sobre las mesas unas cártulas de pergamino con figuras pintadas de brillantes colores.

Al cabo de un rato, aquel hombre se volvió:

Era Plutón Barrabás.

—¿Cómo os encontráis? —fueron sus palabras—

Suerte habéis tenido... Elegisteis el caballo del Viento... Si no os hubieseis caído, os hubiera llevado fuera de este mundo. Os advertí una vez que no siguierais los caminos peligrosos. Dad gracias a que hemos tenido pena por vuestra juventud.

—¿Conocíais aquel caballo?

—Había sido puesto en vuestro camino.

—¿Por vos o por vuestras gentes?

—El que camina a la perdición encuentra siempre los medios de llegar a ella.

—Mis intenciones son puras —a Hermanrico ya no le asustaba decir toda la verdad, y habló con franqueza—. No soy de vuestra raza, pero deseo unirme a vosotros... Venía a pediros que me recibieseis en vuestro pueblo. Estoy dispuesto a compartir vuestra vida, vuestro trabajo, vuestras costumbres, vuestras creencias... Es cierto que no soy más que un estudiante pobre, pero pertenezco al linaje de los Margraves de Inlandia.

—Entre nosotros no hay Margraves, ni caballeros, ni villanos. Todos somos iguales.

—Sin embargo, os tituláis duque de Egipto.

—Ese es un título que me dan los vuestros para distinguirme de algún modo; entre nosotros nadie me da ese nombre.

—Esa igualdad, por tanto, me favorece.

—Pero vuestra sangre os perjudica.

Calló un momento Hermanrico, meditando. Al fin, se arriesgó a decir:

—No puedo creeros. Me habéis hablado mal de las herejías que se propagaban en Nerbia, y os he visto predicando ideas semejantes en la iglesia de Santa Walafrida. Me habéis dicho que una rebelión de los aldeanos sería un gran peligro para la ciudad, y os he visto colaborando con los rebeldes. Censurabais la epidemia de brujería, y vos enseñabais la brujería a vuestra hermosa Alda.

Plutón Barrabás tomó en la mano una de las láminas de pergamino que tenía sobre la mesa y la alzó mostrándosela a Hermanrico:

—¿Veis esta figura? Representa un juglar de plaza pública escamoteando varios objetos con un cubilete. Es un ilusionista, un embaucador... Sin embargo, señala con una mano al cielo y con la otra el infierno... Dice verdad y dice mentira, dice mentira y dice verdad. ¿Le creeréis o no le creeréis?

—Trataré de separar la verdad de la mentira.

—No lo conseguiréis. Una y otra andan mezcladas en el mundo de un modo inexplicable; el que algo quiera realizar, ha de valerse de las dos.

—Pretendéis, pues, realizar algo difícil.

—Mientras los ciudadanos de Nerbia escuchaban a un monje en Santa Walafrida predicar doctrinas que enloquecen sus cabezas con esperanzas de un paraíso en la tierra, los aldeanos sorprendían los cuer-

pos de guardia en las puertas de la ciudad, para que los que quedaban fuera pudieran entrar sin lucha. Mientras un jefe entre los jefes de los aldeanos entraba por la puerta principal con el grueso de la fuerza, los verdaderos hombres de ese jefe sacaban a Alda del monasterio sin producir víctimas ni destrucciones... Todavía veréis cómo ese jefe consigue, sin grandes daños, y por medio de otros, sus secretos propósitos... Es lo contrario del obispo Baldonio, que opera de un modo directo y a la faz del mundo, exponiendo su persona y su alma a la execración. Este jefe, al revés, obra por acción indirecta y secreta, como obran las fuerzas de la Naturaleza para realizar sus maravillas.

—¿Qué es, en suma, lo que os proponéis?

—Tengo una misión que realizar en el mundo, y debo realizarla.

—¿Quién os ha confiado esa misión?

—Dios, el Destino, el Acaso, el Capricho... ¿Quién sabe?

—¿Cómo habéis llegado a conocerla?

—Por este libro, una de cuyas páginas, la primera, os he mostrado. Este libro, de pocas hojas, contiene todas las ciencias conocidas y las que aún no conocen los hombres. No hay escrita en él ni una sola letra; solamente figuras; un hombre que no sepa leer, puede entenderlo si posee la clave. Otro que sepa latín, griego y hebreo, que haya estudiado todas las

Facultades, si no posee la clave, no lo entenderá... Cada figura puede interpretarse de los más diversos modos, según la ciencia a que se aplique: con una interpretación, el libro os hablará de los astros; con otra, de los hombres; con otra, de los deberes; con otra, de los metales; con otra, de la política.

—Pero no me decís cuál es vuestra misión...

—Cada cosa ha de volver a su lugar al que Dios le ha asignado al principio de las cosas...

Plutón Barrabás se dirigió a un arca que había en un rincón de la estancia, y sacó de ella una redoma de cristal, cerrada con cera, y se la mostró a Hermanrico. En la redoma se superponían varios líquidos de colores diferentes, enteramente separados unos de otros.

—Esto representa los cuatro elementos, en situación natural: abajo la tierra, encima el agua, luego el aire, por fin el fuego.

Entonces agitó fuertemente la redoma, y los líquidos se mezclaron y confundieron en una masa confusa, uniforme, de color sucio.

—¿Veis? Hemos agitado la redoma, y todo se ha fundido, tal como se hallaba en el caos, que precedió al mundo ordenado que llamamos Universo... Es preciso dejar la redoma en reposo, para que los elementos vuelvan a ordenarse.

La puso sobre la mesa y, en efecto, al poco rato

se fueron separando los líquidos y quedaron en su anterior situación.

—Lo que pasa con los elementos, según nos enseña este ejemplo verdaderamente infantil, sucede igualmente con las cosas humanas. Dios les ha dado una disposición en sus comienzos, como la de los elementos de la Naturaleza, como la de los líquidos de la redoma. Viene el hombre, agita la redoma y todo lo revuelve y confunde, como en el caos... Por eso es preciso volver las cosas a su situación natural; toda cosa debe volver a su lugar, al que le ha sido asignado en su origen.

—Eso mismo me habéis dicho otra vez. Pero me habéis dicho también que las épocas de perturbación en las cosas humanas, las épocas en que el hombre, siguiendo vuestro símil, agita la redoma, son las más propicias para hacer que las cosas vuelvan a su lugar. ¿Cómo puede ser eso?

—Lo contrario llama a lo contrario, y con tanta mayor fuerza de atracción cuanto más violenta es la tensión entre ambos. Ninguna agitación ha conseguido jamás su objetivo; ninguna ha producido efecto beneficioso ni perdurable, nunca ha conseguido sino empeorar los males cuyo remedio procuraba... Cuando avanzábamos sobre Nerbia, vino el santo Ascanio a hablar con Galafre, y le puso de relieve estas verdades. No consiguió detenernos... Estaba yo allí para impedirlo.

Quedó un momento meditando Plutón Barrabás. Luego dijo:

—Cada cosa debe volver a su lugar... Por lo tanto, Baldonio debe volver a ceñir la mitra de Nerbia y la corona condal. Yo he trabajado mucho para conseguir esto.

—¿En Roma también?

—Roma está, por ahora, fuera de mi campo de batalla.

—¿Y por qué deseáis tanto que vuelva Baldonio?

—Por lo mismo que deseé la vuelta de Alda a su pueblo: porque cada cosa debe volver a su lugar.

—¿Y por eso habéis predicado la herejía en Santa Walafrida?

—Cuando vuelva Baldonio, los herejes volverán a su primitiva fe.

—¿Cuál es vuestra fe?

—Tengo muchas; ¿por cuál me preguntáis?

Hermanrico quedó esta vez tan perplejo, que se calló.

Plutón Barrabás se volvió a la mesa y reanudó su trabajo con las láminas.

Hermanrico, fatigado y confuso, volvió a su primera idea. Tenía la cabeza dolorida, pero aquello que había sentido en los días anteriores, aquella presencia extraña sobre su cabeza, aquel diablo o aquel ángel, había desaparecido... Hasta ahora no se había dado cuenta, efecto, sin duda, del golpe, y, al reco-

brar el conocimiento, de la sorpresa de encontrarse allí, en la habitación de Plutón Barrabás. Pero ahora se notaba libre y dueño de sí, y en cuanto a la caída, no había debido de ser grave. Se sintió inexplicablemente alegre y valeroso. Preguntó, por último:

—¿Me admitiréis, al fin, en vuestro pueblo?

Plutón Barrabás se levantó y vino hacia la cama:

—Si cada cosa debe volver a su lugar, vos debéis volver a Nerbia... En cuanto a la hermosa Alda, ni Baldonio ni vos la veréis más.

XXXIII

En el castillo de Conagón se había sentido Rosinda muy acongojada. La nueva vida regular, de ama de casa, que había empezado, y a la que había comenzado a acostumbrarse, se interrumpió con aquella desagradable aventura. Ya echaba de menos la pobre casa de Galafre, en medio de la vida de corte, con sus fiestas y diversiones. A ella se dirigían preferentemente los homenajes y galanteos de caballeros, poetas y donceles. Su hermosura y distinción brillaban entre las de las otras prisioneras. Sin embargo, nadie había mostrado con ella un atrevimiento que traspasase las reglas de la más estricta caballería.

Con todo, Rosinda se encontraba en un estado de espíritu como el del demente, curado de su locura, al que hubieran vuelto a meter en una casa de locos.

Prefería la normalidad de la vida aldeana. Como toda mujer que ha corrido aventuras, encontraba ya gustosa y apacible la jubilación como perfecta casada.

Cuando las gentes del conde de Aldrat apresaron a

los rehenes, Rosinda experimentó primero un susto mayor que cuando la sacaron de casa de Galafre; después una alegre esperanza, creyendo que serían restituídas inmediatamente a sus maridos.

Al fin, se enteró de que ellas eran base y fundamento de una gestión diplomática, y esperaba con impaciencia el término de las negociaciones.

En el castillo de Sandberg, donde el conde de Aldrat las había alojado, bajo el cuidado de su esposa, las cosas no se comportaron como en Conagón.

La condesa de Aldrat, dama de linaje real, las recibió con altanería. La acogida en el castillo fué obsequiosa y espléndida, pero fría. No hubo fiestas ni diversiones.

Se reunían en una gran sala, presididas por la condesa, en su alto sitial, e hilaban, escuchando la lectura de vidas de santos, y, por excepción, los días de fiesta, de poemas heroicos.

Así pasaron muchos días, hasta que llegó un momento en que, con gran trompetería y ruido de caballos en el patio de armas, apareció el conde con su acompañamiento.

El conde era más joven que la condesa, muy apuesto y pulido, vestido con riqueza y elegancia. Saludó a las damas muy gentilmente, y desde el primer momento se le fueron los ojos tras Rosinda. Le dirigió alabanzas y frases en extremo corteses y presuntuosas. La había reconocido y su pecho se llenó

de envidia retrospectiva por la suerte del obispo Baldonio. El la merecía mucho mejor, a su juicio; por lo tanto, no le sería difícil heredar aquella joya. . Era muy nervioso y de sangre ardiente.

Al siguiente día, cazó, y a la vuelta regaló a Rosinda la más hermosa pluma de garza, acompañada de un prendedor de oro con turquesas. Las damas capturadas se sentaron aquella noche, por primera vez, a cenar con el conde y con la condesa.

Luego el conde pidió una prenda a Rosinda. Rosinda, que al fin y al cabo se consideraba prisionera, creyó conveniente entregársela. Le dió un adorno de su cabeza.

Aquello animó tanto al conde de Aldrat que, en una reunión de la que estaba ausente la condesa, le declaró su amor. La respuesta de Rosinda fué tal, que el conde quedó frío. Pero no por eso cejó en su empeño.

La condesa se dió cuenta en seguida de aquellas ocurrencias, y sus celos fueron terribles. Esperó una ocasión para tomar venganza.

Una noche, después de una cena fuerte y abundante, el conde persiguió a Rosinda, cuando todos se retiraban a sus habitaciones. Penetró tras ella en la cámara aislada donde dormía. Cayó de rodillas a sus pies. Rosinda había bebido un vino muy fuerte, preparado con especias, que sirvieron en la cena, y

se encontraba tan mareada que no acertó a responder... Se sentó, cansada, en el borde del lecho.

El conde interpretó mal aquella actitud y se acercó a ella tanto, que Rosinda le sacudió un bofetón tremendo, que dió con él en tierra cuan largo era.

En el momento del golpe se abrió la puerta.

En ella apareció la condesa, con un candelero encendido en la mano... La bofetada de Rosinda interrumpió las negociaciones.

XXXIV

Los de Conagón estaban indignados por la sorpresa. Como siempre sucede en estos casos, se hablaba de traición. El traidor, por lo menos en la ejecución material, no podía ser más que uno: aquel juglar que lanzó los supuestos pájaros y propuso que fuesen cazados al día siguiente.

Todos habían llegado a suponer que se trataba de aquel Plutón Barrabás, de quien todo el mundo hablaba y a quien nadie había visto nunca.

Si lo era, esta vez sí fué encontrado. Lo sorprendieron cazando hormigas en el parque del castillo.

Declaró llamarse Plutón Barrabás, duque de Egipto, jefe de todos los vagabundos.

El conde de Conagón quería ahorcarlo inmediatamente, pero el cardenal Arnulfo se interpuso, alegando que era a la autoridad eclesiástica a quien correspondía juzgarlo, pues era el mismo cardenal quien lo había mandado prender por brujo. La cuestión de jurisdicción duró varios días. Al fin llegaron

a un acuerdo, decidiendo que actuasen las dos, y en su consecuencia, que Plutón Barrabás fuese ahorcado y quemado. Pero entonces, el conde quería que fuese ahorcado primero, y después quemado, y el cardenal sostenía que debía ser quemado primero, y ahorcado después. Estuvieron otros cuantos días discutiendo.

Al fin, el conde de Conagón resolvió el asunto, haciendo colgar a Plutón Barrabás de una almena de la torre, pretextando que había escasez de leña en el castillo.

XXXV

El camino de Nerbia hasta Roma era muy largo, inmensamente largo.

Se atravesaban climas y países, lenguas y fronteras, ríos y montañas, bosques y llanuras, pontazgos y barcajes, caminos fangosos y calzadas difíciles. Se iba de señorío en señorío, de iglesia en iglesia, cambiando de gobiernos y de moneda, de leyes y de costumbres.

Baldonio, fatigado, dolorido por las heridas de sus pies y el peso de sus cadenas, caminaba muy despacio. Le costaba sostener su cuerpo, y mucho más sostener su ánimo. Su voluntad se levantaba a veces, como antaño, cuando fué capaz de todo, y después caía, lamentablemente, dudando del éxito, decidiéndose casi a abandonarlo todo, a tenderse en el borde del camino y dejarse morir... Al fin y al cabo, no era viejo, pero había vivido bastante; para componer una vida como la suya, había que reunir muchas vi-

das humanas. Y aunque se dejase morir en el camino, habría tenido un final trágico y grandioso.

Trágico y grandioso... Lo que no había realizado, lo había osado y ahora perecía en la demanda, sin ceder.

¿Qué pensarían todas aquellas gentes, que le seguían llenas de fe, si se dejaba morir en el camino?... Pensasen lo que pensasen, nada importaría, no podían arrebatarle la satisfacción interior de morir en la empresa más audaz a que ningún hombre se hubiese lanzado, consciente de perseguir casi un imposible, aunque la abandonase de pronto, y prefiriese la muerte para ahorrarse un poco más de dolor... Moriría contento, cualquiera que fuese la opinión que sus devotos formaran de él. Él estaba hecho para atreverse a todo, pero no estaba hecho para el dolor.

Al mismo tiempo, pensaba que ya lo había sufrido todo: en el delirio de la fiebre, él había medido todo aquel camino con su cuerpo, en el cual todavía conservaba las señales. Le había arrastrado una fuerza desconocida, y era maravilla que no podía comprender, aquella fuerza del sueño sobre su físico, aquellas señales que su espíritu, extraviado en una noche de enfermedad, había impreso en su cuerpo... Acaso por aquel delirio, iba ahora camino de Roma; acaso aquel sueño doloroso tiraba de él, como Finamor, entonces y ahora, llevando la cuerda atada a su cuello.

Acaso lo de ahora fuera sueño también, y todo lo que había pasado, acaso fuera continuación del delirio, y si se dejase caer para morir, como había pensado, acaso despertara en su lecho de palacio...

Si se dejase morir, ¿qué pensarían los devotos que venían en pos de sus pasos?... Su muerte sería, para ellos, la muerte de un santo. Le rodearían con lágrimas copiosas, arrancarían trozos de sus vestidos, fragmentos de sus cadenas, pedazos de su báculo, los besarían con devoción y los llevarían para curar a los enfermos con su contacto. Su cuerpo santo sería conducido a Nerbia en triunfo, sería inhumado en la catedral con los otros obispos, pero sobre su sarcófago habría un altar en el que dirían misas. Su nombre sería invocado contra los demonios, su vida prodigiosa sería referida en libros latinos y en cantos populares.

Claro que el Papa no autorizaría su culto. Allí estaba el cardenal legado, Arnulfo de Palmirania, para impedirlo; pero ¿quién puede contra los sentimientos obstinados del pueblo?

¿Cuál era mayor triunfo: conseguir, con el perdón del Papa, la restitución de su mitra y su condado, o ser venerado como santo a despecho del Pontífice?... Imponerse a los fieles como santo, como falso bienaventurado, engañándolos, haciendo creer lo que no era a generaciones y generaciones hasta el fin del mundo, sobrevivir en el corazón de los fieles, dentro de doscientos, de quinientos, de mil años,

cuando ya se hubiera perdido su memoria como obispo de Nerbia, cuando ya acaso Nerbia no existiese: he aquí una idea grandiosa, una idea verdaderamente digna de Baldonio de Strandia...

Conde y obispo podía serlo veinte, treinta años más, acaso. Santo, mientras hubiese hombres.

Pero ¿qué importaba? Los devotos podían besar sus huesos durante miles de años, pero Baldonio —San Baldonio— se habría desvanecido en el no ser... ¿Quién gozaría, pues, de aquel triunfo inaudito?

¿Qué valía más: la vida o la idea? ¿No era mejor un solo día de vida que todos los sueños colocados en un futuro que no se ha de alcanzar?... Sobrevivir en la memoria de los hombres, aunque sea en su culto, aunque sea en su adoración, ¿es eso sobrevivir?... Sueño, fantasía, falsedad, cuando no se vive con la carne, con la sangre cálida y los sentidos despiertos, con la avidez satisfecha, pero anhelando siempre más.

Le desazonaba un poco aquella realidad del sueño que aún sentía en su cuerpo... Le hacía dudar, por momentos, rapidísimos como relámpagos, de cuál es la verdadera realidad.

En el recuerdo, sólo se le presentaba ahora aquel doble sueño de su delirio, con una vividez tan palpable como este viaje de ahora, tan semejante en el fondo. Se decidía, tercamente, obstinadamente, por la realidad carnal, por la realidad dura de este mun-

do, del mundo sensible; pero eran semejantes una y otra realidad...

Otras veces, vencía Baldonio su debilidad con el tesón de sus mejores momentos, con la decisión sin réplica de sus órdenes y de sus actos de otro tiempo; iría, en su intento, hasta el fin, sin dejarse vencer ni alucinar por nada.

XXXVI

Largo era el camino de Roma, pero la gente no se cansaba, porque llevaba delante el grupo admirable de Baldonio y Finamor, entre la escolta del duque de Strandia.

Con la fatiga, parecía crecer el fervor de los devotos, que iban recitando oraciones y entonando cánticos de piedad... Admiraban la sumisión y caridad de Finamor hacia su tío y les producía gran edificación. Entre sí se decían unos a otros:

—Es su Ángel de la Guarda, es su Ángel de la Guarda.

Los días sucedían a los días. Los devotos iban gastando sus dineros, muchos pedían limosna en las granjas, en las aldeas y ciudades, y las gentes, llenas de piedad, les henchían las bolsas para que comiesen.

Roma estaba muy lejos, parecía que estaba cada vez más lejos.

Un día, alguno observó como una luz que saliera

de la cabeza de Finamor... Y se lo comunicó a otro:

—Es el Angel de la Guarda del señor Baldonio —le respondieron—. Esa es la verdad. Dios nos lo ha querido ocultar hasta ahora.

Más adelante, se manifestó un hecho extraño: un grupo de peregrinos primero, después muchos más, veían la figura de un Angel sobre la cabeza de Finamor. Una figura blanca, muy ligeramente coloreada, un poco difusa y como envuelta en luz.

Al pasar los días, la figura se hizo más patente, y llegaron a verla todos... Los comentarios eran constantes y diferentes:

—Es el Angel de la Guarda; pero ¡cómo es diferente del señor Finamor, si éste es efectivamente el Angel? —decían unos.

—Es una figura puesta por Dios, para que veamos quién es el señor Finamor —decían otros.

—Son personas distintas —era la tercera opinión.

Los guardianes enviados por el duque de Strandia estaban maravillados y acontecidos; se comportaban más como escolta de honor que como conductores de un preso.

Los más decididos de los peregrinos se atrevieron a abordar a Finamor durante el descanso de mediodía. Le refirieron lo que veían y las opiniones de la gente.

Finamor protestó con humildad:

—Sed sensatos. Soy un hombre como vosotros, de

carne y hueso como vosotros, nacido de mujer como vosotros, hijo del Conde Auberto y de la Condesa Ismunda, pariente por la sangre del señor conde-obispo Baldonio, a quien acompaño en la desgracia, como le acompañé en la fortuna, porque es mi tío y mi protector, hermano de mi madre. No penséis locuras. No veáis fantasías, sed devotos y humildes, rogad por vuestros pecados, rogad por mi tío, rogad por la ciudad de Nerbia y por mí.

—Señor —le dijeron—, sin duda parecéis un hombre como nosotros, y puesto que lo aseguráis, lo sois; pero la presencia del Angel sobre vos es demasiado evidente; nadie ni vos mismo, puede negarlo.

—Sin duda, Dios puede hacer que lo veáis. Es demasiado sabido que un ángel acompaña a cada uno de nosotros; no tiene, pues, nada de particular que el mío venga conmigo y con mi tío el suyo. Dios puede querer recompensar vuestra fe y vuestra caridad con mi tío y señor, permitiendo que gocéis con la vista de cualquiera de los dos. Pero, en todo caso, no soy el Angel, sino que somos personas enteramente distintas.

Se retiraron satisfechos. Pero iban pensando que, si Finamor no era un Angel, indudablemente era un santo, puesto que se obraba aquel milagro en él. Y era evidente que el obispo Baldonio se encaminaba a Roma guiado por un ángel.

Baldonio, que había oído la conversación, se ca-

lló astutamente, y tuvo aquello por un acontecimiento favorable... Pero volvía a presentarse la coincidencia con el delirio de la fiebre, y esto no dejó de inquietarle.

En realidad, había visto aquello por dos veces, en su delirio: una vez era Finamor quien lo llevaba a Roma a rastras, por cierto, y Finamor era su Angel de la Guarda. Otra vez era su pequeño diablo que él llamaba Satanás, por halagarle, quien le conducía.

¿Quién era realmente ahora? ¿Cómo podía ser un ángel quien lo condujese, si él llevaba un propósito contrario a todas las intenciones de los ángeles?... Bien es verdad que no creía él que hubiese ángeles, pero si los sueños correspondían a la realidad, como parecía al realizarse en esta forma su delirio de enfermo, o si los sueños, como parecía otras veces, tenían una realidad propia, entonces aquellos sueños de la gente vulgar acerca de los ángeles y de los demonios, alguna realidad tenían...

Baldonio, a pesar de la firmeza de su cerebro, no sabía qué pensar... Su vida misma era demasiado prodigiosa para que se permitiera negar nada en redondo.

¿Y si Dios existiese? ¿Y si Dios le llamase, y si hubiese cielo e infierno, y si Dios hubiese mandado aquel ángel para guiarle, si todo aquello que era lo contrario de su vida, de sus deseos, de sus cuidados,

de sus placeres, de sus ambiciones, de sus odios, de sus propósitos, de todo lo que llevaba dentro del alma, fuese verdad?

Si fuese verdad todo lo contrario de lo que para él había sido el mundo, todavía él desearía negarlo y rechazarlo... Pero tenía que confesar, allá tan adentro que casi no podía llegarse, que si así era, había perdido enteramente toda su vida... Aunque se empeñase en apostar contra la verdad, la apuesta estaría perdida de antemano... Y, aunque no lo quería pensar, pensó:

«Si estoy jugando a perder, acaso poco importe perder el cielo, acaso poco importe ir al infierno: pero haber dado toda la vida, toda, a la nada... Ver de una vez el vacío absoluto de todo lo que fué algo para mí, sentir como si no hubiese existido nunca...»

Entonces, acaso por primera vez en su vida, tembló de verdad.

XXXVII

Roma está muy lejos, pero quien anda, a Roma va.

Un día, al fin, los peregrinos llegaron a la vista de Roma. Se divisaba la ciudad allá lejos, con sus murallas y las torres de sus innumerables iglesias Lejos aún y difuminada en la neblina, ya estaba allí. El viaje había terminado.

En aquel lugar descansaron tres días.

Ocupaban vasto terreno, con tiendas y toldos, con enseres y hogueras. Saludaban con oraciones al sol de la mañana. Se alegraban y mutuamente se daban el parabién. Cantaban, animados, cánticos en latín. La gran esperanza llenaba todos los corazones.

El Padre Santo, oídas las palabras de confesión y de penitencia del arrepentido Baldonio, levantaría la diestra, con que rige los destinos espirituales del mundo, la mano que guía a las naciones, la mano que abre y cierra las puertas del cielo, y lo bendeciría, absolviéndolo de todos sus pecados, levantándolo la excomunión y todos los anatemas, y haciendo des-

cender sobre su cabeza todas las indulgencias. En seguida, le restituiría todas sus dignidades, le devolvería las insignias episcopales y la corona condal, y llamándole «hermano», le daría el ósculo de paz, y lo enviaría, con todos los honores, a su diócesis de Nerbia, que lo esperaba llena de ansiedad.

Comenzaría entonces un tiempo feliz, un tiempo de paz como no se viera nunca, una era de caridad y de justicia, de tranquilidad y de sosiego, que sería ejemplar para todos los cristianos.

En el alma de Baldonio había, por el contrario, una tremenda ansiedad, un temor angustioso a haber perdido todas las inmensas fatigas de un viaje inacabable, una duda cruel que lo hacía desconfiar de sus facultades y de sus recursos, de sus ingeniosos embelecos. Consideraba la profunda ciencia de la vida y el infalible conocimiento de los hombres que poseían los dignatarios de la Corte Pontificia y los consejeros íntimos de Su Santidad... Además, en Roma, en el Papa y en la Curia, había un algo misterioso, un poder omnímodo en lo referente a las almas, unas luces extraordinarias para todo lo que pasa en el corazón humano, una autoridad que no se equivoca, que procede lentamente, muy lentamente, pero que da siempre en el blanco.

Lo conocían en Roma. En Roma tenía enemigos poderosos: cardenales, príncipes, obispos y abades de varias partes del mundo. Mensajes rápidos y se-

cretos de sus enemigos de Nerbia y de sus territorios limítrofes podrían estar llegando a Roma en cualquier momento; ya había interceptado él muchos, cuando tenía poder. Los informes de Arnulfo de Palmirania serían, seguramente, torcidos y venenosos.

Finalmente, en los últimos días de su estancia en Nerbia, él se había manifestado torpe. Se había dejado coger en la trampa, merced a un arrebato de ira y de deseo. Es verdad que había enmendado su yerro de una manera magnífica, pero fué metiéndose, a sabiendas, en una trampa mucho más temible.

De todos modos, estaba echada la suerte; ya no era tiempo de tenderse a morir al borde del camino; ahora había que afrontar reciamente la situación. Siempre había gozado con estos desafíos a la suerte y a los hombres; pero allá era un gigante entre pigmeos, y aquí era un hombrecillo diminuto ante titanes.

Hizo todo lo posible, aprovechando aquel descanso, por armarse de valor. Sus devotos le trajeron carne de oso y vino dulce y fortísimo, que hacía hervir la sangre y exaltaba los nervios. Casi se creyó en su mesa de Palacio.

XXXVIII

Terminada la segunda jornada de descanso, Baldonio dormía intermitentemente bajo su tienda. En un lecho más bajo, descansaba su sobrino.

Finamor había cambiado mucho en el viaje. Sin perder su excepcional belleza, ya no tenía aquel aspecto de tierna adolescencia. Su rostro se había puesto un poco anguloso y masculino, su dulzura se iba convirtiendo en gravedad, su porte se iba volviendo casi majestuoso; su carácter firme, su resistencia física llamaban la atención.

Antes de la medianoche se puso en pie el joven y se acercó a su tío:

—¡Señor!, os ruego que os levantéis. Deseo que hablemos solos, lejos de todos. Es a vos a quien importa, amado tío. Abrigaos y salid conmigo. Un pequeño esfuerzo más, solamente; mañana descansaréis todo el día.

Nunca le había hablado así su sobrino; Baldonio estaba intrigado.

Se levantó y le siguió trabajosamente. Caminaron en silencio por el campo, bajo la noche, en dirección a Roma, despacio, pero sin detenerse. Anduvieron y anduvieron, hasta hallarse cerca de las murallas imponentes.

Baldonio se encontraba con todo lo que había visto en sueños. Todo era igual.

Anduvieron un poco más, y se sentaron en unas piedras que parecían pertenecer a unas ruinas. Había una luna velada por la niebla. Las murallas se recortaban en negro profundo, sobre una noche semiclara. En la muralla, frente a ellos, había una puerta. Aquella puerta estaba obstruida con paja.

—Tío —dijo Finamor gravemente—, siempre he sido con vos sumiso y obediente. Os he obedecido siempre, sin hablar. He sido callado hasta parecer taciturno. Era casi un niño cuando vine junto a vos, pero ahora me he convertido en un hombre.

Calló y sólo le respondió el silencio de la noche.

—Tío —volvió a decir—, os quise siempre, a pesar de vuestra dureza y vuestra brusquedad... A pesar del poco caso que me hacíais. Pero tampoco tengo queja de vos... Os quiero, porque sois hermano de mi madre. Ella es la única persona con quien habéis sido bueno, desde vuestros juegos de la infancia, pues si lo habéis sido conmigo, ha sido por ella. Ha sido ella la única persona a quien habéis querido.

Baldonio meditaba, y en sus recuerdos volvía a su infancia, al parque del palacio de los Príncipes de Strandia, cuando él era un niño inocente, como Finamor... ¡Qué diferente era ahora de lo que era entonces!, ¡cuántas maldades, cuántas acciones de las que los hombres califican de criminales, de las que condena la Iglesia, de las que condenan las leyes, de las que reprueba el sentimiento de las gentes y que ofenden su razón!

—Tío —insistió Finamor—, antes me limitaba a obedeceros, porque no era más que un niño; ahora, que soy un hombre, desearía ayudaros.

Levantó Baldonio la cabeza y miró a Finamor. Serían los efectos alucinantes de la noche, pero le pareció que la cabeza del joven tenía cierto resplandor... Se acordó de las voces que decían: «Es tu Angel de la Guarda, es tu Angel de la Guarda»... Se acordó de la figura de ángel que los devotos aseguraban haber visto sobre la cabeza de su sobrino, y se avergonzó de su debilidad; temió caer en aquellas visiones propias de la gente ignara, y trató de sacudirse la idea de la cabeza.

Finamor lo miró fijamente:

—Tío, ¿quieres que, con mis fuerzas, aunque flacas; con mis deseos, no sé si bastante fuerte, te ayude en este trance?

—¿Qué puedes hacer tú por mí, hijo mío?

—Deja que sea yo quien te haga pasar por la Puerta de Paja.

Baldonio se estremeció recordando sus delirios de enfermo: aún llevaba sus señales en el cuerpo, y sobre todo, la Puerta de Paja estaba allí...

La debilidad interior, la debilidad del espíritu, volvía a apoderarse de él. Duda, miedo, cansancio, desánimo, vergüenza y pesar... Duda del futuro y del pasado... Dentro de él se desmoronaban fortalezas inexpugnables, torres de granito, de acero y de bronce, cuyos escombros eran paja también... Le pareció que en su pecho endurecido penetraban todas las oraciones, todas las lágrimas, todos los lamentos, todos los clamores, todos los cánticos de la multitud que los seguía... Le pareció que en su corazón de piedra penetraban las palabras de Finamor.

Con un temblor en la voz, Finamor cayó de rodillas ante Baldonio:

—Tío y señor, permite que sea yo quien te ayude a pasar la Puerta de Paja.

Y Finamor se echó a llorar.

Baldonio nunca había experimentado un sentimiento semejante: un enternecimiento que ablandaba todo su ser, que iba a disolver su obstinación y a dejarlo desarmado para siempre... Todavía trató de reaccionar, todavía se irguió su busto inclinado

bajo el peso de las cadenas, todavía centellearon sus ojos.

—¿Qué podrás tú, pobre muchacho —preguntó tristemente—, que yo no pueda?

—No puedo —respondió exaltado Finamor— lo que podéis vos; puedo, en cambio, lo que vos no podéis.

Baldonio le interrogó con la mirada.

—Tío —continuó Finamor—, fiaos de mí. Puedo lo que vos no podéis porque quiero lo que vos no queréis... lo que vos, hasta ahora, no queríais. Sé perfectamente que vuestro arrepentimiento no fué sincero, que queríais el perdón para recobrar vuestra vida, que no creéis en Dios... Vuestro propósito era recobrar el poder; pero yo quiero lo contrario. Los que nos siguen, desean que volváis a vuestra silla, pero creen en vuestra conversación y ruegan a Dios por vos, y yo os lo aseguro: Dios los ha oído.

—Si Dios existe —dijo Baldonio, caído en el mayor abatimiento—, ¿cómo va a perdonarme?

—Basta que vos lo queráis.

Calló un momento Finamor, y luego cogió la mano de su tío y le hizo levantar.

—Venid conmigo— le dijo.

Y lo condujo hasta la puerta.

Baldonio se encontró de nuevo ante la Puerta de Paja. Ante aquella puerta enigmática, la muda, la desesperante Puerta de Paja. Ante aquella puerta

contra la que se estrellaron en dos sueños delirantes sus deseos, sus avideces, su omnímoda voluntad. Aquella puerta que lo cerraba todo, que cerraba todos los caminos, a la cual iban a dar y en la cual terminaban todos los caminos, aquella puerta maldita, aquella puerta rabiosa.

—Tío —dijo Finamor, tuteando a Baldonio como los predicadores, pero a Baldonio nunca le habían dicho nada los predicadores... —Tío, he aquí la Puerta de Paja. Estás, como en tus sueños, ante ella... Una de dos: detrás de esta puerta, está Roma o está la Nada. Si está la Nada, todo ha sido delirio y absurdo, y nada ha existido: ni el mundo, ni los hombres, ni Nerbia, ni la mitra, ni el poder, ni los honores, ni los placeres, ni los triunfos, ni tú mismo; Baldonio no habrá existido, no han existido tus amigos ni tus enemigos. Un sopio, y todo sueño habrá desaparecido... Te has creído la única realidad del mundo, y he ahí la realidad del mundo.

Un escalofrío agitó violentamente el cuerpo de Baldonio ante aquella idea, que siempre le había causado terror.

—Si lo que hay tras de la puerta es la Nada, lo que la puerta cierra, todo lo que termina en la puerta, es vano y sin realidad. La puerta se abrirá en cualquier momento, y serás tragado por la Nada, en la que acaba todo, de la cual ninguna cosa se ha separado realmente jamás.

»Pero, si detrás de la puerta está Roma, entonces existe Baldonio, existe Finamor, existe el pueblo de Nerbia, que viene en pos de ti, existe tu pasado, y todo el pasado, existe el porvenir, porque existe Dios. Nada puede salir de la Nada si no hay Dios.

»Si hay Dios, existe el mundo, existen los hombres, existen los que te aman y los que te odian, existen el placer y el dolor, existen el bien y el mal, existen el cielo y el infierno, existe la eternidad... Entonces este suelo que nos sustenta, es verdadero suelo; ese cielo que está sobre nosotros, es cielo verdadero; estas murallas delante de nosotros, son verdaderas murallas de piedra verdadera.

»O lo uno, o lo otro. Ahora, tú mismo, tú solo has de decidirte. Medita y elige.

Y Finamor se calló.

Baldonio, frente a la Puerta de Paja, había quedado sin fuerzas para resistir. Todas sus torres se habían derrumbado, y en la debilidad interna que sentía, en la disolución de su dureza, que se ablandaba hasta las lágrimas, sentía una dulzura enteramente nueva que le arrebataba. Admiraba la profunda sabiduría de aquel joven, cuyas palabras le penetraban hasta lo más hondo de su alma. Se sentía pequeño e inocente, como cuando jugaba con su hermana Ismunda en el parque de Strandia; comprendía que allí estaba la verdadera vida que él había perdido miserablemente.

Ahora fué él, Baldonio, el soberbio, el incrédulo, el impenitente Baldonio, el que cayó de rodillas a los pies de su sobrino:

—Finamor hijo mío, ayúdame a pasar la Puerta de Paja... Quiero ir contigo a pedir perdón a Dios.

Cuando llegaron de vuelta a las tiendas, estaba amaneciendo.

XXXIX

Después del tercer día, se levantaron al albor de la mañana y emprendieron la caminata final. Reinaba entre los peregrinos un alborozo extraordinario. El sol salió radiante, sobre una campiña que para todos ofrecía la mayor novedad. Se oían ya las campanas de las iglesias de Roma. Los caminos estaban llenos de viajeros.

Avanzaron hasta la puerta, que ya no estaba obstruída con paja, sino franca y anchurosa.

—¡Roma! ¡Roma! —gritaron todos.

Anduvieron calles y plazas entre la gente, cantando el «Te Deum.» No se detuvieron hasta tropezar con un magnífico cortejo.

Hábitos y vestiduras litúrgicas, caballos engualdrapados, pendones y cruces, armas y armaduras, prelados y monjes. El Padre Santo era conducido en andas en una silla de oro, y llevaba en la mano las llaves de San Pedro, las llaves del cielo. El era quien podía abrirlas y cerrarlas. Era un anciano

todo blanco, de rostro y manos y cabellos blancos. Su expresión era dulce y bondadosa. A sus lados llevaban abanicos con plumas blancas. Repicaban todas las iglesias de Roma, y también parecía blanca la voz de las campanas. Una alegría como de alas de ángeles volaba sobre la ciudad. El cielo era límpido y clarísimo, el sol derramaba una luz como de oro. Todo brillaba en todas partes.

Los peregrinos se arrodillaron al paso del Pontífice, y el anciano blanco los bendijo al pasar. Bajo aquella bendición, Baldonio lloró copiosamente. Después que pasó el Padre Santo, los peregrinos prorrumpieron en vítores, y luego siguieron al cortejo.

Iban llenos de alegría y esperanza; a pesar de las penalidades sufridas, todos los rostros estaban radiantes.

Fueron ante el Palacio Pontificio, a esperar impacientes su regreso.

Mientras tanto, el caballero Lanfredo de Danberga, que mandaba la escolta que custodiaba a Baldonio, se puso de acuerdo con el jefe de los guardias del Papa, para solicitar audiencia. Era portador de un pergamino, de parte del cardenal Arnulfo de Palmirania. Ante esto, le dijeron que Su Santidad los recibiría el mismo día.

Hubieron de esperar hasta la tarde. Primero, entró Lanfredo de Danberga, con el pergamino. La Corte papal se enteró de quién era el que venía, y

comenzaron los cuchicheos: el Cardenal Liberanio, enemigo mortal de Baldonio; el príncipe de Ascalino, que odiaba a los de Strandia; el cardenal de Santa Polonia, el obispo de Malinópolis, y otros que habían tenido cuestiones graves con el de Nerbia; el Gran Maestre de San Flemo, que lo había traicionado y temía su venganza; el cardenal Sampurcio, su cómplice en la adquisición subrepticia del Obispado, que temía verse descubierto, comenzaron a prepararse para la intriga, fingiendo gran escándalo ante la posible presencia del simoníaco Baldonio en el Palacio del Pontífice.

Pero Su Santidad ordenó la introducción inmediata de Baldonio y los peregrinos.

En la puerta de la gran sala de audiencia, llena de prelados, dignatarios y personajes de la nobleza romana, apareció Baldonio, de rodillas, arrastrando sus cadenas, al cuello la cuerda, destrozadas las vestiduras, desnudos y ensangrentados los pies, acompañado hasta allí por los peregrinos, arrodillados en tropel, que se derramaban en multitud, por antecámaras y escaleras.

Era un espectáculo imponente, que maravilló a la Corte Pontificia, aquella multitud humilde y clamorosa que acompañaba a su antiguo prelado, que allí comparecía como reo.

Los enemigos del obispo de Nerbia decían en voz baja, pero de modo que se les oyese:

—¡Es Baldonio, el excomulgado, el rebelde, el escandaloso!

Algunos se cubrieron el rostro al verle entrar.

Llorando, conmovido el corazón, temeroso y humillado en el fondo de su alma, el terrible, el pecador Baldonio adelantó de rodillas, sonando las cadenas que le oprimían, la cuerda al cuello, hasta unos pasos del Solio Pontificio. Besó el suelo ante los pies del Padre Santo, e irguió después el busto sin levantar la cabeza, pues no se atrevía a mirar al anciano blanco.

Finamor, que lo acompañaba, de rodillas también, cuando el Padre Santo hizo seña de que se disponía a oirles, habló:

—Santísimo Padre, Baldonio de Strandia, mi tío, aquí presente, indignísimo obispo y conde que fué de Nerbia, y grandísimo pecador, por la misericordia de Dios, arrepentido de corazón de sus infinitos pecados, de los cuales está dispuesto a hacer confesión entera, en la forma que Vuestra Santidad se digne disponer, viene aquí, autorizado por sus jueces y por el Eminentísimo Señor Cardenal Legado de Vuestra Santidad, a implorar humildemente el perdón del Sucesor de San Pedro... La emoción que le embarga, el profundísimo dolor que siente en lo más profundo de su alma, el sentimiento de su indignidad, le impiden hablar.

«Yo, su sobrino Finamor Gualberto de Dagán,

príncipe de Strandia, indigno siervo de Dios, lo digo en su nombre. Toda esta multitud de cristianos que nos acompaña, de hinojos en este momento a los pies de Vuestra Santidad, después de penosísima peregrinación de muchos meses, imploran humildemente el perdón del que fué su indigno señor.

Un sollozo prolongado conmovió a toda la multitud, que llegaba hasta las puertas del Palacio, y voces quejumbrosas se levantaron demandando humildemente:

—¡Absolución, perdón, perdón!

Cuando se hizo el silencio, el Padre Santo preguntó dulcemente, dirigiéndose a Baldonio:

—¿Os arrepentís, hijo mío? ¿Sentís verdadero dolor de verdadera contrición de vuestros pecados?

—Sí, Padre Santo—respondió Baldonio llorando.

—¿Tenéis firme propósito de enmienda?

—Sí, Padre Santo.

—En vista de ello y de las súplicas de tantos fieles cristianos, Nos prometemos examinar detenidamente vuestra causa, animados de la mayor indulgencia. Libre de vuestras cadenas, esperaréis nuestra resolución en el monasterio de San Pacomio, cuyo abad recibirá, acerca de vos, nuestras instrucciones.

La audiencia había terminado.

XL

En el monasterio de San Pacomio, fué internado Baldonio en una celda estrecha, donde tenía, para dormir, el suelo, y una piedra por almohada. Tenía un pequeño banco para sentarse y unos cuantos libros devotos para leer. Eran las vidas de los Padres del Yermo, y otros con largas consideraciones acerca de la inanidad del mundo y acerca de las penas eternas.

Baldonio necesitaba, en verdad, aquel brusco sacudimiento que en su alma habían de producir aquellas lecturas. Lo requería su carácter violento y extremoso.

Se encontraba tan cambiado, que no daba crédito a su propia conciencia. El mundo se había vaciado a sus ojos de todo valor, y pensando en su vida pasada, se horrorizaba de sí mismo. En realidad, aquel Baldonio que había sido hasta pocos días antes, había muerto y desaparecido, se extinguió ante la Puerta de Paja. Ahora estaba allí el «hombre

nuevo», todavía inmaturo, pero decidido a serlo hasta la muerte.

Sin duda, se consideraba objeto de una gracia especial, que nunca hubiera esperado merecer. Su manera de ver el mundo había variado totalmente, y se adhería a la nueva concepción con toda la fuerza de su temperamento.

Le parecía difícil el camino de la santidad, pero lo confortaban los grandes ejemplos que los libros le ofrecían.

Los días seguían a los días, en aquella reclusión, que aceptaba como debida, aunque no se la hubiesen impuesto.

Por fin, un día recibió aviso del abad, para que se preparase cuidadosamente para el Santo Sacramento de la Penitencia. Se le facilitaban libros para guiarlo. Durante una semana, hizo examen de conciencia, desde los primeros días de su vida a que su memoria pudo alcanzar. Le designaron un confesor particularmente sabio y acostumbrado a los casos más graves, un monje ascético y riguroso.

La confesión duró muchas horas. Baldonio dió cuenta detallada y circunstanciada de todo, de lo grande y de lo pequeño, con un gran esfuerzo de memoria y un cuidado extremo. El monje le hizo muchas preguntas, examinando minuciosamente cosa por cosa. Pero los pecados eran de índole tal, que de ellos debía decidir el mismo Padre Santo.

Esperó más días, y fué, al fin, conducido a su presencia.

Salió de allí con la absolución total, y le fueron levantadas las excomuniones, anatemas y censuras. Recibió también el indulto de las penas civiles, pero no se le restituyó la mitra ni el condado.

El Padre Santo, antes de esto, había llamado varias veces a Finamor, le había pedido informes y le había hecho preguntas. El Pontífice quedó muy complacido de la rectitud, de la franca sinceridad y ardiente caridad de aquel joven, criado en lugar tan peligroso, entre tantos viciosos ejemplos. Le preguntó, una de las veces, si querría ocupar la silla episcopal de Nerbia. Finamor se asustó mucho, y el Padre Santo se confirmó más en la idea de que era el llamado para ocuparla.

Se despacharon las Letras Pontificias en que se absolvía a Baldonio, lo cual causó una inmensa alegría en el campamento de los peregrinos, que se mantenían fuera de las murallas de Roma. Fueron en multitud a darle las gracias al Papa. Fueron al monasterio de San Pacomio, a rogar al abad comunicara a Baldomio su satisfacción y su parabién.

También fué Finamor a visitarle, siendo recibido por el abad y puesto en comunicación con su tío.

XLI

En el campamento de los peregrinos se esperaban los acontecimientos con ansiedad. Diariamente llegaban noticias contradictorias, felices o alarmantes: Baldonio perdonado, pero encerrado para siempre en un monasterio, o, no se sabía hasta cuándo, en la cárcel; restituído a todas sus dignidades, mediante ciertos juramentos; había renunciado a todo en la persona de su sobrino; se nombraría Obispo de Nerbia al mayor enemigo de Baldonio, el Cardenal Liberanio; Finamor cantaría misa uno de aquellos días; Baldonio había celebrado en la Basílica Lateranense; ya venían ahí todos... Reinaba una nerviosidad extraordinaria, se iba a Roma y se volvía, no se descansaba.

Por fin, vinieron todos...

Con expectación entre temerosa y esperanzada, los peregrinos vieron avanzar una procesión que venía de Roma: peones y caballos, eclesiásticos y seglares, cruces y armas.

Fueron reconociendo cosas y personas: estandarte, cruz alzada con ciriales; Lanfredo de Danberga y la escolta del duque de Strandia a caballo; personajes desconocidos; Baldonio, y detrás Finamor y un prelado, en mulas; escolta de brillantes caballeros.

Un clamor los acogió al llegar; después, un gran silencio.

Se situaron en un alto, dominando el campamento, y la multitud se apiñó alrededor, en un gran círculo.

Primeramente, el prelado leyó en alta voz las Letras Apostólicas en que se concedía a Baldonio la absolución de todas las censuras y penas espirituales y temporales y se le concedía la libertad, y luego aquellas en que se nombraba a Finamor Gualberto de Dagán, Príncipe de Strandia, Obispo y Conde de Nerbia.

A pesar de cuanto aguzaron el oído y las entendederas, nadie entendió nada. La incertidumbre continuaba.

Después, Baldonio, de pie, un poco adelantado al acompañamiento, habló, primero conmovido y tembloroso, después cada vez más firme y más seguro.

—Amados hermanos míos: Al fin, gracias a vuestras súplicas, a vuestras oraciones, a la ardiente caridad con que me habéis seguido y me habéis acompañado en todo momento, Dios se ha apiadado de mí y me ha concedido su gracia. Su Santidad el Ro-

mano Pontífice, Padre y Maestro de todos, en Su nombre, me ha concedido la plena absolución...

»¡Cómo pagaros, hermanos míos lo que habéis hecho por mí! Todos vosotros, y en especial, y por todos ayudado con ardientes deseos, mi amado sobrino Finamor, me habéis dado la vida; por vosotros ha caído la venda de mis ojos, por vosotros puedo alcanzar la vida eterna.

»Deseo, ante todo, pediros perdón. He sido el más grande de los pecadores, porque no he pecado sólo contra los cuerpos, sino contra las almas. He sido pecador público, os he herido a todos con el escándalo y con el pernicioso ejemplo de mis iniquidades... No era digno de esperar de vosotros el bien que me hacéis... Pero, sobre todo, he pecado gravísimamente contra mi propia alma; ciegamente me he dejado llevar de la soberbia y de la rebeldía, aun sabiendo que podía aniquilarla.

»Quisiera ahora compensaros tanto daño, con el ejemplo de mi desgracia. Mirad, pues, lo que valen las grandezas humanas. He tenido la dignidad, el poder, la fama y el goce, como pocos hombres en este mundo; fuí admirado y temido, amado y cubierto de honores... Todo se evaporó en un instante. Todo desapareció, hasta aquellas habilidades propias que tenía en tan alto precio, ya que mi gran astucia no me impidió caer en manos de mis enemigos, y de ello debo alegrarme, pues me valió para volver a Dios.

»Era la soberbia la que me apartaba de El, negándolo en el fondo de mi corazón, ciego por el éxito y por la grandeza en que me encontraba. ¿Qué queda de todo aquello? Para vosotros, un recuerdo; para vuestros nietos, el olvido, el olvido que aniquila todas las cosas; el olvido, que hace que lo que fué sea como si no hubiese sido jamás.

»Dos veces me encontré, en sueños, ante la puerta de Roma; pero aquella puerta estaba obstruída con paja. Yo no entendía lo que se me quería decir con esto, ni sé si lo entiendo ahora rectamente, pero me parece que la puerta de Roma es por donde el hombre va hacia sí mismo, para encontrar a Dios, y la paja que la obstruye es el mundo, que nos aparta de nuestro propio ser, y que es como la paja, que sirve de alimento a las bestias, y que arde con humo negro que acaba por disiparse, y deja ceniza impalpable, que se lleva el viento.

»La primera vez, sabía yo que Roma estaba detrás de la puerta, pero la paja no me dejaba entrar. La segunda, creí que detrás no había sino la Nada, el vacío, el no ser absoluto, en el que me desvanecería instantáneamente y sin retorno. Es ahora cuando comprendo que, si analizamos la verdadera realidad de las cosas, lo que sucede es lo contrario: es la Nada la que está aquí, del lado de acá de la puerta, y del otro lado es donde está la vida.

»Hermanos míos, todos sabéis lo que he sido en

este mundo, en que la Nada se disfraza con la ilusión de los más falsos colores; yo mismo me creí la última razón del universo, en lo cual acaso no me equivocase demasiado, porque el hombre lo es todo con relación al mundo; pero es como nada con relación a Dios; por eso ahora soy el último de vosotros.

»Aquí tenéis a vuestro Obispo y Conde, Finamor, mi amado sobrino. Dios os ha visitado, y los anuncios se han cumplido. Vosotros habéis visto el ángel sobre su cabeza... Los obispos son llamados ángeles en algunos lugares de la Sagrada Escritura... Proclamabais a Finamor mi Angel de la Guarda, y lo ha sido, y ahora lo es para todos vosotros. Habéis visto el ángel sobre su cabeza, el Angel de Nerbia.. Sólo él, con sus virtudes excepcionales, con su fervor y caridad, sabría enmendar mis yerros. Acogedlo en vuestro corazón como vuestro Pastor, y perdonad a vuestro pobre siervo Baldonio.

En el rostro de todos se manifestaba una profunda decepción, un inmenso desencanto. El silencio acogió las palabras del pecador arrepentido, al que habían seguido con tan exaltado entusiasmo.

Comenzaron los preparativos de marcha. Algunos se adelantaron ya aquella misma tarde. Los que tenían palafrenes y mulas, se apresuraron. Volvían tristes y desanimados. A la unión sucedía la dispersión.

XLII

Rosinda, por orden de la condesa de Aldrat, fué encerrada bajo llave en la habitación que ocupaba. Tres veces al día iba la propia condesa a abrir la puerta, para que un sirviente le entrara a Rosinda buenos manjares. Meditaba la condesa una venganza ejemplar, pero no se le ocurría nada de provecho. Le entusiasmaba el recuerdo del bofetón que tumbó a su marido, pero el pensamiento de la inclinación de éste a Rosinda estimulaba su crueldad.

Rosinda, confinada en la vasta estancia, sin más distracción que sus oraciones y sus ya casi desesperados sentimientos, escudriñó todos los muebles y rincones con curiosidad.

El castillo de Sandberg era suntuoso, pero viejísimo. En el fondo de aquella estancia, había un hogar con gran chimenea de piedra, que no se encendía. Era muy honda, y Rosinda empleaba su recinto para ciertos menesteres indispensables. Una vez observó que en una de las paredes laterales de la chimenea

había una parte de hierro. Ayudándose de una luz y tanteando con los dedos, vió que se trataba de una pequeña puerta. Esto le hizo concebir curiosidad y esperanza.

Aquella puerta tenía cerradura, pero para ella no había llave. Buscó por la habitación, sin encontrar nada. En un rincón apareció, por fin, un hierro viejo, que acaso pudiera servirle.

Con el hierro probó de forzar la puerta de algún modo. No parecía fácil, pero el castillo de Sandberg era viejísimo, y los goznes de la puerta estaban corroídos de orín. Rosinda lo advirtió por el polvillo rojo que manchaba sus manos... Entonces insistió. Al cabo de algunos esfuerzos, la puerta de hierro se desprendió por aquel lado. Con un poco más, logró desencajarla.

Entonces descubrió una escalerilla secreta, muy estrecha, que se dirigía hacia abajo. Sin duda, una puerta de escapatoria que suelen tener todos los castillos.

Se armó de valor y descendió, ya de noche, armada de un cirio. Fué a dar a un pasadizo, entre paredes de piedra, con vueltas y revueltas, bajadas y subidas, en una de las cuales, el cirio se apagó... Quiso retroceder, pero no sabía si se dirigía hacia adelante o hacia atrás. Anduvo a tientas mucho trecho, hasta que salió al aire libre. Era de noche, pero con estrellas, y vió que se encontraba en un bosque,

y que, en lo que podía alcanzar, no había traza de castillo... Estaba libre, mientras no se encontrase con las gentes del conde de Aldrat.

Pero no sabía adónde dirigirse.

Vió acercarse alguien, en un caballo blanco, y trató de esconderse, pero el jinete se dirigió a ella: estaba descubierta.

Temblando, optó por dirigirse a él:

—Caballero, me he extraviado en el camino...

El jinete echó pie a tierra. A pesar de la noche, le pareció un rostro conocido. El la había reconocido también:

—Sois la señora Rosinda, esposa del lugarteniente Galafre; yo soy Hermanrico, antiguo familiar del señor Baldonio.

Rosinda vió el cielo abierto:

—¿Os dirigís hacia Nerbia? —preguntó.

—Allí debo volver... Cada uno debe volver a su lugar, me ha dicho Plutón Barrabás.

—¿Conocéis a Plutón Barrabás?

—Trató de darme la muerte y me salvó la vida.

—Yo también le conozco. Le debo mi cautividad. ¿Me permitís ir en vuestra compañía?

—Mi caballo está a vuestra disposición, yo os acompañaré. Debemos tener gran prudencia, porque corremos peligro.

—¿Estamos todavía en las tierras del conde de Aldrat?

—Sí, y tendremos que atravesar por cerca del castillo de Conagón... Seríamos felices si pudiéramos hacerlo durante la noche.

—No hay, pues, tiempo que perder.

Hermanrico ayudó a Rosinda a subir al caballo, y emprendieron el camino.

Pero, cuando amanecía, pasaban bajo las murallas de Conagón. Rosinda señaló algo en lo alto de la torre, y dijo a su compañero:

—¡Mirad!

De una viga que salía de las almenas, colgaba un ahorcado... Hermanrico se estremeció:

¡Plutón Barrabás!

Pasaron sin que reparasen en ellos.

Pero un poco más adelante, encontraron, a la derecha del camino, un campamento de vagabundos. Uno de ellos estaba de centinela en el camino, pero Hermanrico sacó una lámina de pergamino, iluminada de brillantes colores, y se la mostró. El vagabundo hizo una gran reverencia y se hizo a un lado, para dejarlos pasar.

Después de haber andado un trecho dijo Rosinda:

—¿Habéis visto a la mujer que estaba sentada en el suelo, en la puerta de una tienda?

—No...

—Era Alda, a quien llamaban la Noche.

y que, en lo que podía alcanzar, no había traza de castillo... Estaba libre, mientras no se encontrase con las gentes del conde de Aldrat.

Pero no sabía adónde dirigirse.

Vió acercarse alguien, en un caballo blanco, y trató de esconderse, pero el jinete se dirigió a ella: estaba descubierta.

Temblando, optó por dirigirse a él:

—Caballero, me he extraviado en el camino...

El jinete echó pie a tierra. A pesar de la noche, le pareció un rostro conocido. El la había reconocido también:

—Sois la señora Rosinda, esposa del lugarteniente Galafre; yo soy Hermanrico, antiguo familiar del señor Baldonio.

Rosinda vió el cielo abierto:

—¿Os dirigís hacia Nerbia? —preguntó.

—Allí debo volver... Cada uno debe volver a su lugar, me ha dicho Plutón Barrabás.

—¿Conocéis a Plutón Barrabás?

—Trató de darme la muerte y me salvó la vida.

—Yo también le conozco. Le debo mi cautividad. ¿Me permitís ir en vuestra compañía?

—Mi caballo está a vuestra disposición, yo os acompañaré. Debemos tener gran prudencia, porque corremos peligro.

—¿Estamos todavía en las tierras del conde de Aldrat?

—Sí, y tendremos que atravesar por cerca del castillo de Conagón... Seríamos felices si pudiéramos hacerlo durante la noche.

—No hay, pues, tiempo que perder.

Hermanrico ayudó a Rosinda a subir al caballo, y emprendieron el camino.

Pero, cuando amanecía, pasaban bajo las murallas de Conagón. Rosinda señaló algo en lo alto de la torre, y dijo a su compañero:

—¡Mirad!

De una viga que salía de las almenas, colgaba un ahorcado... Hermanrico se estremeció:

¡Plutón Barrabás!

Pasaron sin que reparasen en ellos.

Pero un poco más adelante, encontraron, a la derecha del camino, un campamento de vagabundos. Uno de ellos estaba de centinela en el camino, pero Hermanrico sacó una lámina de pergamino, iluminada de brillantes colores, y se la mostró. El vagabundo hizo una gran reverencia y se hizo a un lado, para dejarlos pasar.

Después de haber andado un trecho dijo Rosinda:

—¿Habéis visto a la mujer que estaba sentada en el suelo, en la puerta de una tienda?

—No...

—Era Alda, a quien llamaban la Noche.

XLIV

El conde de Conagón deseaba resarcirse de la sorpresa que le había preparado su enemigo el de Aldrat. Este estaba furioso por la fuga de Rosinda. El Cardenal Legado estaba furioso por todas las cosas. Incitaba al de Conagón a la venganza. El de Aldrat sospechaba la complicidad del de Conagón en la fuga de la esposa del lugarteniente, con quien acaso hubiese entablado negociaciones por su parte.

Arnulfo de Palmirania no podía ver a ninguno de los dos, y ambos estaban hartos de él hasta donde pudieran estarlo.

Pretextando una visita al obispo de Alonia, el Cardenal Legado se fué con sus gentes, y en lugar de visitar al obispo, acudió al Duque de Strandia. Trabajo le costó, pero al fin logró convencerle con numerosos argumentos e invencibles razones. El Duque de Strandia se decidió a intervenir.

En compañía del Legado papal, se presentó ante el castillo de Sandberg, e invitaron al conde de Al-

drat a una conversación. En ella planearon la concordia con el de Conagón, a base de repartirse los rehenes. El de Aldrat se avino, con la condición de que entrasen en la alianza el Margrave de Inlandia y el Gran Maestre de San Flemo.

Se mandaron emisarios a ambos, ofreciéndoles el reparto de los cargos y las rentas del Condado y Obispado de Nerbia, y determinadas gracias pontificias, que el Cardenal Arnulfo se comprometía a obtener.

Entretanto, los condes de Aldrat y de Conagón juraron en manos del Legado prestar fielmente cuanta ayuda pudiesen a la empresa, y olvidar todos los agravios que pudiera haber entre ellos.

El Cardenal estaba muy satisfecho de esta solución. Más lo estuvo cuando se recibió la respuesta favorable del Margrave y del Maestre.

Comenzaron, pues, a disponerse las huestes para el ataque a la ciudad de Nerbia.

XLV

Al llegar Rosinda y Hermanrico a Nerbia, había gran animación en la ciudad. Las gentes corrían por las calles hacia la gran plaza de la Catedral. Hermanrico preguntó lo que sucedía. Le respondieron:

—Hoy van a quemar a la bruja Bertoldina.

Rosinda, cuando lo oyó, sintió una gran pena. La anciana Bertoldina la había servido durante años, y no podía creer que fuese bruja. No sabía, ciertamente, que ella misma, Rosinda, fuese culpable de aquella acusación, pues Bertoldina había sido encerrada con Alda en las letrinas del Palacio, y acusada de bruja, por el furor que causó a Baldonio la fuga de Rosinda. Pero sentía compasión por ella, y pretendió salvarla.

—Apresurémonos —dijo a Hermanrico—, Bertoldina es inocente. Quiero ver a mi marido antes de que la lleven a la hoguera.

Pero cuando llegaron a la plaza, ya no pudieron

avanzar, y al querer dar la vuelta, ni avanzar ni retroceder.

Además, venía ya la fúnebre comitiva.

En medio de la plaza había un artístico montón de leña, muy alto, rodeando un gran palo hincado en la tierra.

Delante, entre guardias armados de largas lanzas, llevada con una cuerda atada al cuello, iba la víctima, enteramente cubierta con un largo velo negro, que impedía reconocerla. Detrás, dos hombres tocando acompasadamente tambores destemplados, seguidos del pregonero. Por fin, la Justicia con sus togas de ceremonia.

Frente a la hoguera preparada, había una lujosa tribuna para la Justicia. Subieron los jueces, lentamente, por las escaleras, apoyándose en el pasamanos, y fueron tomando asiento en sus sitiales. Un redoble de tambores impuso silencio en la plaza. Subió el pregonero a la tribuna y se colocó en una esquina. El pregonero era famoso por su voz estentórea.

Luego, uno de los jueces, que llevaba un rollo en la mano, se levantó, desenvolvió el rollo, y comenzó a leer la sentencia.

El pregonero la repetía frase por frase, con su estruendosa voz.

—Nos, los justicias... —leía el juez.

—Nos, los justicias... —repetía gritando el pregonero.

—De la muy noble...
—De la muy noble...
—Ciudad de Nerbia...
—Ciudad de Nerbia...
¡Y así sucesivamente.

Después, por una escalera apoyada en la pira, subió la paciente a lo alto. Tras ella subió el verdugo, vestido de rojo y enmascarado. La ató al poste, le quitó la cuerda del cuello y levantó el velo negro.

La bruja que iba a ser quemada, era la hermosa Alda...

Rosinda y Hermanrico se estremecieron.

Hermanrico advirtió entonces entre el público, muy cerca de ellos, a... Plutón Barrabás...

Ciertamente, lo había visto ahorcado en Conagón, pero allí estaba.

Con un esfuerzo, lo cogió por la manga y lo atrajo hacia sí. Muy excitado, le habló al oído:

—¿Cómo es posible? ¿Qué sucede?... Hace pocas horas la hemos visto en el camino, sentada ante una tienda de vagabundos...

—No era la hermosa Alda la que habéis visto, era la vieja bruja Bertoldina.

—¡No es posible!

—No es posible, pero es verdad.

—¡Esto es una burla! ¡Y vos la veis morir tan tranquilo!

—Lo que debe suceder, debe suceder. Alda puede morir; Bertoldina no debe morir.

—A vos os he visto ahorcado en Conagón.

—Era otro.

—No os entiendo.

—No sería conveniente que me entendieseis.

Habían puesto fuego a la hoguera. Hermanrico cerró los ojos, y Rosinda perdió el conocimiento.

Plutón Barrabás y otros dos cogieron a Rosinda, Hermanrico y el caballo, y con gran trabajo, los sacaron de allí, para llevarlos a una posada.

XLVI

—Alda —decía el corazón de Rosinda—, a nadie he odiado como a ti en el mundo... Alda, a pesar de eso, yo te amaba... Perdóname por mi amor, perdóname por mi odio... Alda, yo te he vencido, perdóname por mi victoria... Por mi crueldad, perdóname... Por mi soberbia, perdóname... Por tu humillación, perdóname... Por tu aborrecimiento hacia mí, perdóname... Por tu envidia, por tu rencor, por tu resentimiento, perdóname... Yo era tu mala vida, tú eras mi mala vida... Por mis pecados, perdóname; por tus pecados, perdóname; por nuestros vicios, perdóname... Perdóname por tu vida regalada, por tu ocio, por tu aburrimiento... Por nuestros actos, por nuestras palabras, por nuestros pensamientos, por la acedía y por la hiel, por la amargura del placer y por la dulzura del odio... Por las tentaciones y por las saciedades, por la náusea, por el hastío, por el aburrimiento mortal... Por tu castigo, por tu muerte horrible, perdóname.

XLVII

—Alda —decía el corazón de Hermanrico—, ¿te amaba yo realmente? ¡Quién puede decirlo, si nadie sabe lo que es el amor? Para todos eras la carne, que arrastra y subyuga. Para mí, sólo eras la carne en la imaginación, sin carne, figura, pura forma de lo remoto y de lo inexplicable; algo que debía desvanecerse como te has desvanecido, humo que se pierde en el cielo azul. Eras lo otro, lo que no es de este mundo que yo toco con mis manos todos los días, lo que no se sabe si es del cielo o del infierno, si arrebata hacia lo alto o hacia lo profundo, que cruza nuestra vida y que no puede permanecer en ella, lo que hay que perder aunque alguna vez pueda ser tenido, porque ni tú podías ser mía, ni yo podía ser tuyo, como no fué tuyo Baldonio, ni tú de él, lo que aparece acaso en todas las vidas, para dejarlas para siempre insatisfechas, para dejar en ellas la privación de lo imposible... Eras acaso la verdad, eras acaso la mentira... Eras eso, ya no eres nada, pero volverás siempre.

XLVIII

Cuando Rosinda se reunió en palacio con Galafre, se produjo entre los jefes aldeanos una ola de indignación.

Sospecharon que el lugarteniente se había puesto de acuerdo independientemente con el enemigo, para recobrar a su esposa, abandonando a las esposas y las hijas de los demás; que había pagado el rescate de Rosinda con el dinero del común, pues él no tenía recursos para aquello; que acaso hubiera convenido con el conde de Conagón, o con el conde de Aldrat, la entrega de la ciudad por sorpresa... En todo caso, se le acusaba de traición.

Lo destituyeron, por presunto traidor, y lo encerraron en una torre, con centinelas de vista. Nadie creyó la historia de la evasión de Rosinda, a pesar de las explicaciones de Hermanrico.

Rosinda fué depositada en el monasterio en donde había estado la infeliz Alda.

Hermanrico, entristecido, cansado y sin dinero,

volvió con lo poco que le quedaba a la posada donde había sido llevado desde la plaza en el momento en que empezaba a arder la hoguera.

Le mostraron el cadáver de Plutón Barrabás, que se había segado la garganta con un cuchillo... Lo estuvo mirando... era idéntico al ahorcado de Conagón. Sin duda, un caso extraordinario. Pero ¿cuál de los dos era el que se titulaba duque de Egipto? La que había ardido en la hoguera ¿era efectivamente la hermosa Alda, o era la vieja bruja Bertoldina?... Vió que había en el mundo cosas que no podían entenderse.

XLIX

Cuando llegaron a Nerbia los primeros peregrinos que habían acompañado a Baldonio a Roma, volvían desanimados y casi arrepentidos de su peregrinación.

En la ciudad encontraron motivos de grave disgusto; las casas de algunos habían sido saqueadas, las de otros estaban ocupadas por los aldeanos de la hueste rebelde. Alguno había salido rico, y se encontraba ahora en la miseria. No traían dinero suficiente para sus gastos, en la ciudad faltaban artículos para alimentarse y los precios de los que había eran, en su mayor parte, inaccesibles.

Acudieron al Consejo de la Ciudad, que no encontró manera de resolver nada. Acudieron a los jefes rebeldes que estaban en Palacio, y les dijeron que tenían que deliberar...

Los más decían que la culpa de todo era de Baldonio, que la causa de todo aquello era él fundamentalmente; que, en último término, era Baldonio

el que había traído la diócesis a aquella situación. Se censuraba su torpeza al entrar en la ciudad sitiada, metiéndose él mismo en la ratonera; el no haberse prevenido antes; el haberse encontrado sin fuerzas para la defensa; el no haber pedido antes perdón al Papa, cuando se lo aconsejaba el santo Ascanio; el haber sido pecador público e impenitente... La murmuración se iba remontando así a las primeras causas, sin abandonar las más próximas: se sospechaba de la sinceridad de su arrepentimiento; se decía que había hecho designar obispo a su sobrino para poder manejarlo y gobernar por él; se censuraba que no se hubiese quedado en Roma, haciendo penitencia en un monasterio...

Llegaron nuevos peregrinos, y las cosas se pusieron peor. Disputaron unos con otros y con los aldeanos; hubo alborotos en las tabernas, en las plazas y en las calles. Los gobernantes aldeanos adoptaron medidas severísimas que indignaron a todos.

En donde se reunían dos o tres personas, en Nerbia, no se hablaba bien de nadie.

Hasta habían perdido el respeto al santo Ascanio, a quien culpaban de no venir a aconsejar a los jefes rebeldes y decidirlos a abandonar la ciudad.

L

Una serie de grupos aislados se había ido desprendiendo de la multitud de peregrinos a lo largo del camino de Roma.

Poco a poco fué quedándose solo el grupo de los próceres, compuesto por Finamor, un abad romano, portador de las Letras apostólicas, acompañado de dos monjes, varios caballeros de Nerbia, con escuderos y peones, y Lanfredo de Danberga y la escolta que mandaba, y finalmente Baldonio y Falconete.

Al aproximarse a los límites de la diócesis, se detuvieron a tomar informes de la situación. Los informes fueron pésimos.

Entonces se separaron y dividieron la escolta.

Finamor, con el abad, sus acompañantes y los caballeros de Nerbia, se dirigieron al castillo de Conagón, para presentarse al Cardenal Legado. Baldonio, con Falconete y el resto de la escolta, se dirigirían a Nerbia, por otro camino, en jornadas breves, para dar lugar a las gestiones de Finamor.

Falconete había sido el más constante y el más silencioso de los peregrinos. La conversión de Baldonio, en la que había creído desde el primer momento, cuando era fingida, lo había conmovido mucho, le había llegado al alma, y hasta pensaba en imitar en todo la conducta de Baldonio, a quien siempre había sido fiel. Falconete y Finamor eran los únicos amigos constantes del desgraciado obispo, y los únicos que no le abandonarían nunca.

Acordándose del Buen Ladrón, Falconete había llegado a creer que también él podía llegar a ser santo... Consultó el caso con un clérigo peregrino,y le había dicho que aquello podía ocurrir muy bien si se encontraba en buena disposición. Falconete no sabía cómo hacerlo, pero tenía sus esperanzas.

Caminaron lentamente, haciendo tiempo, deteniéndose para esperar noticias, y siguiendo, por precaución, caminos desusados.

Se encontraron en aquella llanura sin fin, que Baldonio había atravesado después de la noche de ira y de dolor en que había perseguido inútilmente a Rosinda, a la mujer de su pecado, a la que apetecía con ansia invencible, y que habiendo burlado su voluntad y su soberbia, le había hecho sentir, por primera vez, la inmensa amargura de su impotencia... Quería recobrarla, castigarla, atenazarla, saciar su deseo y su ira, aunque se juntasen el cielo y la tierra, aunque se deshiciera el mundo...

Ya no existía para él el mundo, sino su hastío; ni Rosinda, sino su compasión; ni el pasado, sino su horror... En aquella ocasión había echado de menos a Falconete; ahora Falconete, sumiso y fiel, cabalgaba a su lado, pero ya no podía valerle.

En aquella llanura había sentido, por primera vez, la inanidad de todas las cosas, el vacío del mundo y el vacío de su propia alma, insaciable e insaciada. Después de aquel caminar a través de la soledad absoluta, habían sucedido las cosas más terribles.

«Aquí debiera yo venir a acabar mi vida —pensó—, hasta aniquilar la memoria de mis pecados, en estos campos de muerte... Esta es la imagen de la esterilidad de mi vida, de su árida fealdad... Entonces no tenía más que el vacío y la angustia, ahora tengo a Dios... Si yo lograra olvidar mis pecados, borrarlos con sangre y con lágrimas, como si no hubieran existido; si yo lograra olvidar todos mis pensamientos, estas llanuras de muerte, en que ni aun se levanta el polvo, en que ni siquiera suenan las pisadas, se cubrirían de verdor, de frutas y verduras: hasta su desnudez actual sería imagen de la primitiva inocencia.»

La escolta iba delante, explorando el camino. Falconete iba en silencio al lado de Baldonio, venerándolo, tratando de adivinar sus pensamientos.

Allá estaba la colina baja, por cuya ladera izquierda había descendido Baldonio el día aquel:

aquella colina a la cual no se llegaba nunca. Aún quedaba mucho que andar. El sol calentaba, como aquel día, la espalda de Baldonio. Caminaban al paso.

Cuando, allá lejos, los exploradores de la escolta que iban en descubierta desaparecieron detrás de la colina, en el interior de Baldonio se despertó una gran inquietud: la inquietud de la repetición, de la vuelta al pasado.

Siguieron caminando, y allí estaba el camino aquel por el que había subido y luego bajado. Siguieron por allí, y de pronto apareció Nerbia ante su vista. Latió fuertemente el corazón de Baldonio, lleno a un tiempo de deseo y temor... Ya no pisaba tierra que en ningún aspecto fuera suya: la llanura, la colina, el valle, la ciudad, sobre nada de aquello tenía poder, sobre nada de aquello tenía derecho a nada.

Entre la primera y la segunda colina, a la derecha, volvió a ver a los hombres con lanzas y a los hombres que alzaban tiendas. A la izquierda, tras los árboles, volvió a ver los humos sospechosos... Como aquel día, Nerbia estaba sitiada...

Salieron al camino a rogarles, en nombre del señor Obispo-Conde Finamor Gualberto de Strandia-Dagán, que se detuvieran y tomasen alojamiento en el campamento aquel que estaban armando.

Nerbia estaba rodeada por las huestes al servicio

del Cardenal Legado, y ahora, también, del Obispo-Conde de Nerbia, a saber: la del Duque de Strandia, su tío; la del Gran Maestre de San Flemo, la del Margrave de Inlandia, la del Conde de Aldrat, la del Conde de Conagón. Todo como la otra vez.

Aquel campamento pertenecía a las huestes del Gran Maestre, que la otra vez había traicionado a Baldonio, y de quien Baldonio iba ahora a ser huésped.

Baldonio dió gracias a Dios por haberle proporcionado aquella penitencia.

LI

Hermanrico volvió, la noche del día en que quemaron a las brujas, a las caballerizas de Palacio, y encontró allí a Salacio, el bufón, en su caseta.

Salacio, muy débil y enfermo, le reprobó amargamente el haberlo abandonado. Hermanrico le refirió sus aventuras. Salacio le dió las noticias que sabía de la peregrinación a Roma del señor Baldonio. También Salacio esperaba verlo tomar de nuevo posesión de su sede... Era la única manera de que las cosas volvieran a sus cauces en la ciudad. Sin embargo, las noticias eran contradictorias.

Su supuesta complicidad con Rosinda y su rescate hacían a Hermanrico sospechoso a las autoridades; temía que le echasen la mano de un momento a otro. Acaso fuera en Palacio donde menos peligro corriese. Se quedó allí esperando una ocasión propicia para escaparse de la ciudad. Le era más fácil, porque poseía un buen caballo; esta vez llevaría al viejo Salacio a la grupa. Se dejó crecer la barba y se

cortó la cabellera, las tiñó de negro, y se procuró dos trajes como los de los aldeanos.

Una mañana fué a buscar el caballo que dejara en la posada. Salacio se le reunió allí, y lograron salir de la ciudad, sin ser conocidos.

En el camino encontraron el campamento de los vagabundos: delante de una tienda estaba Plutón Barrabás...

Hermanrico paró en seco, lleno ya de pavor.

—¿Adónde vais? —les preguntó aquel hombre—. La ciudad está sitiada...

—¿Quién sois vos? —preguntó Hermanrico—. ¿Un vivo o un muerto?

—Un vivo y un muerto, como todos —respondió—. Conserva ese caballo; es el caballo del Pensamiento. Cogiste primero el caballo negro, el caballo del Viento, y si no soy yo, te hubiera conducido más allá de la muerte. Después te he regalado el caballo blanco, te he dado un salvoconducto, mediante el cual podrás pasar de aquí. He hecho por ti cuanto podía hacer. Ahora, no preguntes más.

—Una sola cosa —suplicó Hermanrico—. ¿Eres tú el que ha muerto en Conagón? ¿Eres el que ha muerto en Nerbia? ¿Eres otro? ¿Quién eres?

—Nada te importa saberlo... Nunca he sido yo solo. Cuando Plutón Barrabás perece en un sitio, resucita en otro. Hay cosas que no deben saberse. Como Plutón Barrabás, así es el mundo: no es uno

solo, sino varios, extraños uno a otro. A veces se cruzan, y lo que es de un mundo aparece en otro; pero no conviene preguntar, sino aceptar los hechos tal como son... Sigue tu camino. Nos hemos ya cruzado demasiadas veces, por culpa tuya; no tientes más al hado, que hasta ahora te ha sido favorable. La ciudad está sitiada, te aconsejo vayas al campamento del Cardenal.

Hermanrico pasó, llevando a Salacio a la grupa.

En el campamento del Cardenal corrieron a arrodillarse ante Finamor, que los acogió benignamente. Hermanrico solicitó las Sagradas Órdenes.

LII

Apurados, los gobernantes aldeanos entraron en parlamentos con Finamor, quien, naturalmente, era ahora, mediante las Cartas Pontificias, el verdadero jefe de los sitiadores.

Sus peticiones eran: devolución de sus esposas e hijas, sin pago de rescate; perdón para los sublevados, que conservarían sus tierras y feudos; arreglo inmediato de la cuestión de requisas y yantares, en la forma menos gravosa para los aldeanos; participación de éstos en el gobierno civil de la ciudad; retirada inmediata del Cardenal Legado y de las huestes sitiadoras.

Las de los sitiadores eran: entrega inmediata y evacuación de la ciudad; desarme de los aldeanos no nobles; juramento de fidelidad al nuevo Obispo-Conde por parte de todos; indemnización de los daños causados en vidas y haciendas, pagadera en la forma que les fuera más fácil a los causantes de ellos; libertad inmediata del caballero Galafre y de su es-

posa, y demás personas encarceladas a causa de la sublevación.

Después de mucho hablar y mucho discutir, de mucho tira y afloja por parte de unos y otros, teniendo todos que perder y no menos que temer, y gracias a la benevolencia y gran habilidad de Finamor, se aceptaron las condiciones de unos y otros.

De allí a tres días, entre un repique general de campanas, Baldonio y Falconete, subidos a lo alto de un monte que dominaba toda Nerbia, vieron salir por una puerta los contingentes aldeanos, desarmados, con sus jefes al frente, mientras entraba por otra Finamor y sus acompañantes, con fuerzas del Duque de Strandia.

Los hombres del Gran Maestre levantaban rápidamente el campo para volverse a sus tierras. Lo mismo hacían, del otro lado, los de los Condes de Aldrat y de Conagón y, frente a la puerta principal, los del Margrave de Inlandia.

Falconete se dirigió a Baldonio:

—Señor, con vos entra en Nerbia la paz.

—En Nerbia —respondió Baldonio— espero yo que entre la paz en mi corazón.

LIII

Los ciudadanos de Nerbia se habían salvado de la guerra, de la pesadilla terrible de un sitio y de un asalto.

Pero estaban hambrientos, pobres, desharrapados, astrosos, sin descanso, sin sueño, irritados, vejados, descontentos, desanimados, sin esperanzas, indiferentes a todo bien, temerosos de todo mal, prontos al furor y a la ira. Se culpaba a Finamor, a los peregrinos, a los que se habían quedado sin ir a la peregrinación, a los aldeanos, al Cardenal Arnulfo, a los herejes, al clero, a Baldonio.

Vagaban por las calles murmurando, excitando unos a otros, conspirando, riñendo, insultándose. Se trataban de cobardes, de traidores, de ignorantes, de incrédulos, de maldicientes, de perezosos, de borrachos, de ingratos, de todo a la vez.

Jamás había estado la ciudad tan desmoralizada.

Algunas personas piadosas fueron hasta la ermita del santo Ascanio a rogarle viniera a hablar al

pueblo, a levantar los espíritus, a animar a las gentes, a infundirles esperanzas; pero el santo Ascanio estaba muy enfermo y no podía andar.

—No puedo ya hacer nada, hijos míos —les respondió—, sino esperar que Dios me llame. Saludad al virtuoso Finamor, vuestro nuevo Obispo, en nombre mío, besadle el anillo en mi nombre y decidle que le deseo largos años para vuestro bien... Saludad de mi parte al pobre Baldonio; decidle que he orado mucho por él, que me regocija su vuelta, que muero contento al verle reconciliado con Dios, y que, en lo que valga, le envío mi bendición. Adiós, hijos míos, que Dios os acompañe.

Volvieron muy tristes de su visita, augurando males sin cuento si les faltaba el santo ermitaño, cosa que parecía próxima.

LIV

Finamor envió un mensajero a su tío diciéndole que viniese a la ciudad y que deseaba recibirle en Palacio.

—Dad de mi parte las gracias a mi amado sobrino —respondió Baldonio—, y besadle el anillo en mi nombre; pero decidle que nunca más entraré en Palacio; que le ruego me permita retirarme a un lugar solitario, a la llanura sin fruto y sin vida, aquí próxima, donde quiero rogar a Dios por el perdón de mis pecados. No debo vivir entre los hombres, para los que fuí escándalo y mal ejemplo.

—Padre —dijo el emisario—, el señor Obispo conoce vuestros propósitos y no los aprueba. Su Señoría Reverendísima me ha advertido que, si me dabais esa respuesta, os replicase en su nombre, diciéndoos que si antes habéis sido motivo de escándalo, más obligado estáis ahora a serlo de edificación; si habéis dado mal ejemplo, más obligado estáis ahora

a darlo bueno... Dice que Nerbia debe convencerse de la sinceridad de vuestra contrición.

—Pedidle de mi parte que me permita meditarlo un poco... Quisiera reflexionar, si me lo consiente. En todo caso, estoy dispuesto a acatar sus órdenes; pero rogadle que espere hasta mañana.

El emisario se retiró.

Baldonio se dirigió a Falconete, y le dijo, como en otro tiempo:

—Tengo entera confianza en ti. Solamente tú y mi sobrino me habéis amado y respetado. Los demás sólo me han adulado y temido. Te voy a confiar un encargo: irás a la cueva del santo Ascanio; de rodillas, le pedirás perdón, de mi parte, por todas las gravísimas ofensas que le he inferido... Hasta he querido matarlo, Falconete, y no he podido... Le manifestarás mi gratitud por lo que hizo por mí el día de mi desgracia, pues fué él quien decidió al Cardenal Arnulfo en aquella ocasión... Luego le dirás: el señor Obispo Finamor ruega a su tío Baldonio que vaya a la ciudad de Nerbia, donde tanto escándalo y mal ejemplo ha dado. Baldonio vacila; Baldonio desea oír vuestro consejo; dádselo, por caridad...

Falconete marchó encargado de aquella delicada misión; ya se creía un buen cristiano, ya se creía camino de la santidad. Iba muy contento y esperanzado; se creía, también él, un hombre nuevo. Sus

fechorías eran ya una novela en su memoria...

Baldonio esperó el mensaje en oración, tratando de contener su impaciencia.

Se avergonzaba ante la idea de presentarse en la ciudad donde todos podían señalarlo con el dedo. Ante su presencia, se avivarían los recuerdos de todos, se referirían todos los detalles de su vida... Su presencia en la ciudad parecería una provocación, una muestra de cinismo, indigna de un penitente... Su sobrino le obligaría a quedarse en Palacio, teatro de sus vicios y de sus crímenes. En Nerbia se encontraría entre todo lo que él había profanado y atropellado... Acaso Dios quisiera, para remedio de sus pecados, que pasase por aquel trance tan duro... Si así fuera, debía someterse. Además, debía obediencia a su sobrino, que era ahora su Prelado. Bien es verdad que no se lo había mandado decir como orden, sino como ruego... ¿Qué debía hacer? ¿Qué diría Ascanio?

Baldonio estaba consumido de inquietud, luchando inútilmente con sus propias ideas. Rezó mucho, estuvo de rodillas casi todo el tiempo...

Ya muy tarde, volvió Falconete.

Baldonio se adelantó hacia él lleno de ansiedad...

—¡El santo Ascanio está en el cielo! —dijo Falconete.

—Pero ¿te ha dicho algo?

—Cuando yo llegué, ya había muerto.

LV

Baldonio no pudo dormir. Pasó toda la noche en oración.

A la madrugada, dijo a Falconete:

—Prepárate, hermano; vamos a Nerbia.

Muy de mañana salieron. Baldonio se despidió de la escolta, dió las gracias a Lanfredo de Danberga, que había venido a hacerse cargo de ella, y le rogó besase las manos de su tío el Duque de Strandia, en su nombre.

Fueron rodeando la ciudad, a bastante distancia de las murallas, ya amarillas del sol, interrumpido por las violentas sombras negras de los cubos, con objeto de entrar por la puerta principal, pues quería Baldonio que fuese a la Catedral su primera visita.

Cruzaron múltiples caminos, que salían de Nerbia en diversas direcciones.

Por uno de ellos, venía cara a ellos una comitiva: eran Galafre y Rosinda, a caballo, seguidos

de los escuderos también a caballo, y de tres sirvientes a pie, que conducían acémilas.

Rosinda y Baldonio se cruzaron, pasando uno al lado del otro, con la cabeza baja. Galafre inclinó la suya profundamente, saludando. Volvían a su mansión en el campo, puesto Galafre en libertad, en obediencia al tratado que habían concluído los rebeldes con los sitiadores.

Rosinda sintió, al cruzarse con Baldonio, vergüenza y tristeza. Baldonio, vergüenza y pesar. Galafre no sintió nada. Durante una temporada, el mando y el brillo de su posición de lugarteniente del Condado, le había aguzado y levantado y hasta esclarecido su entendimiento; pero, perdida su situación dominante, había vuelto a caer en su indiferente marasmo, en su insensibilidad habitual.

Baldonio pensó que no volvería a ver a Rosinda, y en realidad, no deseaba volver a verla. Era aquélla una despedida, con mezcla, por ambas partes, de compasión y de desagrado.

«Y sin embargo —pensaba Baldonio—, es ahora en realidad cuando estamos más cerca; ahora cuando toda pasión se ha acabado, cuando la carne ha muerto, cuando todo deseo se ha extinguido... Ahora ella podría ser para mí como mi hermana Ismunda; si no puede serlo de ningún modo, es porque antes ha sido otra cosa. Dios la perdone y Dios me perdone.»

Siguieron andando al paso de sus caballos, hasta la puerta principal de la ciudad.

Entraron en ella.

Los viandantes los señalaban diciendo unos a otros:

—Es Baldonio, el que fué obispo, y el otro es Falconete, el que fué ladrón.

—El tiene la culpa de todo lo que pasa —decían las mujeres—; por sus pecados somos castigados todos.

—El nos ha traído la guerra, él nos ha traído la miseria y el hambre —decían los hombres.

Algunos disputaban:

—Antes decíais que en tiempo de Baldonio había abundancia y alegría, orden y justicia, lujo y fiestas, religión y fervor, y desde que él se fué es cuando empezaron a desencadenarse todos los males... Ahora decís que él es el culpable de todo. ¡Cualquiera os entiende! Vuestro entendimiento da vueltas como las veletas de las torres. ¡Cualquiera se fía de vosotros!

—¿Por qué nos ha abandonado? —respondían—. ¿Por qué nos ha desamparado, después de haber atraído sobre nosotros la cólera del Papa y de los grandes?

—Cuando era un malvado, lo venerabais y clamabais por él; ahora es un santo y lo culpáis de todos vuestros males.

—Si se ha hecho santo —respondían—, es para salvarse él solo. ¿Por qué ha renunciado a la Mitra, por qué no ha querido salvarnos a todos?

—Sois injustos con el pecador arrepentido. Más valen ahora sus oraciones que todos sus mandatos y sus leyes.

—Los que vienen de Roma ya no creen en él —respondían—. Algo habrán visto para cambiar de ese modo.

Los que defendían a Baldonio eran razonables, pero eran pocos. Los que lo culpaban eran casi todos.

Baldonio y Falconete echaron pie a tierra y entraron andando en la plaza; la atravesaron, dirigiéndose a la Catedral. Tras ellos se levantaban, cada vez más altos, los rumores:

—Baldonio, el causante de todos nuestros males

—Baldonio, a quien el Papa no ha querido restituir el Obispado.

—Baldonio, que ha querido engañar al Papa.

—Baldonio, el malvado, el escandaloso.

—Baldonio, que vuelve a vengarse de nosotros.

—Baldonio, que quiere gobernar por medio de su sobrino.

Baldonio escuchaba aquellas cosas pacientemente, sin pronunciar palabra, pero sintiendo una amargura mortal... Falconete, una vez, quiso reponerse, pero Baldonio lo contuvo y le impuso silencio. Después le dijo:

—Detente y espérame. Déjame ahora solo.

Y adelantó hacia la escalinata.

Las voces se levantaron más fuertes, ultrajándole directamente:

—¡Baldonio, tenemos hambre! ¿Qué has hecho de nosotros?

—¡Nos has traído la guerra, nos has traído el incendio y la muerte!

—¡Baldonio, falsario, escandaloso! No creemos en tu arrepentimiento.

Se enfurecían por momentos:

—¡Tirano! ¡Concubinario! ¡Simoníaco! ¡Incrédulo!

Había allí, junto a una casa derribada, montones de piedras. Baldonio había empezado a subir la escalinata. Los clamores se levantaron más altos, y algunos exaltados, comenzaron a lanzarle piedras. En medio de la escalinata, le alcanzó una piedra en la rodilla y Baldonio cayó en las escaleras.

Entonces la locura se apoderó de la multitud. Todos tiraban, rugiendo de rabia. Caían las piedras a su alrededor. Una le dió en la cabeza y se vió salir la sangre... Allá arriba, sobre su cabeza, vió abrirse en el cielo una puerta llena de luz... Ciegos, enloquecidos, se abalanzaron a él y lo remataron a pedradas.

En este momento salía Finamor de Palacio, acompañado de su séquito, y vió el final de la escena.

Se paró frente a la multitud, mirándola con grave severidad:

—¡Qué habéis hecho, desgraciados, locos, parricidas?... ¡Dios os tomará cuenta por este crimen! ¡Habéis asesinado a un santo! ¡Ahora sí que habéis atraído la desgracia sobre la ciudad! ¡De rodillas, para que Dios os perdone!

Con lágrimas abundantes, recogió piadosamente el cadáver de su tío y lo introdujo en la Catedral.

Armaron un catafalco y lo depositaron en él.

Finamor se acercó al cadáver, sobre el que la imagen del Crucificado inclinaba clemente la cabeza, y, mirándolo con inmensa piedad, dijo en voz imperceptible:

—¡Amado tío! Y ahora..., ¿qué es lo que hay detrás de la Puerta de Paja?

Y le pareció que el difunto sonreía.

FIN



EXTRACTOS DE ALGUNOS COMENTARIOS DE PRENSA ANTERIORES A LA PUBLICACIÓN DE LA NOVELA

«El gran escritor gallego Vicente Risco, de un estilo vigoroso y certero, ha presentado una obra, «La puerta de paja», con la fuerza de un apólogo medieval, donde expone un problema de gran alcance filosófico. El planteo de la obra, la fuerza y personalidad de su estilo, su densidad conceptual, hacen que «La puerta de paja» tenga una profunda significación dentro de la labor del escritor orensano. Es, sin duda, un gran libro, fantástico, conciso y arrollador, con resonancias de enorme calidad.»

Destino, de Barcelona.

«La novela de Risco «La puerta de paja» es tan cinematográfica como la flaubertiana, «Leyenda de San Julián el Hospitalario», inexplicablemente aún no llevada al cine... Si la situación que presenta es religiosa, la esencia es más bien metafísica. Algo ha querido decir Risco, el escritor menos vano de la tierra, y todo hombre se encuentra alguna vez ante la puerta de paja que materializa un símbolo tan fácil como profundo...»

José Luis López Cid, en *La Noche*, de Santiago.

«Ahí estaba el maestro Vicente Risco con una novela portentosa: «La puerta de paja». La novela del gran escritor orensano planteaba un problema casi estamos por decir teológico. A saber, si importa más la función o la moral de quien la ejerce. En pocas palabras, que un prelado indigno en cuanto a su vida privada puede ser mejor gobernante...»

La Vanguardia Española, de Barcelona.

«Vicente Risco es un escritor de gran corazón y de extraordinaria sensibilidad. Vicente Risco no necesita elogios, pero las letras gallegas exigen que sepamos bien quién es este escritor que ahora nos aparece con una novela que ha traído de cabeza a los jurados del premio «Nadal». Los gallegos residentes en Barcelona hemos vivido unas horas inolvidables, emocionantes. Para mí, unas horas de rejuvenecimiento. Me transportaba a los lejanos años de mis primeros pasos en las letras. Porque Vicente Risco fué para mí y para muchos que en la primera postguerra hicimos acto de presencia, el escritor más admirado y más discutido de Galicia...»

AUGUSTO CASAS, en *Faro de Vigo.*

«En la novela de Risco «La puerta de paja», el tema, el argumento es el hombre mismo: el de ayer, el de hoy, el de mañana. Son las pasiones, las grandes dudas, las grandes afirmaciones. El mundo, el demonio, la carne. Problema teológico para unos, metafísico para otros. El mundo, nuestro mundo actual. En esta obra discurren nuestras grandes preocupaciones por boca de los personajes que van apareciendo y creando su personalidad sin que la del autor las limite o les ponga trabas. Este no hace más que poner a su servicio una gran cultura, una exquisita sensibilidad y una cargada experiencia...»

ERNESTO G. DEL VALLE, en *Hoja del Lunes*, de Orense.

«Hoy queremos tratar de Risco, el máximo etnógrafo de su región, para quien su folklore no tiene secretos. Espíritu atraído siempre por Oriente, cuanto más lejano, mejor, la India, sobre todas las naciones, le ha seducido: nadie conoce en España como él sus religiones, sus magias, sus poemas... Los ensayos y los artículos de don Vicente, distribuídos en docenas de periódicos y revistas, son tan concisos como certeros. La novela que presentó Risco al premio «Nadal» — arriesgándose juvenilmente el ilustre sexagenario — es la de más alta categoría intelectual que escribió en los últimos años...»

JULIO SIERRA, *en Informaciones*, de Madrid.